

Año XIII Tomo XXXIV Núm. 132

Ateneea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

	<i>Puntos de vista</i>
Ernesto Montenegro	<i>Las arenas milagrosas de Pica</i>
Margot Arce	<i>La poesía popular colombiana</i>
Juan Negro	<i>Hora sombría</i>
Oreste Plath	<i>Ritmos para los niños</i>
Carmen de Alonso	<i>La espera</i>
Guillermo Feliú Cruz	<i>La Biblioteca de Escritores de Chile</i>
Augusto Iglesias	<i>Ideas y digresiones acerca de la sociología</i>
Vicente Lombardo Toledano	<i>Tesis sobre el Devenir</i>
Alberto Ghiraldo	<i>Toledo</i>

LOS LIBROS.—Milton Rossel: *México en marcha*, por Manuel Eduardo Hübner.—Januario Espinosa: *Dos libros de Miguel Luis Rocuant.*—A. T.: *La trampa de Ginebra*, por Jorge F. Sergi.—*Avortement de la SDN*, por Víctor Margueritte.—L. E. Nieto Caballero: *Una derrota sin batalla*, por Luis Tablanca.—Ernesto Montenegro: *La mala estrella de Perucho González*, por Alberto Romero.

NOTICIARIO DE CULTURA ESPAÑOLA.—NOTAS DEL MES

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES P A I S

Número suelto.....	\$ 3.50
Suscripción anual.....	30.—
Suscripción semestral.....	16.—

E X T R A N J E R O

América y España	
Número suelto.....	Doll. 0.20
Suscripción anual.....	„ 2.25
Europa (salvo España), Asia, Africa y Oceanía.	
Número suelto.....	Doll. 0.35
Suscripción anual.....	„ 4.—

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERÍA NASCIMENTO

SANTIAGO - Ahumada 125 - Casilla 2298

CONCEPCION - Barros Arana 800 - Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Victor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA - CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

AMÉRICA ESPAÑOLA

La revista que encarna los grandes
ideales de Hispanoamérica

Director: G. PORRAS TROCONIS

Colaboran en ella los más famosos
publicistas de Europa y América.
Cuadernos mensuales de 96 páginas
a dos columnas, Nutrida información
bibliográfica.

Precios de suscripción:

En Colombia..... \$ 4.00 oro col:

España y países His-

panoamericanos..... \$ 4.00 oro am.

*En venta en las principales librerías
del mundo*

Dirección y Administración:

Calle Santo Domingo N.º 39

CARTAGENA

COLOMBIA

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Junio de 1936

Núm. 132

Puntos de vista

Gorki.

Uno de los fenómenos más penosos de la revolución rusa, fué sin duda, el que produjo la persecución de los escritores que no eran gratos al sentido antiburgués de aquella revolución. Gorki estaba entre ellos y uno de los preclaros, Andreieff, hubo de escapar a duras penas, para morir luego en la obscuridad y el abandono. De nada había servido levantar a un plano de grandeza en la creación artística el alma torturada y contradictoria del vagabundo de la estepa o del hombre de las ciudades. Iguales en la veleidad, en la delicadeza y en la brutalidad. Pero unos más felices que otros, unos más devorados por la miseria que los otros. El alma era en ellos idéntica y sólo así ha podido encontrarse en las creaciones de escritores como Dostoiewski, Tolstoi, Gogol o Gorki, esta dualidad original de hombres místicos y lujuriosos, generosos y mezquinos, grandes hasta el sacrificio y bajos en la ruindad del egoísmo. Alma contradictoria y penetrada o iluminada por una fe que aparece arrancada en los suburbios al espectáculo de tragedias inacabables.

Gorki había conocido aquella alma, porque él la siguió en la vagancia forzada o voluntaria, a través de todos los caminos innumerables de la estepa. El aprendiz de zapatero, el pinche de cocina, el panadero de las aldeas más sórdidas, el relojero e impresor, vivió con todos los desechos del pueblo y se acostó hambriento bajo los vagones en las estaciones solitarias de Siberia. Fué el desdichado, el vagabundo que comía en el mismo plato con los asesinos y ladrones. Nunca quizá un escritor tuvo un aprendizaje más

duro y bestial y nunca acaso un alma ardiente recibió confesiones más íntimas de hombres que no volvería a encontrar jamás en la vida. Pero es seguro que más tarde, si la suerte no les fué tan adversa, se reconocieron en la lectura de los cuentos del desdichado, del amargo. Le conocían todos sin leerlo. Muchos jamás le leyeron en la gran estepa y, sin embargo, le querían como a uno de su sangre. Los vagabundos reconocían en Gorki a un hermano. Los mendigos de las ciudades rusas en lugar de pedir una limosna en nombre de Cristo, pedían ayuda para salvar «un tipo de Máximo Gorki». Un tipo! El, el mendigo, se reconocía como un tipo surgido de las creaciones novelescas del autor de LA MADRE, y se sentía orgulloso tal vez de haber salido al mundo de la realidad, de un salto desde las páginas de LOS TRES, de LOS VAGABUNDOS o de LOS EX HOMBRES.

A tal punto había llegado la exactitud de la creación en este autor. Los hombres tomaban por verdadera la reencarnación en el personaje gorkiano y salían a deambular por los caminos, felices de ser héroes. Quizá esta sutileza no sea sino una característica de esa alma atormentada del ruso, en la cual libran tan tremenda batalla, el sutil soplo de la fe y la dura violencia del pecado carnal, la lujuria o el crimen. Gorki fué el cantor de la madre. Rusia era la madre para él, tanto en el sufrimiento glorioso como en la conmiseración y el pecado. Quien le lea o haya seguido su itinerario de escritor y de vagabundo, hasta topar con la prosperidad, ya en la vejez, encontrará siempre en sus páginas el agrio encanto de los pueblos, en su torbellino de harapos y ese olor áspero y punzante de pescado podrido de los malecones del Volga.

Las andanzas de Gorki fueron penosas. En general, la vida de los escritores rusos ha sido siempre amarga. Dostoiewski, Tolstoi, Andreieff, Gogol fueron hombres que bracearon contra los huracanes de la vida, en lucha con los demonios de las pasiones. El escenario les prestaba la levadura para el combate. Vivían en la opresión, en el aire viciado de una tiranía absoluta y violenta, en medio de gentes miserables. Rusia fué el país de las grandes contradiccio-

nes. Debajo de unas castas suntuosamente instaladas, vivía una masa enorme y abandonada, un pueblo famélico e irritado. Se especulaba sobre la fatalidad, sobre la resignación de ese pueblo. Cada escritor había descubierto en el hombre vagabundo, en el agitador sombrío, en la prostituta, los elementos compasivos, los seres encadenados por las injusticias, en los cuales latía una chispa del Cristo reivindicador y amigo de los humildes y de una virgen piadosa que perdonaba las miserias y contradicciones del pecado.

Gorki fué el vagabundo más cercano de la masa y el que mejor la cantó. La cantó en cada uno de esos miserables desdichados que pasaron con él días y noches interminables de sufrimientos. Las cárceles estuvieron siempre abiertas para ese ser errante que cruzaba las estepas y dormía en las cuadras de los caballos. Allí aprendió el lenguaje rudo y viril de la protesta. Mirando vivir a sus hermanos en sufrimiento, comprendió de qué enorme capacidad de sacrificio y de resignación estaba amasada el alma del ruso. Y como Andreieff o Dostoiewski sintió en sí mismo el dolor de los otros. Universalmente fué acogido como el más hondo de los intérpretes populares.

Un rastreo en la literatura americana de comienzos del siglo, reclamaría para Gorki un puesto entre los precursores. 1900 mostró a los hombres de letras de estas tierras un espectáculo en el que antes no habían reparado o sobre el que habían pasado muy de prisa. Las primeras obras del escritor ruso propagadas en las ediciones de Maucci, llegaron a este continente en los comienzos del siglo. Deslumbraron a los escritores americanos. Había en ellas el dolor, la protesta, el rudo combate de los hombres contra la naturaleza, contra los otros hombres o contra las injusticias sociales. Ese cuadro de un país tan lejano les hizo mirar la realidad circundante y encontraron también un pueblo sufriente, una indiferencia medular para los pobres, unos campos embriagados de romanticismo, unas viviendas parecidas a aquellas chozas de las isbas, en las cuales penaba una muchedumbre pasiva y resignada.

La compenetración de Gorki con los lectores de todo el mundo,

proviene en gran parte de esta fuerza tan humana de su literatura. Siendo ella eminentemente rusa, cabe en todos los espíritus que de uno u otro modo han sentido en sí mismos el sufrimiento de la explotación, de la humillación o del dolor causados por las injusticias. En ese vagabundo de la estepa se reconocían los vagabundos de otros países antípodas. Vestidos de otra manera, vagando por sendas distintas a las que describía Gorki, sufriendo el rigor de leyes quizá más benignas o menos crueles, se sentían sin embargo, hermanos de los héroes pintados por el autor de TOMÁS GORDEIEW. Ayudaba en esta compenetración singular, la naturalidad del estilo, la ausencia de mundos subterráneos en esas almas rudas y elementales—distinto de como ocurre en las creaciones de Dostoiewski—y un destino igual de soledad y de sufrimiento en el curso silencioso de sus existencias. Le entendieron por eso, las generaciones americanas que se encontraban aún impregnadas del estetismo francés. Las vastas soledades esteparias de Rusia, sus inmensas contradicciones, la miseria del hombre en medio a las ingentes riquezas del suelo, confrontadas con la servidumbre del pueblo americano que en la exterioridad parecía idéntica a la que sufrían los mujiks, contribuyeron a que los ideólogos y las generaciones jóvenes de América sintieran al escritor ruso como si fuera un intérprete de sus propias ansiedades e inquietudes.

Tal nos parece que es en la esencia, el sentido social que adquiere el arte cuando está trabajado por un escritor que universaliza sus creaciones. Caben, aun siendo locales, en todos los climas y calzan en todas las angustias humanas. Gorki añadió a su vigor de escritor, la amplitud de la creación. Le sintieron como propio todos los vagabundos, los miserables, los ex hombres, los humillados y los ofendidos, los que, en fin, buscaban obstinadamente una justicia en medio de las grandes soledades y angustias de la vida.

Las arenas milagrosas de Pica

DESDE el Alto de Bellavista, en el Cantón sur de la Pampa del Tamarugal, divisábamos tan claramente el oasis de Pica—un manchón claro y otro verdioscuro medio de través y algo más arriba—recostado contra los faldeos amarillentos que forman las primeras estribaciones del Altiplano de Bolivia, que no pude menos de declarar que en un par de horas nos pondríamos allá.

—Así es de engañosa la Pampa, me dice mi acompañante, pampino viejo. El ojo lo pone a uno donde quiere mucho más ligero que los pies. Apuesto cualquier cosa que de aquí allá, donde usted lo ve, hay bien sus cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros. Sin contar con que tendremos que repechar unos mil metros por unos arenales de todos los diablos.

Recordé entonces que algo parecido me había tocado experimentar días antes, en un sentido opuesto, al bajar de Chuquicamata por ese camino que los ingenieros americanos trazaron recto como la huella de una bala de cañón, en dirección a Tocopilla, y que una

vez transpuesta la serranía que separa al mineral de la Pampa del Toco, descende parejo como el techo de una iglesia campesina.

—Mientras que por allá por el sur, en Aconcagua, por ejemplo, dice mi amigo, hay que afirmarse en la montura al pasar del plan a la cuesta, aquí uno va ganando altura sin darse cuenta, salvo el recalentamiento del motor, o cuando el pingo revienta en sangre a causa del soroche allá por los tres o cuatro mil metros.

Y debe ser así, porque de donde estamos la vista abarca sin esfuerzo unas cien leguas en redondo, desde las sierras del norte de Tarapacá hasta los conos volcánicos de la Puna de Atacama. Una cordillera mucho más antigua que los Andes se ha desgranado al roce de los siglos y rellenó con lava y aluvión la ancha cuenca marina que hoy se extiende hasta las cadenas de la costa. Es un panorama áspero y desnudo que no deja de imponerse al ánimo con cierta salvaje grandeza.

Una tarde de septiembre dejamos el tren en la estación de Pintados y abordamos uno de los camiones «para bultos y pasajeros» que sirven el tráfico entre Pica y el Ferrocarril Longitudinal. El «Longino» como se llama aquí familiarmente a ese ferrocarril, tiene en Pintados la estación de término de la línea fiscal, y por ella distribuyen los piqueños las frutas y hortalizas que les dan fama y provecho, e importan todo lo que puede necesitar un pueblo que es como una isla de vegetación en el océano del desierto.

Aparte de esto, Pintados es más bien una reliquia arqueológica que un centro viviente de la Pampa. En todo el Cantón sur, no hay más que una planta salitrera en actividad, y el resto es un cementerio de maquinarias inertes y de campamentos abandonados que añaden a la desolación del páramo no sé qué trágica sugerencia de multitudes humanas tragadas por una catástrofe reciente. Del poblacho de Pintados no quedan, pues, sino la inevitable mediaguas de calamina que recuerda el centro comercial frente a la estación, junto con esos extraños signos que trazaron en los cerros vecinos los pobladores indios de hace muchos siglos atrás. De ahí ese nombre de *P i n t a d o s* con que bautizó al lugar uno de los soldados de la Conquista.

Mi compañero de viaje sigue vaticinando una travesía dilatada y penosa; pero los conductores del «ómnibus» no muestran prisa alguna. Al fin, a eso de las cinco de la tarde aquél se pone en movimiento con el estruendo de una locomotora. Por espacio de treinta o cuarenta minutos, nos lanzamos a buena marcha siguiendo un camino muy tolerable, relleno con la costra salitrera, y regado alguna vez al parecer con petróleo crudo. Hacemos luego un alto al pie de un pimiento huérfano que se retuerce al viento, junto a una posada del camino, y allí los del auto se proveen liberalmente de agua para enfriar el motor.

Poco más lejos el camino falla por todas partes, se hunde, se deja invadir por el arenal, y llega el momento de abandonarlo, como a un animal ingobernable o un

enfermo sin remedio. Cortamos por una huella paralela y dejamos el camino público en manos de una cuadrilla tan desproporcionada a su tarea de repararlo, que así al vuelo calculamos ha de tomarles algunos años antes de volver a poner a los piqueños en fácil comunicación con el mundo.

De ahí para adelante la marcha se va poniendo más y más pesada, a medida que engruesa el médano que barren los vientos de la costa en dirección a los Andes. Cada media hora al comienzo, cada veinte minutos luego y por último de diez en diez minutos, hay que detenerse a refrescar la máquina y renovar la provisión de agua que se escapa en chorro humeante por la tapa del radiador. Las ruedas resbalan en la arena fina y fofa de la huella; pica en las narices un tufo de caucho retostado y caemos al fin en un «bache» de polvo más reseco en que el auto patina desesperadamente hundiéndose en vez de avanzar. Cuando nos bajamos para aligerar peso, descubrimos que el tubo de escape está al rojo blanco, o más bien de un tono tierno de carne de melón, y parece a punto de derretirse.

A duras penas llegamos hasta el alojamiento de las cuadrillas que están reparando el camino. Una media docena de hombres y una mujer se hallan descansando bajo el galpón. Les pedimos agua, y no sabiendo que es para refrescar el motor, nos ofrecen vino. Están celebrando el Dieciocho por anticipado, y allí mismo hacen una colecta y echan un chui co al camión, a fin de que

se los traigan lleno con la anilina espirituosa que corre por la Pampa con el nombre de vino tinto.

De aquí para arriba el suelo se pone gredoso, resquebrajado y con escamas y crestas como la piel del dragón. El sol se apaga detrás de las lomas costeras, y un crepúsculo de acuarela vuelca sobre el paisaje sus tonos enternecidos. Hemos pasado unas dos horas debatiéndonos al parecer a medio camino entre el punto de partida y el de llegada, hasta que de repente Pica se nos viene encima...

Nos dejamos resbalar hasta el fondo de un zanjón y repechamos enfilando el costado opuesto, bordeamos pir-cas y matorrales aislados, cuando al salir arriba la noche se derrama de golpe sobre nosotros como un manchón de tinta sobre un papel secante, sorbiendo instantáneamente todos los contornos y no dejando visible más que un chispear de enormes luceros en un cielo que se acerca a ojos vistas a medida que subimos...

Entre el deslumbramiento de los reflectores vemos pasar casuchas ruinosas, quiscos de grandes palas erizadas de púas, árboles medios resecos, y entramos a la aldea dormida. Pero no es Pica aun. Es solamente Matilla, la hermana segundona de Pica, que recoge casi al pie del faldeo las filtraciones de las vertientes que riegan las huertas piqueñas. No hay una sola luz en todo el pueblo, y los buenos matillanos deben contentarse, como los trogloditas, con la claridad difusa de las estrellas. Y cuando la aldea se despierta a la novedad de este mensajero algo averiado de la civili-

zación chilena, algunos vecinos vienen a leer su correspondencia y echarle un viztaso a un diario al resplandor de los focos delanteros del camión. De la tiniebla que nos rodea nos llega un rumor de risas y de voces a la sordina, en que las *e s e s* resuenan al fin de las palabras, silbantes como la cola de un áspid...

Las ruedas vuelven a morder en caminos duros y firmes y zumbando de contento se lanzan a la carrera por la empinada cuesta. Vislumbramos la silueta de un campanario, y volvemos a hundirnos en un camino arenoso. Es la calle principal de Pica. La luz enfermiza de una lámpara de kerosene alumbra nuestra bajada del camión, y nos enterramos inmediatamente hasta el tobillo en la arena. Estamos en la capital del desierto, en un oasis auténtico, en el corazón del médano milagrosamente vivificado por el agua.

Por precarias aceras revestidas con tablas de cajones, aceras que trepan en peldaños irregulares para amoldarse a la pendiente, llegamos hasta nuestro alojamiento. Y después de algunas semanas del silencio mortal de la Pampa, vuelve a corear la medianoche el clarín ufano de los gallos, el ladrido de los perros y hasta algún rebuzno de poderosas resonancias que va rebotando bajo la espléndida noche estrellada.

El sol de la mañana viene a descubrirnos un pueblo semitropical, con casitas de tabiques de caña revestidas con yeso y enjalbegadas de cal. Hay corredores que dan a la calle, azoteas y miradores; enredaderas que trepan por pilares; fragancia de huertos todavía invisi

bles y copas de árboles de verdor perenne, asomándose por encima de mojinetes casi planos, que nos hablan de un clima cálido de una punta a la otra del año. Y este agrupamiento de casuchas reseca entre los naranjales y limoneros en eterna floración, no ocupará más de algunas decenas de hectáreas de terreno fértil, y no abulta más que un pañuelo de yerbas tirado sobre el ancho lomo de la serranía.

Porque es de observar que Pica no está en una quebrada, al igual que otras manchas de vegetación que asoman aquí y allá en la Pampa salitrera. Precisamente Pica está en la comba de la meseta, como un islote de verdor amenazado en sus flancos por el oleaje coagulado del médano. Edades incontables mellaron a su paso los flancos de las montañas, y el porfiado viento del mar envolvió en lluvia fina esta arena que ahora alcanza hasta media falda de las cordilleras. Pero algunas vertientes secretas, torrentes de agua ciega que se escurren por entre los cimientos del globo, que han rozado allá dentro el secreto mismo de creación, reventaron poco más arriba de este oasis para fecundar en épocas inmemoriales las semillas traídas por los pájaros o los huracanes. Y así debió nacer Pica.

Unas mil quinientas personas habitan el pueblo. Aunque en su conjunto no cubre más que algunas cuerdas de tierra, el piqueño vive en el «centro» y tiene las pocas varas cuadradas de su quinta en las afueras. En su totalidad la población proviene de la mezcla de unos cuantos colonos españoles con la tribu indígena

que ya habitaba el oasis antes de la Conquista. Algunos nombres indios usados como apellidos por familias del pueblo están indicando ese fuerte arraigo, el que corroboran por lo demás las fisonomías de color de viejo beduino, con uno que otro rasgo europeo. Pero la sangre africana que tanto prosperó en el Perú, no parece haber llegado hasta aquí.

Su vida insular, hecha de rutina y recogimiento, ha dado a Pica rasgos propios y un patriotismo de campanario. Así, cuando uno pregunta, por la pura manía de documentarse, a éste o al otro vecino:

—Dígame, ¿se sienten ustedes peruanos, o bolivianos?

—¿Nosotros? Nosotros, señor, ¡somos piqueños! dicen con entonación a la vez enfática e ingenua.

A renglón seguido nos hablarán de las maravillas del suelo de Pica, de su feracidad, de las bondades del clima, y de la cultura tradicional de una población entre la que había «caballeros» y «señoras», cuando los demás andaban todavía con taparrabos...

Y en el entusiasmo delator de unas copas, un vecino nos asegura a gritos que «todo el resto de Chile no vale lo que Pica», sin reparar en que precisamente los tragos que le afirmaban en tal convicción provenían de ese Chile remoto que él menospreciaba.

En realidad, el forastero comienza a descubrir poco a poco ese don de gentes, esa hospitalidad cortés y cautelosa, esa gentileza que madura a lo largo de una dilatada vida de hogar. Para esta existencia hecha de re

cuerdo, apozada en los remansos del tiempo, el chileno de cualquiera categoría aparecerá poco menos que como un advenedizo. ¿Qué son después de todo cincuenta años de dominio político chileno contra los siglos de tradición perulera y de lenta infiltración boliviana? Nuestra aspereza innata, nuestra habla desaliñada y nuestras maneras abruptas serán siempre chocantes para esta reproducción, descolorida como un daguerrotipo, de la sociedad limeña; de la vivacidad, la gracia y la picardía de la corte virreinal.

Por sobre todo eso, y para explicarnos mejor la indisimulable prevención antichilena de los piqueños, debemos recordar que fuimos los invasores y opresores de dos generaciones atrás, y que esas cicatrices fueron removidas más tarde con mano brutal por la periódica persecución a los trabajadores peruanos de la Pampa o por las atrocidades sistemáticas del Plebiscito de Tacna y Arica. Por último, no debemos olvidar que el Cuerpo de Carabineros tuvo en sus comienzos prerrogativas tales, que junto con el ejercicio de una autoridad sin contrapeso, se declararon en mucho de sus grados inferiores unas ínfulas temibles.

—Algunos de esos jefes de la policía de Pica, nos cuenta un antiguo residente extranjero, fueron el terror del vecindario. Nuestras personas, el domicilio de cada uno de nosotros, estaban expuestos a cualquier atropello de parte de un sargento mandón. Afortunadamente, la revolución de 1932 vino a probarles a los Carabineros que vale más contar con la buena voluntad de la

opinión pública que con el favor de un gobernante; y ahora tenemos en los jefes de policía que aquí vienen la mejor garantía de tranquilidad.

¡Tranquilidad! ¿No es esa la aspiración de todas las gentes maduras, lo mismo que de las sociedades aconchadas? Por amor al reposo se resignan los piqueños a no extender su parcela por medio de un aumento del regadío; por no violentarse se dejaron arrebatarse el agua de Chintaguay sus vecinos de El Valle, y por la misma razón carecen de un buen camino hasta el ferrocarril, y de luz eléctrica, a pesar de que hace años fué instalada la red de alambres con los postes. Las calles son tembladeras de arena donde se hunden los pasos, y se anda como en las pesadillas, sin poder avanzar casi. El agua potable gotea apenas en los grifos, cuando habría bastado el esfuerzo cooperativo de los vecinos para captar alguna de las muchas venas subterráneas que van a reventar en el plan en forma de salares o de puquios.

Porque lo más sorprendente de la fertilidad de Pica es que hay aquí un milagro sin misterio. De poder hacer brotar agua en cualquier terreno de la pampa que no esté propenso a ser alcanzado por las reveniduras salobres, el desierto tendría millares de oasis como Pica y Matilla. Esos naranjos enormes de aquí, en cuyas copas se muestran al mismo tiempo los azahares, las naranjas pintonas y las maduras, con cosechas anuales de doscientas cincuenta a trescientas docenas por árbol, conservan en torno al tronco parte de la arena que no

ha sido desplazada aún por el humus creado por la misma vegetación. Este suelo cálido y poroso debe beberse el agua por toneladas; pero ya se ve que no podría acusársele de no ser agradecido.

Visitamos la Comunidad. Pica es una calle principal en cuesta, de unas ocho cuadras de largo. Dos calles paralelas contienen a uno y otro costado a la población de más modestos recursos. En el costado que mira al sur quedan los huertos más extensos, generalmente de no más de una hectárea, pero en muchos casos de no más de un cuarto de hectárea. Los mangos, los naranjos y los limoneros se aprietan avariciosamente en esos cuatro terrones, y rebosan por encima de las pircas. Esos pequeños limones de Pica, que como los de Sicilia son puramente una delgada corteza repleta de jugo ácido, están botados por centenares a lo largo de los callejones transversales que dan acceso a las quintas. La más grande de todas, en buena cuenta una chacra formada por la reunión de varias posesiones indígenas, es, como su nombre ya lo advierte, la Comunidad.

Ahora se halla entregada a un concesionario. Son tres cuadras a lo sumo de terreno arenisco, atravesado por un canal de cemento donde borbota alegremente el agua del riego. Las flores y los pájaros, aparecen de nuevo a nuestra vista, entre esas dos desolaciones de la Pampa y la Cordillera. Descansando al pie de un mango centenario, oímos cifras que hablan de la generosidad de esta minúscula Tierra Prometida. A creerle al jo-

ven que administra el predio, un peruano de Iquique, la Comunidad le deja recoger, semanalmente, unos siete mil pesos de fruta, o sea, mil pesos diarios por ocho o nueve meses del año. Y el resto lo dan las viñas de Pica, cuyos vinos añejos son famosos de Pisagua a Taltal y de los cuales, estadísticas no menos añejas, nos apuntan un promedio de «doce mil botijos por vendimia». Vemos todavía repollos enormes; una mata de ellos bastaría para alimentar a todo un convento.

El agua que da vida a los huertos de Pica, proviene de un aljibe labrado en la roca misma, allá a la cabecera del pueblo. Es la «Cocha», una concavidad de unos diez metros en cuadro y de cinco de profundidad y cuyos costados se recubren con plantas rastreras y acuáticas. En estas aguas claras y tibias, los piqueños se bañan antes de vaciarlas sobre la arcilla de sus huertos. La Cocha es un centro social, tanto por lo menos como el manantial de la prosperidad colectiva.

Esos frutos que amarillean en todo tiempo en los naranjales de Pica y Matilla, son realmente oro para sus dueños. La naranja es la bendición del desierto, y ya uno no volverá a pegar sus labios resquebrajados por la sed a una naranja, en todo ese infierno de la pampa salitrera sin hacer, mentalmente, acción de gracias por los milagrosos arenales de Pica.

Pero, aparte sus huertos y huertas, el oasis es tan reducido, que no podría esperarse mucho de él como proveedor del pan de cada día. Maizales tempraneros, cebollas, lechugas, tomates; pero no papas ni trigo.

Tampoco forraje para el ganado. El pobrerío come, pues, carne de «machorra» (llama hembra), alimento algo fuerte para el forastero. Y se viste con los tejidos bolivianos que les traen esas mismas tropillas de llamas que vienen del interior y que no vuelven ya al Altiplano.

La vida doméstica de los piqueños tiene, en lo externo, ese decoro imperturbable de la tradición española. Algunas viviendas son el epítome de ese afán de presentar el mejor cariz al mundo, con su salón en que hay muebles tapizados y hasta piano, y luego el dormitorio sin catres, con cueros de oveja por cama. Pero si uno encuentra en la calle a estos señores y señoras de semblante grave y cetrino, no faltarán nunca un saludo ceremonioso y unas palabras bien moduladas y cortesanías.

¡Curiosa psicología la de los pueblos pequeños! Y cómo ellos resumen en miniaturas caricaturescas las pasiones y los vicios de los pueblos grandes. Entre los nativos de Pica y los de Matilla existe una malquerencia enconada por su misma vecindad; y como los varones de ambos villorrios salen en edad temprana a ganarse la vida en las salitreras o en los puertos del litoral, circulan por la Pampa infinidad de chascarros en que el piqueño aparece como la personificación de la tacañería, y el matillano de la simpleza rústica, o por lo menos de la gedeonada.

Matilla es un pueblo de unos quinientos habitantes; un pueblo que se debate desganadamente, al parecer,

contra el desierto y la sequía. Sus huertos comienzan a secarse por los bordes, como si empezaran a alcanzarle los primeros efectos de la sangría de Chintaguay. Para aumentar su provisión de agua, los matillanos de antaño discurrieron un sistema de socavones, que acaso no conocieran esos ingeniosos agricultores que fueron los moros. La tradición dice que un español enamorado de la hija de un cacique del lugar, ideó los socavones de Matilla y dió agua a sus tierras a cambio de la muchacha. Pero es posible que esos túneles provengan de la época incaica o de una cultura anterior. En todo caso, estos socavones que se internan hasta quinientos metros en el corazón del cerro, van recogiendo las hebras de humedad que rezuma el subsuelo y las juntan hasta formar los regatos de que viven, precariamente, los huertos de Matilla.

Pero los habitantes de El Valle, los pobres «valles-teros», no han tenido siquiera esa suerte. Su caserío y sus pequeñas huertas estaban en el fondo y en los flancos de la quebrada que ciñe a Pica y Matilla por el costado sur. Se alimentaban ellos y sus tierras de las vertientes que bajan del interior de la quebrada, y no habían pensado, pues, en recurrir a la ayuda de los socavones, cuando una malhadada inspiración de la política oficial—hecha por lo común de ignorancia y testarudez—quiso que se proclamara una campaña «para regar la pampa salitrera».

La cosa comenzó, naturalmente, por algunas andanadas de discursos en el Congreso, y luego por esas

sentenciosas declaraciones gubernativas, en que se va tras un objetivo cualquiera atropellándolo todo, a condición de acallar por el momento los clamores que han levantado las propias promesas fiscales.

Con esa simpleza característica, se pensó que cavando pozos artesianos en cualquier lugar de la pampa, podía reproducirse por dondequiera el milagro de Pica. Y efectivamente, las comisiones enviadas por el gobierno, comenzaron a picar aquí y allá; pero no hallaron en ninguna parte agua apta para el riego, y solamente cuando a insinuación de algunos vecinos de Pica se internaron hasta Chintaguay, descubrieron el agua que venía manifestándose, desde hace siglos acaso, en las vertientes que regaban El Valle.

Aquella funesta comisión de técnicos hizo reventar, pues, una abundante vena de agua, que tuvo una larga resonancia en la prensa y las cámaras gubernativas. Por supuesto, nadie podía oír a tal distancia las protestas y lamentaciones de los infelices «vallesteros», que veían secarse sus arboledas y sus huertas a medida que el pozo y las cañerías de Chintaguay succionaban las venas de agua subterránea, a razón de seis mil litros por minuto.

—Y esa agua se la arrebatában al Valle, para ir a aumentar la provisión de una ciudad despoblada, como es Iquique, nos advierten los piqueños. Pasaron meses y años, sin que se cumplieran las promesas de indemnizar a los propietarios de Quisma. Hasta se les prohibió cavar socavones. Algunos de ellos murieron de

miseria en esa espera, mientras Iquique gastaba en regar las calles el agua que se les robó a los desgraciados vallesteros . . .

El episodio pinta a un pueblo resignado, sin arres-tos viriles. Cuando los campesinos de Minnesota, en Estados Unidos, vieron que iban a embargarles sus fincas por dilación en el pago de las contribuciones, durante la última crisis, corrieron con sus escopetas a los curiales y corchetes de la ciudad, obligando a las autoridades y tribunales a suspender los remates de sus tierras. Así también los vallesteros debieron correr con sus horquetas y azadones a los flamantes técnicos que venían a robarles el agua providencial de la quebrada de Chintaguay; debieron formar comicios en Pica, enviar delegaciones a Iquique y Santiago, y no cejar ni en la vigilancia ni en la protesta hasta hacerse oír de los sordos.

Pero, en Pica y Matilla el vecindario está dividido en dos bandos: los radicales y los conservadores, y a cada grupo le importa mucho más que se mantenga intacta su ideología (por más que en caso de apuro no supieran cómo definir el terminacho) antes que unirse en pro del interés regional y en defensa de los más débiles. Pero, seguramente, por ideología esos señores entienden, como en otras partes, llevarse la mayoría más uno de los puestos públicos y de los contratos municipales; y, entonces, ¿a quien podría importarle la suerte de unos pobres diablos que vegetaban allá en la linde

de la quebrada; gente humilde e ignorante, de seguro sin voz ni voto?

Se consumó, pues, la hazaña del pozo artesiano de Chintaguay, y aunque la Pampa siguió tan reseca y desolada como antes, la política de reclamación de tierras obtuvo uno de sus más sonados triunfos. Hay que venir hasta aquí y recorrer, como lo he hecho yo, este faldeo quemado de Quisma, con sus árboles en esqueleto, sus campos arrasados y sus casas desiertas para sentir la enormidad del contraste, lo triste del reverso de esa medalla triunfal que se prendió al pecho la estolidez administrativa.

Por más que, cuando todo está dicho, sea vano clamar contra los hechos consumados. Estamos seguros que de interrogar a los geólogos e ingenieros, me dirían altaneramente:

—Nosotros no sabemos nada de eso. Se nos mandó a ubicar y hacer manifestarse las corrientes subterráneas de esa región, ¿y no está viendo usted cómo las descubrimos? El técnico no tiene para qué pensar ni en los motivos ni en las consecuencias de una orden de la superioridad...

De esta manera se cierra uno de los capítulos más bullados de la historia de Pica. Volviendo la espalda a ese pasado reciente, nos enfrentamos con una población que se dispone a celebrar el Dieciocho. Despiértase la curiosidad por saber quién va a celebrar el Día Nacional de Chile, aquí donde casi nadie se dice chileno, fuera del maestro de escuela, los Carabineros y

dos o tres vecinos, cuyos padres llegaron «de Chile», hace muchos años. Los comerciantes son chinos; el dueño del hotel es un italiano, y no falta algún judío que posea el almacén mejor presentado del pueblo. El Cura es un sacerdote alemán, «viejo solterón», como él mismo me advierte con teutónico humorismo, a pesar de ser considerado como el patriarca local; y naturalmente todos estos forasteros avecindados tienen especiales consideraciones con el complejo patriótico de la población.

Y aquí entra en juego la firmeza de voluntad y la malicia de mi amigo el jefe de Carabineros, quien se lanza a última hora a citar a los miembros del Club peruano que forman la única banda de músicos de Pica, y que se habían excusado hasta ahora con diversos motivos de ensayar las músicas marciales chilenas. A la mañana siguiente y hasta el mediodía tenemos, pues, una repetición desesperante de la Canción de Yungay, que parece formar todo el repertorio improvisado por la banda. Y es de ver a los cholitos de la escuela con qué clara entonación recitan los poemas de los libros escolares, y cómo siembran por los aires con gestos vibrantes la semilla de la chilenidad, que acaso no ha de prender tan pronto entre las fauces reseca del arenal.

De la Plaza donde se mantienen algunos pájaros en una gran jaula verde, como por el temor de que se vayan de Pica para no volver más, pasamos a la iglesia, una gran bodega con techo y paredes de caña, donde preside en un altar el Santo Patrono de Pica, San

Andrés. Su día, y el 28 de julio, sí que son las verdaderas festividades del lugar; pues ni los recuerdos patrióticos ni las supersticiones religiosas se borran en una o dos generaciones. San Andrés es una imagen vestida con lujo oriental, y sus barbas renegridas y espesas, junto a la efigie de bulto de Santa Filomena y de otras vírgenes, le dan al santo un aire de Sultán morisco en su serrallo.

Antes de irse, quisiera uno preguntarle al Cura:

—Y dígame, señor, ¿cómo le va a San Andrés cuando bajan las procesiones hasta Matilla? ¿O tiene ese pueblo algún santo rival?

Porque en estos pueblos mestizos, los buenos curas saben conciliar muy habilidosamente la hermenéutica del culto con las tradiciones populares de juerga y orgasmo místico—San Andrés y Viracocha.

De cierto cura de Camiña o de Soga, se cuenta, por ejemplo, que habiendo sabido que unos facinerosos disfrazados de policías venían a asaltar al pueblo, reunió a sus feligreses, montó a caballo llevando un blandón por arma de combate y puso en fuga a los salteadores a los ecos de unas letanías con Kyrie Eleison y todo.

Pica, igual que los demás pueblos cordilleranos rociados por las vertientes de los Andes, recibe su contingente de visitantes para las fiestas. Su acogida es siempre amable, dentro del ambiente local que da al carácter del piqueño las condiciones contradictorias de apocamiento y jactancia, humildad y orgullo:

—¿Ya va sabiendo acostumbrarse aquí, señor?, dicen los vecinos, con su entonación de cuicos y su gramática de Tihuantisuyu.

Y ciertamente que uno se acostumbra pronto a este clima de invernadero, refrescado a ratos por las ráfagas cargadas de aromas que vienen de los huertos. Si el visitante es de confianza, se le invita a una riña de gallos, celebrada en casa particular, a fin de evitar las complicaciones con la letra de la ley. Los galleros viejos pasean inquietos por el redondel, y se le antoja a uno que su amor al arte les va dando cierta semejanza con un gallo de pelea jubilado. Cada uno lleva a su pupilo debajo del brazo, le alisa las plumas de oro o de turquesa con mano nerviosa, mientras se tirotea de palabra con otros aficionados. Cada gallo mira ya a sus probables rivales con el ojo bien redondo y la pupila de brasa líquida. Husmean la sangre, presienten la pelea y la muerte. Ningún teólogo que se asomara a una rueda de gallos podría ya negarles que posean un alma, y que esta alma alerta y combativa absorbe en estos momentos toda la energía y toda la destreza de que es capaz su cuerpecito esbelto y acerado de músculos y estacas, para lanzarlo como un resorte del más fino metal contra su adversario.

Es una riña de gallos a la peruana; vale decir que es más corta y mortífera que la pelea a la chilena, por cuanto la estaca está reforzada con un puñal afilado como una aguja, de unos cuatro centímetros de largo. El gallo, bien amaestrado, lleva una sola arma, emplea

un solo golpe, de arriba abajo, y suele matar a su rival a la primera puñalada. La lucha es, pues, menos cruel y repugnante que la pelea «al natural», en que los gallos se destrozan la cabeza y suelen arrancarse los ojos, sin acertarse un golpe mortal. Toda la vida de los tiempos coloniales, la necesidad de emociones fuertes para espantar el aburrimiento, revélase a lo vivo en estas supervivencias de la rueda clandestina.

Puesta así al margen de la vida moderna, Pica vive mucho de sí misma, siente que se basta a sí misma. Ensimismada y todo, no podría negar que depende de la prosperidad de la Pampa y los puertos salitreros para su existencia. La ausencia de juventud masculina le da un cariz conventual a estas viviendas en que vegetan muchachas ya condenadas a la soltería, pues los jóvenes que salen a realizar sus ambiciones en las oficinas del comercio y la industria del litoral chileno, rara vez vuelven a escoger su compañera de toda la vida entre las compañeras de juego de su niñez. Sin teatro ni cine, Pica no tiene otra ventanita abierta sobre el horizonte mundano, que la retreta de su banda de músicos y las festividades cívico-religiosas del 28 de julio y el 30 de noviembre.

Y en este aislamiento, en este remanso de la historia júzguese la sorpresa de mi acompañante cuando, en una visita hecha anteriormente en compañía de otro inglés, van descubriendo donde menos lo pensaban que la mayoría de los chiquillos acomodados de Pica hablaban su lengua tan bien como ellos.

—¡Look at that boy! He doesn't seem to mind the hot sands at all, había dicho uno de los gringos visitantes. Y por poco se les salen los ojos de la cara, al ver que el muchacho descalzo les responde con un tonillo picado y cierto acento de Oxford:

—Why should I? The soles of my feet have grown accustomed to the heat.

Y por el mismo chicuelo y en el mismo idioma descubrieron en seguida la explicación del prodigio. Era el caso que unos cinco años antes, un caballero inglés llegó a Pica en busca de salud o de un retiro apacible contra quebrantos morales. Sus recursos no duraron largo tiempo, y cuando se vió en apuros, acudió en busca de consejo y ayuda a un vecino emigrado de Aconcagua, hombre de cierta ilustración y de alma comprensiva.

—¿Por qué no abre un colegio particular y enseña en su idioma a un grupo de muchachos?—fué la indicación que recibió el bueno de Mr. Robertson.

Así fué como una generación de piqueños deletreó las primeras letras con el acento de Oliver Twist. Tal conciencia y tal amor debió poner en su enseñanza el pobre emigrado, que hasta hoy en día aquellos muchachos, ya maduros padres de familia, siguen hablando la lengua extranjera y recordando con veneración conmovida a su antiguo schoolmaster.

La tarde que me contaron la anécdota, la víspera de mi partida, yo pensaba mirando el pueblo y el are-

nal que lo estrecha por sus cuatro costados, que podría llamarse afortunado el hombre que deja una huella semejante en el pequeño mundo en que se mueve cada uno de nosotros. En Pica o en Londres, la naturaleza pasa a ser lo secundario cuando uno piensa en las aspiraciones humanas. En las escuelas se nos enseña que un oasis es un retazo del Sahara con palmeras, agua que corre por entre la hierba y tiendas nómades y recuas de camellos. Aquí en la frontera social de Chile hay, sin embargo, un oasis que no tiene nada de eso, porque se trata de un pueblo asentado entre los arenales desde antes de la fundación de todas las ciudades del continente, y sin embargo, las preocupaciones, las luchas y los intereses de estas gentes despiertan nuestro interés y nuestras simpatías, por encima de las barreras de clima e historia.

Margot Arce

La poesía popular colombiana

(Conferencia dada en Middlebury College, Estados Unidos)

MARGOT ARCE, LA PORTORRIQUEÑA

Presento con un gusto pasado a complacencia a Margot Arce, profesora de la Universidad de Puerto Rico, uno de los mejores maestros de Universidad americana que yo me haya encontrado en mis viajes y criatura fina de nuestra raza, que es compleja por rica y que da sorpresas al viajero en los puntos próceros del Continente a donde él llega: México, Antillas o extremidad sur.

Margot Arce, Doctora en Letras de la Universidad de Madrid, es de las pocas americanas en las cuales el sentido de la lengua vive y se perfila, cuidado día a día por un celo extremo de la pureza, guardado por una acérrima voluntad de cuidar un habla latina y por allí grande.

A los treinta años, enseña en su Universidad rodeada del respecto de maestros viejos y de discípulos exigentes. Es que unos y otros la saben informada hasta la más delicada entraña de la rama a que se abrazó por una vocación auténtica y vehemente. Ella enseña español, porque lo sabe, porque lo ama y porque quiere servirlo. Su presencia en la cátedra superior de su país no viene del sabido favor circunstancial a que estamos acostumbrados. El profesor Américo Castro, persona bastante parca en el elogio de lo americano, la llama

la mejor de sus alumnas y uno de sus tres discípulos de América que son su mayor logro pedagógico con nosotros.

El profesor Navarro Tomás, hoy Académico de la Lengua, la ha llamado a colaborar en sus trabajos serenos y largos.

Hija de país con tragedia lingüística, criada entre la pelea dura del inglés advenedizo y el español fundamental, ella optó temprano por lo suyo, con la nobleza de índole que es su naturaleza.

En cada ocasión en que se tratan los negocios superiores del idioma en la Isla se la llama para dirigir y hacer. Tiene la seriedad del especialista y tiene a la vez la voluntad de servir del prosélito.

Esta pasión de una causa suya la hace criatura del sur, tegumento de nuestra carne.

Hace dos años fué llamada por el lingüista Cili Gaya como profesor visitante del Colegio de Verano de Middlebury, cuya clientela está hecha de los maestros de español de los Estados Unidos. Su éxito era seguro, porque la hispanista se halla doblada de una maestra en método.

La conferencia que publica «Atenea» corresponde a la serie que se le pidió sobre temas centro y sudamericanos.

GABRIELA MISTRAL.

Elección del tema.—He escogido como tema de esta charla «la poesía popular colombiana» con el propósito de dar a conocer a ustedes un aspecto de la vida hispanoamericana, valiéndome de una de las porciones más nobles de la América del Sur. La radio, el cine, el gramófono han divulgado casi con exceso el tango argentino y la canción mexicana. Las otras regiones no han sido tan afortunadas, y es lógico que no se puede generalizar acerca del folklore musical y poético

de la América del Sur a base de México y de Argentina solamente. Colombia tiene derecho a decir su palabra emocional. Ella representa, lado a lado con México, la literatura mejor del Trópico. Ciertamente que hay rasgos comunes a todas las manifestaciones nacionales de ese folklore, pero tampoco podemos negar que existen diferencias profundas entre los cantares uruguayos y los cantares antillanos, por dar sólo un ejemplo. Todavía no contamos en América con una recopilación folklórica completa, de carácter científico; además el examen de conjunto sería largo y difícil. Voy a concretarme a la poesía colombiana, en primer lugar porque me impongo así una limitación; en segundo lugar porque puedo apoyarme en algunas buenas colecciones de cantares colombianos y en el cancionero de don A. José Restrepo; y en tercer lugar porque el examen de estas canciones nos arrojará datos que se pueden aplicar a la poesía popular del resto de la América hispana.

El folklore colombiano es abundante y variado como la tierra misma de Colombia, donde podemos gozar de todos los climas y de todos los paisajes, en un magno resumen de orografías y de latitudes. Los cantares de las tierras bajas del Magdalena y del Cauca difieren mucho de los cantares de la Meseta de Bogotá y Popayán y de los cantares de la selva del Amazonas. En cada uno de ellos se manifiesta la diferencia de vida y ocupaciones impuesta soberanamente por el clima manipulador del hombre. La geografía física y moral de

Colombia puede muy bien deducirse de sus cantos populares, así como la vida íntima, emocional del hombre colombiano de cada región.

Influencias raciales.—La poesía popular colombiana es anónima y colectiva por las transformaciones que va sufriendo en una transmisión especial y temporal, y se transmite oralmente como toda poesía del pueblo. Podemos rastrear en ella tres influencias étnicas: la española, que es sin duda la de más volumen y la de mayor importancia; la influencia india, que viene en segundo lugar, puesto que Colombia cuenta con una población de indios bastante densa y la africana, localizada en las tierras bajas y calientes de la costa del Atlántico, ésta menor, pero siempre ostensible.

La influencia española: De la poesía popular española ha recibido la colombiana gran cantidad de temas y las formas estróficas. Muchas de las coplas colombianas son en realidad coplas españolas transplantadas a América por los colonizadores y emigrantes de España, y ligeramente modificadas, en algún verso o en alguna palabra o intención.

Por ejemplo:

1. Esperanza y no tenerla
todo es uno para mí;
ayer lloraba por verte
y hoy lloro porque te vi.

que en España se dice así:

La pena y lo que nos pena
todo es penar para mí.
Ayer lloraba por verte
y hoy lloro porque te vi.

Otro ejemplo:

2. Ojos que te vieron ir
por aquellos arrabales
¿cuándo te verán venir
para alivio de mis males?

Y en España:

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares
¿cuándo te verán volver
para alivio de mis males?

Otra:

Dices que no me quieres,
ya me has querido,
ya no tiene remedio
lo sucedido.

y en España:

Dices que no me quieres
y me has querido,
váyase lo ganado
por lo perdido.

En esta última, en la colombiana el poeta muestra la inutilidad de la negación.

En la española hay un matiz muy claro de desdén que es despecho al mismo tiempo.

La influencia india ha dejado en la poesía de Colombia una huella de melancolía profunda y de impasibilidad ante la vida, la influencia del negro, la voluptuosidad y la voluntad de ritmo marcado. Las tonadas negras del valle del Magdalena son famosas por su tristeza y por su ritmo lento, claramente definido. Se cita con frecuencia la del «Boga ausente».

Que triste que está la noche,
la noche qué triste está,
No hay en er cielo una estrella . . .
Remá . . . Remá . . .
La negra re, mi arma mía,
mientras yo bogo en la má
bañaro en suró por ella.
¿Qué hará? . . . ¿Qué hará? . . .
Tar vé por su zambo amaro
Doriente suspirará;

O tar vé ni me recuerda...
 Yorá... Yorá...
 La jembra son como er toro
 lor esta tierra esgraciá...
 con arte se saca er peje
 der má... der má...
 Con arte se abranda er jierro,
 se roma la mapaná...
 ¿Constante y firme? Las penas
 no hay má... ¡No hay má!...
 Qué escura que está la noche...
 la noche qué escura está.
 Así de escura es la ausencia!...
 Bogá... Bogá...

en la que se imita la pronunciación peculiar que los negros dan al español.

Métrica. — La base métrica de la canción popular colombiana es la copla octosilábica de cuatro versos, con rima asonante de los versos pares.

Ejemplo:

Yo he comido la retama
 del cogollo a la mitá,
 y no hay cosa más amarga
 que el amor sin voluntá.

Aparte de esta forma existe el galerón o corrido, especie de romance con número indeterminado

de versos octosilábicos y la rima asonante y alterna. Se distingue del romance en ser mucho más corto y de carácter lírico en vez de narrativo.

Ejemplo:

Por si acaso me mataren
no me entierren en sagrao,
entiérrenme en una loma
donde no pase ganao;
un brazo déjenme afuera
y un letrero colorao,
pa que digan las muchachas
aquí murió un desdichao;
no murió de tabardillo
ni de dolor de costao,
que murió de mal de amores,
que es un mal desesperao.

Y la guabina, que es una seguidilla cortada sin los tres versos finales. Es decir, una copla de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas, el segundo y el cuarto de cinco.

Ejemplo:

¿Para qué me dijiste
blanca azucena,
si la azucena es blanca,
yo soy morena?

Bailes. — Pero la forma más abundante es la copla; en ella se cantan casi todas las tonadas y los bailables colombianos. En los bailes, las parejas salen al centro del grupo y bailan mientras la concurrencia les rodea en círculo y les hace coro comentador, cantando coplas. El baile toma el nombre de la primera palabra de la copla, que es el de la tonada con que ésta se acompaña. Así hay: la cartagena, el gavilán, el bizarro, el salga el sol, el caracumbé, las Quebraditas, el amanecer, el sapo, el gallinacito, el sanaguaré, los monos, la carrumba y la guabina; de todos estos bailes sólo la guabina y los monos se bailan «agarrados», es decir, abrazándose el hombre y la mujer.

En los demás, el hombre saca la pareja al centro de la sala, allí se hacen una reverencia de cabeza y se separan dando vueltas con cierta elegancia, como si el hombre persiguiera a la mujer con galanterías y la mujer huyera desdeñosa. Moralidades españolas e indias andan en esta preferencia de la pareja suelta. El aireailable más nacional que posee Colombia es el bambuco, única música colombiana que con el pasillo se ha divulgado al exterior. El bambuco es «calenrano», de los valles del Cauca y del Magdalena. En su forma culta ha invadido la altiplanicie y se ha convertido en vehículo de versos de poetas cultos.

Es una danza que se baila en los días de San Juan, desde Honda a Timaná y desde Cartago a Cali. Ha recibido influencia africana: es lánguido, lento, caden-

cioso y está saturado de la especiería de los trópicos.

El poeta Pombo lo describe como:

«Una melodía lenta,
íntima, desgarradora,
compañera del que llora
y que al dolor nos despierta».

Después del bambuco, sigue en importancia el joropo llanero, que también se canta y se baila en Venezuela. A diferencia del bambuco, el joropo llanero es baile rápido, apasionado, puntuado de taconeos: tiene elementos báquicos y se acompaña con el canto de corridos y galerones.

Instrumentos.—Para acompañar la danza o la copla los colombianos tienen instrumentos musicales típicos, de cuerda, de aire y de percusión, riqueza y originalidad musicales dignas del gran pueblo emotivo. Tales son la vihuela de siete cuerdas, de muy dulce sonido, la guitarra española, el tiple de cinco cuerdas y el cuatro de cuatro cuerdas; el tambor o cajón, el guache o maraca, que consiste en canutos llenos de pepas secas que producen sonido al sacudirse rítmicamente; la guacharaca o pedazo de macana con muescas, que se rasga con una varilla de metal o madera y el caramillo de siete carrizos. A los sonos de esta orquesta extraña, pero espléndida baila el pueblo colombiano en los bailes de candil que allá llaman de garrote, porque suelen terminar como

el rosario del alba. En estos bailes siempre hay dos o tres cantaores de profesión a los que la concurrencia jalea. Buenos repentistas, muy orgullosos de su habilidad poética y que en ocasiones emprenden entre sí un verdadero duelo de coplas en el que vence el más dudo. Así afila su ingenio este pueblo que se cuenta entre los más inteligentes del sur. El cantaor suele hacer siempre su propia alabanza:

Cuando el tiple y la vihuela
se acompañaban conmigo,
no había viuda que sintiera
la muerte de su marido.

Cuando me pongo a cantar
hago lo que me da gana:
de mi pecho hago una torre
de mi voz una campana.

Y al autoelogio unen la alabanza tierna del instrumento con que se acompañan y por el que experimentan un sentimiento de camaradería parecido al del artesano por la herramienta fiel del oficio:

Esta vihuela que suena
tiene boca y sabe hablar.
Sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.

La vihuela para buena
ha de ser de oro brillante:
Las clavijas piedras finas
la puntezueta, diamante.

Temas de la poesía colombiana. — Los temas de la poesía popular colombiana se dividen en dos grandes grupos: 1) coplas que llaman a lo divino, en que el tema religioso aparece tratado con más o menos respeto. 2) y coplas a lo humano, corrupción de humano. Estas últimas son las más numerosas y comprenden los temas del amor, del aguardiente, del juego, de las burlas, de la exaltación patriótica y política, y de la filosofía vulgar. De cada uno de estos temas pueden citarse innumerables ejemplos. Es curioso notar la ausencia del tema del trabajo, tan abundante en el folklore español.

COPLAS A LO DIVINO

Lo religioso está visto en la poesía popular colombiana con cierta familiaridad, en términos de lo humano y cotidiano; concepción semejante a la de los cuadros religiosos de Murillo. No se nota la distancia que separa a las personas sagradas del resto de los hombres y a veces se llega hasta la falta de respeto: el cura es casi siempre objeto de burla o de censura. En general, la poesía popular religiosa está tocada de anticlericalismo, cosa que ocurre también en la espa-

ñola y curioso síntoma en ambos pueblos redondamente católicos.

Ejemplos:

Yo vide a San Jerónimo
Debajo de unos árboles,
Comiéndose unos plátanos
Con todos los apóstoles.

Moreno fué San Benito,
Morena fué su pintura,
Y en la Sagrada Escritura
Todo de negro está escrito.

Las muchachas de la villa
Cuando van a misa en coche,
Lo primero que preguntan:
Si es bonito el sacerdote.

Cuando los tres Reyes Magos
Bajaron por el Oriente,
Bajaron solicitando
Dónde vendían aguardiente.

El que a los curas ama
A fieras quiere,
Que son hombres que viven
De los que mueren.

Esto no quiere decir que falten la fe sencilla y la devoción; así lo atestigua esta copla:

Mañana por la mañana
riega tu casa de flores,
que te viene a visitar
la Virgen de los Dolores.

El tema principal de la poesía profana es el amor y la mujer. El amor sentido con la voluptuosidad y la pasión del trópico; a ratos entusiasmado y optimista; otras veces dolorido y lleno de quejas. Los pueblos sudamericanos, saturados de una tristeza racial, viven el amor con este foso infaltable de melancolía. La copla popular recoge toda la gama de emociones y de matices de emoción. De la mujer, se hace el elogio o la censura agria; se la ve en ángel o en demonio. La alabanza de la mujer siempre hiperbólica se adorna de metáforas agudas e ingenuas, que corresponden tal vez a la idiosincrasia a la vez sabia y niña del indígena.

El tema del matrimonio aparece también tratado desde el punto de vista masculino, matrimonio como sinónimo de esclavitud y de hastío. Parece que el hombre del pueblo colombiano tampoco se conforma con una sola mujer y que es, a lo oriental, natural e irremediablemente polígamo.

Todos los subtemas del amor: los celos, el desdén, la traición, la pena, el agravio, la au

sencia, el olvido reciben tratamientos adecuados en esta poesía.

Veamos algunos ejemplos:

1. Anoché a la medianoche,
a medianoche sería.
Los gatos que amenudiaban
y yo que me despedía.
2. Qué dormida que estará
con sus piesitos calientes,
y yo por los corredores
tiqui-taque con los dientes.
3. Las estrellas en el cielo,
la luna en el carrizal.
Boquita de caña dulce,
¡quién te pudiera besar!
4. ¿Qué tienes en el pelo
que huele tanto?
Azafrán de Castilla,
romero blanco.
5. Terroncito de alfeñique,
botón de blanco jazmín.
Si no estás enamorada,
enamórate de mí.

6. Yerbecita de mi puerta,
qué verdecita qu'estás;
ya se fué quien te pisaba.
¿Qué haces que no te secás?

El matiz de malicia y de tunantería no falta en los versos de amor.

1. ¿Qué le parece mi vida
y que le va pareciendo?
De lo que le dije anoche
ya me voy arrepintiéndolo.

2. Por qui te estoy mirando
y vos a mí no me ves.
¡Ah, si yo te pareciera
como vos me parecés!

3. Pasaron mis alegrías
como ajenas, como ajenas,
y me quedaron mis penas
como mías, como mías.

4. Ojos negros y serenos
¿por qué me miráis así?
Tan alegres para otros
y tan tristes para mí.

5. Malhaya la cinta verde
y el galán que me la dió,
que la puse en la ventana
y el aire se la llevó.
6. Vino un fuerte remolino,
ramas de amor se llevó;
y el amor que te tenía
siempre en su rama quedó.
7. Yo le dije: ¡vamos, vamos!
y ella dijo: ¡vamos, pues!
Yo no la llevé cargada;
ella se fué por sus pies.

Los otros temas profanos: la burla, el aguardiente, el tabaco, el juego, la política, la filosofía popular no tienen el interés de primer plano que representa el tema del amor. El hombre sudamericano es ante todo un sensual; lo demás viene por añadidura. Algunas coplas del aguardiente, están sin embargo, llenas de gracia:

Si el torito fuera de oro
y los cachos de aguardiente
y yo fuera torador,
¡qué torador tan valiente!

El aguardiente de caña
nacido de verdes matas
al hombre de más valor
le hacé andar en cuatro patas.

Las coplas burlescas suelen ser muy maliciosas, muy punzantes, y el extranjero las llamaría desvergonzadas. Pero hay que tener presente la crudeza y la grosura de la lengua, el espíritu mismo del español, que es de rasa desnudez.

La filosofía encerrada en el «Cancionero colombiano» consiste en comentarios acerca de las mudanzas de fortuna, del poder nivelador de la muerte, y del valor de la constancia y del trabajo. En las coplas de tema patriótico se percibe un fuerte apego a la región natal elogiada hiperbólicamente y estimada con menosprecio de las otras regiones, y un gran interés por la política acompañado de evidente recelo de las instituciones del gobierno, especialmente de la justicia. La crítica social y la demanda de justicia social, aunque no abundantes, se manifiestan de vez en cuando como tema poético. Pero es evidente que al hombre colombiano le interesa, en primer término, su vida efectiva y ésta la que le suministra el caudal más importante de inspiración. Se habla por esto de una Colombia patriarcal, de una raza cordial en su esencia y bellamente dulce en la costumbre entera.

Para terminar, vamos a señalar algunas características generales de la poesía colombiana que la hacen estimable como expresión artística.

Estas características son:

1. La **anonimidad**; el carácter impersonal y a la vez colectivo de la copla.
2. El **realismo**; la poesía colombiana se inspira

en motivos reales, en la vida diaria. Poetiza lo que le interesa, el hecho vulgar y sencillo y la emoción sentida. Faltan generalmente lo fantástico y lo inverosímil; todo aparece revestido de humanidad y de sencillez, como en los clásicos latinos, guías de esta casta letrada hasta en la masa popular.

3. Sin embargo, como el hecho actual y cotidiano ha de ser vertido en forma lírica, ese sentido realista no excluye cierta poetización idealista del hecho o de la emoción. Sorprende la dignidad de estos cantares en los que el poeta casi nunca se rebaja a pintar lo deshonesto o vulgar. Para esquivar la caída en esos planos bajos, el pueblo se vale de la expresión metafórica o maliciosa: los alude, hurtándoles el cuerpo, los señala sin demorarse en ellos.

4. La naturaleza por sí misma no aparece como tema poético en esta poesía; es fuente de comparaciones y metáforas, en las que se advierte la familiaridad afectuosa del colombiano con su paisaje y la agudeza con que ha observado la vida vegetal y animal que le rodea. Recordamos al respecto una obra del maestro López de Meza, documento precioso del amor del suelo en el hombre de Colombia.

5. Estas metáforas y comparaciones sacadas de la naturaleza acentúan el carácter pictórico de la poesía popular que sabe describir sintéticamente creando imágenes de color y movimiento llena de gracia y de acierto.

6. Al valor pictórico añadamos la concisión, la

sobriedad, la intensidad de la copla. En cuatro versos —que es la mayor simplicidad técnica que se puede concebir— (con gran economía de palabras) el pueblo puede lograr, a veces, una emoción concentrada, intensa, una elipsis poética mucho más expresiva y contundente que un largo poema culto. Y es precisamente en esta cualidad de máxima síntesis y de máxima expresión, en la que estriba el valor estético más fino de la poesía colombiana popular y de la poesía popular de todos los pueblos.

Juan Negro

Hora sombría

DESTINO

*¿Será vano que yo viva
para vencer mis silencios?*

*¿El lirio de una ternura
cómo decirlo en un verso?
La rosa de una alegría
y ese tranquilo consuelo
que da una mano de seda
a nuestra mano de fuego...
¡Si siento el alma sellada
como bajo siete sellos!*

*Si siento el alma florida
y no sé decir sus sueños;
si en vano la estrofa quiere
coger el delgado acento
de una voz maravillada
que nos abrió sus secretos.
¡Cuánto me duele seguir
este camino de ciegos!*

*Si en vano las cosas hablan
y nosotros comprendemos.
Si es inútil que se tenga
una gavilla de anhelos;
un afán de finas horas
y un amor de altos cielos.
¡Si todo vive callado
y nadie podrá saberlo!*

*¿Será preciso que muera
para vencer mis silencios?*

Falanges de espuma

*Crin de caballo blanco de la espuma, sonrisa de la ola,
joh, rumor florecido en nieve de la mar!
Son manos que me llaman
desde el azul profundo y desolado,
banderas que me llaman.*

*Y no sé desasirme de la pesada tierra
para ir al encuentro de las falanges blancas;
y no sé libertarme de mi pesado cuerpo,
de mi pesada alma.*

*Y los ojos reciben el avance infinito
de los jazmines salsos, de la gladiolas de agua,
el percutante avance de las espumas vivas
de sol, de las huestes doradas.*

*Si esas olas pudieran anegar mis pupilas.
Si esas olas llegaran con sus ácidos puros
a destruir los grilletes que detienen mis alas.*

*Medusa transparente, ágil pez, coral
abierto entre las ondas.
¡Envidias de esta hora sombría y terrenal!
¡Morir entre las ondas!*

*Pero la tierra rompe mi ensueño entre sus brazos,
vuelca sus primaveras . . . y una a una las rosas
van cayendo livianas hasta cubrir mi cuerpo.
Y es en vano que avancen las falanges de espumas
al asalto de mi alma.
Es en vano, es en vano.*

Del libro en prensa «Mensaje de Poesía».

Oreste Plath

Ritmos para los niños

EN los países escandinavos, la música es considerada, entre las ocupaciones espirituales, la más a propósito para expresar los anhelos eternos y eternamente insatisfechos del alma. En los Estados Unidos, escuchan todas las mañanas, millones de niños escolares, música radiada, especialmente seleccionada y con adecuadas explicaciones.

Los bellos sonos y ritmos han despertado en las escuelas extranjeras un creciente interés, y es como una floración que al niño débesele conquistar con armoniosos sonos, pero de ritmos simples alegres y aprensibles. No olvidemos que el niño ve el cielo más azul y las aguas de las pozas muy claras.

¿Pero hasta ahora, cómo se han estructurado esos ritmos? Una verdad: El niño entra recientemente en la música y la literatura moderna. Muy pocas alusiones a la infancia se encuentran en esas artes. ¿Sería que los antiguos no gustaban de estos estudios psicológicos y tampoco le concedían interés sentimental o lírico?

La pedagogía y la psicoanálisis han realizado el milagro del acercamiento hacia el mundo infantil.

Muchas veces he pensado de cómo llega a los niños la música o de cómo se les hace llegar, y contestándome concorde con muchos diría, como una verdadera carrera de obstáculos. Para nadie es desconocida la entrega que se le hace a los pequeños de las obras de los maestros clásicos, de los arquitectos del sonido, lo que les es algo terrible a ellos, ya que a estos maestros sólo los vislumbran cuando han abandonado las aulas o al maestro de música.

Anatole France, que amaba apasionadamente a los niños, en uno de sus libros tiene este pensamiento: «Yo desearía que la educación dada a las niñas fuese, ante todo, una discreta y dulce sollicitación». Frente a estas frases uno recuerda que el niño se nutre de cuentos, historias y fábulas y que lo que endulza a los grandes envenena a los chicos.

En nuestra ayuda y a manera de aseveración de lo que decimos, presentamos un juicio de María Muñoz Quevedo, directora de la revista cubana «Musicalía», y que dice:

«La enseñanza de la música, a mi parecer, se está desenvolviendo en una forma completamente antinatural. El niño habla primero el lenguaje del pueblo en que nace, después aprende los extranjeros; conoce antes la historia de su nación que la de otros países. Pero en este arte sucede al revés: empieza sus estudios con una música que ni por la época en que se ha producido, ni por sus ritmos, ni por su carácter le puede ser familiar. ¿Qué atractivos puede tener para un niño de hoy una

gavota de Bach, una aria de Haendel o una alemanda del siglo XVIII, si además han sido mutiladas para que estén al alcance de sus facultades físicas? ¿Por qué ha de empezar a estudiar por una música que no ha sido hecha para él?».

El niño ama lo que comprende, lo que pertenece a su mundo y va por un camino llano y andadero cuando todo le habla su lenguaje, cuando todo le toca su sensibilidad. El niño se nutre de sensaciones y en ellos tenemos que poner ternuras, alegrías, imágenes «grafismo».

Sabemos cómo se embelesa el niño con el arrorró (nanas), con la canción de cuna, primera manifestación musical que recibe.

¿Cuántos niños de nuestro país se han dormido con esta canción de cuna arrancada del folklore?:

A la rurrupata (1)
que parió la gata
cinco borriquitos
y una garrapata.
Duérmete, (2) niñoito,
duérmete por Dios,
por los capachitos
de San Juan de Dios.

.

(1) Rurrupata: Canto de cuna con que se arrulla a los niños.

(2) En algunas regiones de nuestro país se dice: «Dórmite» en lugar de «duérmete».

Sabemos que las rondas y canciones folklóricas entusiasman a los niños. Esto indica claramente el «choque», la sintonización que hacen en él los cantos y aires que ha oído desde la cuna ¿y cómo no? si el folklore es el conjunto de las leyendas, de los cuentos, de las canciones, de las rondas, de las rimas, de los proverbios, de las adivinanzas de un pueblo y esto lo recibe el niño gratamente y a la vez le desarrolla su sentido artístico.

¿Quién no ha gozado en los recreos con los juegos y rondas de base folklórica? Ahí «El Pimpim Sarabín», «San Severino», «El Pillarse», «El Mandundirum o Buenos días su Señoría», «La Viudita», «Arroz con leche», «Juanillo», «Corderito, sal de mi huerta», «¿Catita-ja?», «La Cebollita», «El Chincol», «La Pastora», «Ni la mitad de una», «Manón la Pastorcita», «La hija del capitán» y «El hilo de oro» (1).

* * *

Regresando a nuestro tema de la música para los niños, tendremos que decir nuevamente que muy pocos compositores, aun comenzando por los clásicos se han ocupado del niño y menos en la temática autóctona.

(1) El maestro Daniel Aeta tiene un libro: «Juegos de los niños chilenos», en que ha recopilado, con base folklórica, gran parte de los juegos que nuestros niños poseen. Recomendamos a este respecto, «Comentarios del pueblo araucano», obra del profesor araucano Manuel Manquilef, que enumera y detalla un gran número de variadísimos juegos, bailes y entretenimientos mapuches.

Musicalmente, el Romanticismo lo redimió de este abandono, pero más por sensiblería que por un amor real al niño, sin embargo, el Romanticismo tiene en Schumann las más afortunadas expresiones del alma infantil. (Album de la Juventud).

A la escuela rusa se deben los primeros pasos dados para acercar la música a los niños. Ahí están los compositores Moussorgsky, Tchaikowsky, Bortkiewicz, Rebikoff, Gretchaninof que en sus obras supieron poner ternura, alegrías, candor e ingenuidad. Humor, lirismo sano. Obras presentadas por las casas editoras con ilustraciones infantiles, dibujos y colores, ingredientes que hacen felices a los niños.

También Strawinsky se ha preocupado de la educación musical de la infancia, en que ha tratado de poner al niño en contacto con los temas de su tiempo, con las cosas de su mundo, así son: «Los cinco dedos», «Tres piezas fáciles para piano a cuatro manos», «Canción del oso» y «Tres historias para niños», en esta última serie para canto y piano gozan los niños con Tilimbón; los patos, los cisnes y los gansos. Todo esto les hace delirar, porque les está recordando cuentos de la dulce y rugosa abuela.

En esta rápida ordenación, no pueden dejarse de citar las «Dix Pieces Caies», de A. Tcherepnine, joven compositor ruso que tiene una admirable comprensión de la psicología infantil. Debussy con «El rincón de los niños», «Ballet», infantil y «La caja de juguetes» nos demuestra también su atención hacia la infancia.

Ravel, con «El niño y los sortilegios» y «Madre la oca», esta última es una serie de cinco piezas infantiles compuesta para piano a cuatro manos y que si bien su autor transformó en ballet, es una obra tal vez por su refinamiento y vena humorística de Ravel, poco accesible a la sensibilidad infantil. En esta obra hay atrevidas combinaciones armónicas. Ritmos orientales y alegorías de fábulas.

Heric Satic dedicó a los niños varias obras y en ellas hay gracia en la música como en el texto; veamos este aspecto último en este «Vals del chocolate con almendras»: ¿«Te gusta el chocolate? Voy a darte un pedacito. Déjalo que se deshaja en la boca—Mamá, ¡tiene un hueso!—No, hijo mío, es una almendra».

Cómo no dejar de señalar los nombres de estos otros compositores que demuestran con su obra una tierna afección por la niñez, como lo es Florent Schmitt, el autor de «Sobre cinco notas» y «Pequeña música»; Gabriel Grovlez, pianista y compositor en su «Jardín de la infancia», para piano, y las dos series de «Canciones infantiles»; a Claude Terrasse con sus «24 pequeñas piezas», que son de ritmos que no fatigan a los principiantes. Sumamente interesante es el «Libro de los niños», del holandés Voormolen.

El libertario musical italiano, Alfredo Cassella, ha dedicado su atención a los niños en «Once piezas infantiles», obras de audacias que sorprenden a los niños por su novedad y humorismo.

Oscar Esplá, Turina, Curidi y otros modernos com-

positores españoles se preocupan en su obra de la infancia. En Inglaterra Ciril Scott, Jongen y algunos más inician una aproximación hacia el niño.

Como se puede apreciar, los compositores modernos abren jubilosamente sus puertas a la infancia y hay muchos que marcan una inclinación a la temática folklórica. Nos sirve para reasegurar lo que decimos la admirable «Gyermekeknek», para piano del moderno compositor húngaro que es Bela Bartok. Están estas pequeñas piezas basadas en canciones de ruedas y en el folklore húngaro y compuestas con ritmos varios, con sencilla belleza y sobre todo adaptadas al sentimiento del niño.

En este corto como incompleto recorrido por la canción y música para los niños que apunte un sentido a la vez vernacular o de realidad del medio, debemos citar en la línea indianista, araucanista al compositor Carlos Isamitt, que tiene algunas canciones de cunas como este «Umap ul pichiche», «Tu, tu, tu, cho, cho, cho», y «Pichi purun», (pequeña danza y «Purun ul pichiche» (danza para hacer bailar al niño querido); en lo popular está el compositor Humberto Allende que ha vertebrado música para los niños basándose en los motivos del folklore chileno; otro, Adolfo Allende que acompañado del poeta Daniel de la Vega y del dibujante Víctor Bianchi, lanzarán «Talagante», obra de concordancias raciales, plena de campaña y de ondulaciones campesinas.

Entre las obras fáciles y de agrado para los niños,

colocamos las musicalizaciones que hiciera de las rondas de Gabriela Mistral, Ricardo Santa Cruz y don Eduardo Estradé, tanto de las rondas de la Mistral como de las Canciones de Natacha, de Juana de Ibarbouro. (Un pedagogo chileno ha escrito a este respecto: «Hermoso sería que los grandes poetas de todos los tiempos, penetraran en el hogar, y fueran cantados por las madres, al acunar a sus hijos»).

De entre otros compositores que se han preocupado de la música para los niños, colocamos a María Blin, que tiene en preparación una antología de compositores mundiales, en que se hermanan la facilidad, la alegría sana y el motivo inspirado en el folklore.

La composición fácil de agrado y de color, color pictórico y musical, es lo que llega al corazón del niño. Tal es el caso que nos lo comprueba el cine con sus dibujos animados, juguetes musicales en que no se sabe apreciar el dibujo, si el dibujo, la movilidad o la fuerza musical de ritmos sencillos y aprehensibles, como lo es la letra y música de Frank Churchill y Ann Ranell, en la película «Los Tres Chanchitos» en ¿Quién le tiene miedo al Lobo Malo?

Al final esta ordenación, no podemos dejar de pensar que lo espontáneo y simple arrebató al niño, como un juguete de cuerda, ¿y acaso no es el folklore canción, música, narración y juegos? ¿Nuestro pueblo no goza de hermosas leyendas, cuentos, trabalenguas y adivinanzas?

La espera



El dorso de los muros trocábase bajo la nieve en filón de resplandores.

Alguna que otra rezagada hoja escarlata, tenía, semiprendida a la rama ya desnuda, vibraciones de alas de mariposas.

Erase una tarde alba, con luz de pedrerías, donde cada pedruzco irradiaba como luciérnaga dormida. Las ramas de los árboles florecíanse de hostias, y en los verdes festones que llenaban de frescura los bordes de la calle, erguíanse ríguidos, como claras hilazas de luna, los tallos menudos del trébol.

Subido el cuello del gabán y bajo la negra ala del sombrero, detúvose el hombre hacia la tercera cuadra de la avenida.

Su mano yerta, amoratada, retiró del bolsillo de su amplio impermeable, el recorte disparejo de un diario. Sus ojos agudizáronse al través de los agujones de la nieve, persiguiendo las cifras colocadas hacia un lado de la puerta a cuyo frente habíase detenido. Los números apenas perfilaban sus contornos, brillantes de reflejos.

¡3-4-1! Al fin, ya era tiempo, pues que arreciaba un frío seco de alturas, un frío tajante de penachos cordilleranos.

Oprimió el hombre el timbre, y como si alguien hubiera estado alerta, aguardándole, abrióse de inmediato la mampara e iluminóse al mismo tiempo el «hall».

Dos pupilas claras devoraron ansiosas su rostro y luego, casi decepcionados, unos labios finos se entreabrieron para indagar:

—¿Qué se le ofrecía al señor?

—Venía por el aviso...

—¡Ah! Tenga la bondad de pasar.

Desde adentro llegó una voz que preguntaba:

—¿Quién es, Frida?

Sonrieron desencantados, los labios al responder:

—No era él, mamá. Ven, es por lo del aviso.

Una mujer blanca, muy rubia, de ojos claros, cual los de la muchacha, avanzó con su paso blando, dulce, hacia el desconocido.

—¿Usted venía por la pieza? Fíjese que no hace una hora que la arrendamos.

—¿Arrendada?—exclamó el hombre, cogido a su vez de un vago desaliento.

—Verdaderamente que lo siento. Con esta nevazón y perder el viaje.

Pero el hombre no parecía darse por vencido. Le aterraba la idea de seguir ambulando tras un cuarto sin dueño. Hacíasele penoso el retorno al ambiente rígido, hostil de la calle

La mujer pareció captar la onda de inquietudes del desconocido, pues subrayado con cierta dulzura, añadió:

—Y lo peor es que no tengo ninguna otra. Aquí vive un matrimonio alemán... allá, una viuda con su hija...

Con gesto humilde de agradecido, seguía el hombre a las dos mujeres. Aun sin mirarlas, adivinaba los ojos claros de la muchacha, en dulce y furtiva fijeza, posados sobre él.

¡Qué hubiera dado por prolongar indefinidamente su permanencia en aquella casa!

Desfilaban las puertas esmaltadas de blanco, con visillos claros.

—Aquí hay dos jóvenes universitarios, seguía explicando la madre, y aquí...

Detúvose la voz, decantando su incertidumbre. La niña de los ojos claros, apoyóse en la puerta del cuarto como interponiéndose entre el visitante y lo que quedaba aprisionado tras el muro.

—Aquí—continuó la voz—por el momento no vive nadie; pero también esta pieza está arrendada, aunque mejor dicho, no está arrendada, pero tampoco puedo disponer de ella. De un momento a otro puede llegar su dueño, y muy justo es que encuentre la pieza tal como él la dejó.

Por sus dedos resbaló un llavero. Hubo el tintineo peculiar de la llave al volverse en la cerradura y luego el girar de la puerta suave, muy suavemente.

Era un cuarto amplio y fresco cuyas ventanas acaparábanse la luz de la avenida.

Una cama entreabierta y junto a ella, unas babuchas obscuras detenidas en el mismo ángulo que tal vez su dueño les imprimía al andar. Sobre el velador, un vaso de agua y un libro con una hoja doblada a modo de índice. En el centro de la pieza, una mesa y en ella, un cenicero; una cajetilla ya abierta de cigarros y una garrafita de cobre con unos juncos.

Hacia un rincón, destacábase una silla, sobre cuyo respaldo se amoldaba un vestón con las mangas caídas, como brazos derrumbados por el desaliento. Encima de él, aguardaba el chaleco, en actitud menos desolada que aquél, puesto que no tenía dos brazos que subrayaran su inútil gesto de espera; sobre el asiento de la silla y prolijamente doblado, habíase sumado a los otros detalles, un par de pantalones.

Al abrirse la puerta, un calañés gris, colgando de un gancho niquelado, osciló levemente como para saludar al desconocido.

—Ya lo ve usted, dijo la mujer; aquí nada se ha movido de donde él lo dejó. Sólo mi hija viene cada día a quitar el polvo de las cosas y a cambiar las flores por otras más frescas.

Miró el visitante a la muchacha y advirtió sus párpados trémulos, sus labios finos porfiadamente sellados. Su indiferente actitud no podía cercar la credulidad del hombre; bajo esa certeza de inmutable, espejeaba sin duda alguna, un remanso de bravía ternura para

aquel hombre que, al igual a los que se internan en el mar, dejaba ahí sus ropas dobladas sobre la playa sin dueños de un cuarto de pensión, en espera de la ola que le trajera de nuevo, aligerado cuerpo y alma, junto a ellas.

El visitante, las manos embutidas dentro de los bolsillos, se ingeniaba en aflojar los nudos de esperanzas tejidos en torno a la figura gris del para él desconocido ocupante de aquel cuarto.

—¿Y hace muchos días que no viene?

—¿Días? No; hace quizás un año. ¿Verdad, Frida?

La niña encogióse de hombros y hurtó el rostro al contestar.

—No me acuerdo... Tal vez ha pasado más tiempo desde que él se fué.

Marcóse un paréntesis de silencio.

Afuera—ensordinadas, sigilosas—veíanse caer las menudas plumillas de la nieve. Los árboles de la calle, doblábanse bajo sus albos sayales como extenuados penitentes. Al fondo, la cordillera alzaba con majestad de templo, sus resplandecientes canteras de mármol.

Era un pensionista modelo, confienciaba ahora la mujer; muy cumplido, muy fino en su trato. Todos aquí le queríamos. El año pasado, le preparó a Frida su examen atrasado de francés. Jamás se quedó ni una noche afuera. Fué de los nuestros, quizás también si un año. Nunca supimos en que ganaba su vida, pero él religiosamente todos los primeros de cada mes, cancelá-

bame la pensión por anticipado. Escribía y leía mucho, pero mucho. Frida y la criada le sorprendieron siempre que aquí entraban, abismado sobre unos libros o unas cuartillas a medio llenar. Ese día último se levantó a la hora de costumbre y pasó al baño... Algunos le vieron cuando entró; nadie estaba presente cuando él salió, porque tuvo que salir... Cuando la empleada le trajo su desayuno, él ya había partido y desde entonces no ha vuelto... pero ya usted ve, nosotras lo esperamos, porque él vendrá, ¿no es cierto?

Por primera vez, los ojos de la niña se cruzaron en plenitud de dulzuras, con los del desconocido.

Parecía implorarle que no le arrebatase su fe, que no le enturbiara el prisma azul de su esperanza.

Comprendió el hombre...

Fuera tronchábanse las ramas que los árboles erguían en un desnudo gesto de clemencia. Dentro, el ambiente blando, tibio, invitaba a quedarse. La cama entreabierta prometía seductor descanso... El libro necesitaba una mano que volviera a abrirlo allí en la misma hoja doblada... El vaso de agua fresca, incitaba a que lo bebieran... y el manojo de juncos pedía también una caricia para unas manos blancas y además fragantes como otras dos flores.

Todo eso lo pedían de un hombre, pero ese hombre no era él, no.

Era aquel desconocido que con tan indeleble huella, había tatuado en fuego de ternuras personas y cosas en ese hogar que no era el suyo.

A él, visitante retardado, no le pedían nada los objetos del cuarto; sólo unos ojos claros de niña le suplicaban que no se quedase allí, porque el otro vendría; que se fuera como había venido, sin robarle el calorito de esa ilusión de la inútil espera.

Comprendió el hombre y optó por despedirse. Al fin de cuentas, la calle era un bien de todos y ese cuarto no, era para un solo ser que desde lejos—los ojos huraños y celosos—le hacían sentirse usurpador y extraño.

—Claro es que volverá— dijo finalmente.—¿Por qué no iría a volver? Ustedes lo esperan... Tenga fe... Se me ocurre que volverá.

La niña bajó los ojos, conturbada por el gozo.

Sin siquiera desceñir el más leve movimiento, el hombre sintió que las manitas de ella estrechaban las suyas y que de los otros labios caía, leve y apagado, un «gracias» furtivo.

Salieron del cuarto y cerróse la puerta tras ellos.

Pareció sentirse el golpe de una mano, cayendo sobre los vidrios, de la mampara.

El golpe de los cristales pulsó también el alma alerta de la muchacha. Corrió a abrir. De vuelta, venía con un gesto de vacío, con un no sé qué de horrible soledad.

—¿Quién golpeaba, Frida?—indagó otra vez la madre.

—No era nadie... Debió ser el viento...

Estrechó el desconocido las manos de las dos muje-

res y al salir dijo a la niña que—apoyada en una sonrisa—no se cansaba de aguardar.

—En estos días fríos, es cuando los hombres añoramos por un hogar. Tenga fe usted, señorita, y un día igual que éste, como una golondrina, arribará a este alero el hombre que usted espera...

Coloreáronse las doradas mejillas de la muchacha.

Salió el hombre. Volvió a adherírsele al cuerpo un manotazo de viento. Comenzaban a encenderse los focos de la avenida, y bajo sus engrosadas pestañas de nieve, parecía la luz más difusa, más triste.

Apretó el paso. Ibase, pisoteando la indiferente epidermis de la calle, en busca de otro alero...

Trás de él, tampoco había nada... El cuartito aquél era de otro y nunca podría ser ya suyo, puesto que en él dos manos menudas de mujer, renovaban incansables, día a día, la fragante tibieza de unas flores.

Guillermo Feliú Cruz

La Biblioteca de Escritores de Chile



A *Biblioteca de Escritores de Chile*, fundada por el Gobierno el año 1908 para conmemorar el centenario de la independencia de la República, ¿representa la producción intelectual de Chile, tal como fué el pensamiento de sus creadores? ¿Puede decirse que ella condensa lo más sobresaliente de nuestro espíritu literario? ¿Está ahí reunido, con orden, con un plan cronológico y conforme a las divisiones de la preceptiva, las diversas expresiones del genio de la literatura nacional? ¿Podrá sostenerse que en ella, así por el número y variedad de las obras, como por la importancia y entidad de las materias, forma un cuerpo de las representaciones más características y honrosas del progreso de las letras chilenas?

En un espacio de más de un cuarto de siglo, la labor de la Comisión encargada de editarla, ha sido lenta. Ha debido renovarse también en ese tiempo; ha tenido que mantenerse en receso durante largas etapas a causa de la penuria casi constante de la hacienda pública, este mal endémico del país de las crisis; y ha debido, como publicación fiscal, estar sometida a las mutaciones de las influencias de círculos sociales o políticos, interesados en consagrar un nombre, perpetuándolo en una biblioteca que parecía llamada a consagrar la inmortalidad por su carácter de monumento de la cultura de Chile. Esas influencias se movieron, en otro tiempo, para destacar a escritores contemporáneos ansiosos de unir el nombre de ellos al de otros eminentes,

cuyas obras fueron incorporadas a la biblioteca y a cargo de quienes corrió la selección y el prólogo con que fueron ornadas. Eso, naturalmente, la ha dañado.

En veintisiete años, la *Biblioteca de Escritores de Chile* ha publicado trece volúmenes. ¿Qué valen, qué añaden ellos al mérito intrínseco de nuestra cultura intelectual? ¿Qué significan en nuestra historia literaria? Repasémoslos brevemente. El *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile* con que se inicia, es un ensayo desgraciado de historia y crítica literaria. Una biblioteca de escritores nacionales consagrados por un mérito indisputable, no debió, ciertamente, inaugurarse con un estudio que ya anticipaba su desprestigio. Obras de esa naturaleza, cuando se conocen las grandes colecciones francesas, inglesas, alemanas o italianas, que llevan estudios especiales sobre determinados géneros literarios, debidos a los más concienzudos eruditos y críticos, colocan el ensayo que la precede en la nuestra en un triste nivel de inferioridad respecto de aquéllas, con las cuales nunca podrá competir. Ni siquiera con las dos españolas, la de Rivadeneira y la de Menéndez Pelayo, desordenada la primera, pero con notables y valiosísimos prólogos críticos y bibliográficos para el conocimiento del teatro, de la novela, de la poesía, de la historia y de la oratoria; magnífica la otra, en la que la labor de varios prologuistas de aquélla, fué llevada como de frente, casi siempre por el autor de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*.

Es cierto que la *Biblioteca de Escritores de Chile* no aspiró nunca a una tan señalada importancia ni pretendió ocupar destacado relieve en el conjunto de sus hermanas mayores. Modesta en la proporción del valor de las obras de los propios escritores que en ella se incluyeron, debió, sin embargo, exigirse, cuando se escribió el panorama del desarrollo intelectual de Chile, una visión crítica severa, una apreciación ajena al ditirambo y a los lugares comunes que la afean con tan señalada pertinacia. El mismo plan de la composición es desgraciado. Si hubiéramos de

tomar el número de escritores que figuran en ese libro, Chile sería un país con más escritores que la Francia, por ejemplo. No es la calidad de la obra lo que da derecho amplísimo para figurar allí, ni es tampoco la cantidad, buena o mala, lo que concede ese derecho; es haber escrito alguna vez. ¡Calcúlese el criterio! Jorge Hunneus, su autor, aunque vivió enamorado de las letras en su juventud y mantuvo en la edad madura constantes devaneos con ellas, no era un escritor. Tenía talento, pero equivocó el suyo al consagrarlo a la literatura. Esta inteligencia se encontraba mejor puesta al servicio de la política y de la diplomacia. En las letras ¿qué le sobrevive? Carecía hasta de la noción más elemental de lo que es una crítica literaria. Los adjetivos reemplazaban al concepto, al pensamiento profundo que ve y sabe hacer resaltar las observaciones que valorizan o destruyen una obra, cualquiera que sea la materia en que la encasille la preceptiva, si esta acepta alguna clasificación. Un juicio sobre un poeta es igual en Jorge Hunneus a otro: si se trata de un novelista, ese mismo le calza a aquél. Aquélla, ni por su información histórica, sumamente deficiente, ni por su mérito literario, ni por la ponderada razón de las opiniones, es una historia literaria, ni un ensayo, ni un panorama, ni nada. Es la obra de buena voluntad de un hombre entusiasta, pero ayuno, total y absolutamente, de competencia. Ese primer tomo de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, fué, pues, casi el suicidio de ella.

De los doce volúmenes restantes ¿cuántos merecen recordarse? Vallejo debía entrar allí por derecho propio. La edición de los artículos de Jotabeche es un primor. Se ve la conciencia del hombre que tuvo a su cargo la formación de ese volumen. Era nada menos que Alberto Edwards. Nunca se había demostrado ese escritor, no obstante sus enciclopédicas condiciones de cultura, como un crítico literario. Y sin embargo, el ensayo que le consagra en la introducción a la vida y a la obra de nuestro primer costumbrista, cuya originalidad ya no es dable sostener

con los ardores de otro tiempo, es lo más completo que hasta ahora se conoce. Este estudio superó al del mismo Amunátegui, aunque el de éste debe considerarse todavía como una de las aportaciones más serias al estudio de un hombre de letras chileno. A Jotabeche lo conocemos, a través de este trabajo, como escritor, como hombre íntimo, procaz y altanero, irascible y tierno; apasionado y vengativo; desleal e inconsecuente; como político inconstante y versátil, mal diplomático, impulsivo, sin sagacidad ni moderación. Edwards ha conseguido retratarlo con verdadera maestría. Por lo demás, y esto hay que decirlo, el volumen consagrado al escritor copiapino es el único de la *Biblioteca de Escritores de Chile* que reúne todas las condiciones que requiere una colección de esta naturaleza. Un buen estudio crítico-literario, una espléndida biografía, una magnífica selección de sus escritos, un valioso contingente de la correspondencia personal del literato que da los perfiles del hombre, y, por último, una copiosa bibliografía. He aquí, pues, un modelo único en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, que después no se trató de imitar ni de imponer.

El mismo procedimiento debió seguirse con Pérez Rosales. Nada hay que reprochar a la edición de los *Recuerdos del Pasado*, que es aquélla que poco antes de su muerte corrigió el propio autor en compañía de Luis Montt. El texto, desde el punto de vista material, es decir, como corrección de pruebas y expurgo de erratas, que tanto habían dañado las ediciones anteriores, es regular por la circunstancia antes señalada. Pero cabe preguntarse ¿Pérez Rosales no requería por su enorme importancia en las letras chilenas y en la formación social de la república, un ensayo crítico, biográfico y literario más acabado que el que sirve de prefacio a su libro? ¿Se puede llamar tal el modesto boceto biográfico debido a la pluma del prologuista Montt? Tiene todo el corte del artículo de los diccionarios biográficos. Frío, esquemático, sin profundidad, sin estudio de las características más acentuadas del individuo, atento más bien a la cro-

nología que a destacar el alma del personaje. Y Pérez Rosales necesitaba un estudio de esa naturaleza. Su libro, *Recuerdos del Pasado*, es fundamental en la literatura nacional. Unamuno lo ha calificado como de los mejores, y se comprende el porqué. Une a su estilo irreprochable, gracia, espontaneidad y color local. La cultura literaria de que estaba empapado es una de las mejores logradas en la historia de las letras nacionales. Educado en París en el Colegio de Silvela, bajo la dirección de Moratín, no es sólo su preparación literaria la que llama la atención por lo completísima de ella, sino también su vasta ilustración científica. Al lado del gran humanista que hay en Pérez Rosales hay un hombre de acción, un organizador, un conductor de hombres. En él se suman, además, las características del tipo chileno del siglo XIX. Es un andariego, un optimista, un aventurero, un inquieto sin rumbo, pero de grandes horizontes. Generoso, valiente, audaz y emprendedor, aunque el sino le será desfavorable en las empresas. Montt, por su amistad tan íntima con el escritor y por haber dispuesto de todos sus papeles, pudo habernos dejado un ensayo sobre aquel hombre de mérito extraordinario. Fué una lástima que no lo hiciera. Pero la comisión de la Biblioteca pudo salvar esta circunstancia encargando a un hombre del estilo de Alberto Edwards completar lo que faltaba en Montt.

Los Constituyentes de 1870 de los hermanos Domingo y Justo Arteaga Alemparte, integran otro de los volúmenes de la Biblioteca. No es posible regatearle su valor literario ni su importancia como documento psicológico. Los ciento nueve retratos de los parlamentarios allí presentados significan una prodigiosa revelación de nuestros hombres públicos de hace más de medio siglo, algunos de los cuales nuestra generación alcanzó a tratar y a conocer, confirmándonos en el juicio admirable de la adivinación psicológica de sus autores. Descontemos, por ser una redundancia insistir en el punto, el inestimable mérito literario de *Los Constituyentes de 1870* en su aspecto general, por-

que estudiada la obra con detalle, se percibe la inferioridad y la desigualdad de muchos de los retratos allí presentados, como que son dos plumas las que han intervenido en su composición. La más prosódica, la más incisiva, la más intencionada, hablando literariamente, corresponde a la de Domingo Arteaga Alemparte. La que ahonda más también en la percepción de los caracteres, la que nos revela mejor el alma de los individuos es la de este mismo escritor. Justo Arteaga, con excelentes condiciones, es inferior a aquél. Inconscientemente el lector llega a establecer ese paralelo y esa conclusión.

Roberto Hunneus fué el autor del prólogo de ese libro. No estaba este caballero, tan apreciable por sus dotes personales y tan señaladamente conocido en nuestro mundo social y en especial en el círculo de sus amistades, al nivel de la tarea que se impuso con tan buena voluntad. Sentía amor por las letras pero no era escritor. La inquietud por las cosas espirituales que solían agitarle como hombre culto, lo hacían tomar la pluma y escribir y escribir. Escribió poco, sin embargo. Valía más conversando, relatando lo que había leído. Cuando tomaba la pluma ya la cosa era otra cosa, porque lo interesante de su conversación verbal, traducida en letras de molde, convertíase en vulgaridad. Se parecía en esto a su hermano Jorge. Más que escritor era orador, político, diplomático, hombre de mundo; Roberto era poeta, mediocre, espíritu cortesano, hombre culto cual conviene a un caballero. La introducción que compuso para *Los Constituyentes de 1870*, forma un ensayo biográfico sobre Justo y Domingo Arteaga Alemparte en el cual se estudia separadamente la labor literaria y la obra política de cada uno de ellos, para hacerla después converger a la tarea común de los dos escritores. A pesar de que esa introducción sólo confirma las escasas dotes de escritor de Roberto Hunneus y su ninguna preparación como hombre de pluma, es preciso hacerle justicia como investigador de las vidas de esos dos hermanos.

Su estudio presentaba, por primera vez, en un cuadro ge-

neral, nutrido de datos y de antecedentes, los materiales para hacer un libro. En el cuerpo desordenado, bullía, sin alma, la vida de aquellas dos inteligencias. Pero aun este mérito debía ser poco duradero para la gloria de Hunneus. Un joven estudiante del Instituto Pedagógico en la asignatura de Historia y Geografía, apenas transcurridos algunos años de la publicación de ese trabajo, reharía de base a superficie aquel ensayo. Gabriel Amunátegui, en una brillante memoria universitaria, que debe calificarse como modelo, y que fué premiada después en un concurso, agotó, así puede decirse, la materia. Su estudio, mejor escrito que el de Hunneus, más bien investigado, con un dominio completo de las fuentes y del material documental, con sólido criterio y reposado juicio, presentábanos, en apretadas páginas, las siluetas completas de Domingo y Justo Arteaga Alemparte con un relieve que no alcanzan las de Hunneus.

De distinto carácter son los otros volúmenes de la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Ya no forman, como los anteriores, libros completos sobre una materia uniforme. Son más bien selecciones y sobre ellas hay bastante que decir. Destaquemos de entre éstas una sola. *El Teatro Dramático Nacional*, compilado y prologado por Nicolás Peña Munizaga, sólo puede tener un valor de antecedente histórico. Es tal vez de los géneros cultivados en Chile el más infecundo, el menos original, el peor de todos. Como la poesía en el siglo XIX, en el que apenas se salvan dos o tres poetas de verdad, en el teatro la aridez es todavía más desesperante. Sólo un autor dramático, y todavía mediocre, merecería ser recordado. ¿Por qué entonces, si el teatro chileno no representa en la historia literaria de Chile ni el desarrollo de su cultura, nada digno de hacerlo sobrevivir, se le incluyó en esa biblioteca? ¿Por un placer de pura erudición? Los autores de los dramas que vieron nuestros abuelos en plena época romántica, ¿merecían ser recordados como exponentes de un arte, de un género literario? Si tal pregunta se nos hubiera hecho a nosotros como bibliógrafos, historiadores o simplemente eruditos de la li-

teratura nacional, habríamos contestado afirmativamente la interrogación. En razón de la especialidad, que generalmente busca el mayor número de las obras sin atender tanto a su calidad intrínseca, o puramente al orden cronológico del desenvolvimiento de los géneros, se comprende y se justifica una respuesta como esa. Pero la *Biblioteca de Escritores de Chile*, que sólo aspiraba a dar a conocer, según su programa, las obras más características por su valor estético; no debió incorporar a esos autores que nada o bien poco añadían a nuestro arte literario. El criterio estético fué sacrificado a la curiosidad histórica. La compilación misma, como la selección en materia tan poco grata, en que la anemia y el raquitismo son igualmente parecidos, corrió a cargo de manos bien expertas, Nicolás Peña Munizaga, espíritu cultísimo, de grandes lecturas, de ilustración formal y de ponderado juicio, tuvo a su cargo la tarea. Escribió una reseña histórica sobre el teatro en Chile como introducción para ese volumen; pero no es tanto la parte histórica la que allí vale, susceptible de completarse con mejores datos como efectivamente lo ha sido después, sino el estudio crítico sobre los dramaturgos chilenos de todo el período del siglo XIX. Es éste un capítulo de primer orden sobre nuestro teatro, y aunque el autor comprende su insignificancia y dentro de ella encuentra en determinados autores, dotes y condiciones malogradas, inspiración desordenada, pero verdaderas, facilidades dramáticas mal aprovechadas por la impericia, fértiles recursos traicionados por el afán de la imitación, sus conclusiones, atenuadas por la simpatía que el tema le produce, no logran modificar el concepto de la pobre originalidad del teatro nacional, ni tampoco destacarlo de su vulgar condición imitativa.

La nota de estas selecciones y compilaciones eruditas, impropias en una biblioteca como la de escritores de Chile, debía estrenarse más aun todavía. Se las habría justificado y hasta exigido en otra de otra índole en las cuales habría sido indispensable. Así, confundiendo el criterio, vemos dar lugar a la ora-

toria sagrada chilena. ¿Qué importancia ha tenido ella como instrumento literario? ¿Cuál de sus piezas merece salvarse del justo olvido en que duermen? ¿Qué orador sagrado chileno merece justamente el título de tal? ¿Cuál es aquel discurso sobre el que pueda decirse: he aquí un modelo? Si en el teatro apenas dos autores se salvan, si en la poesía hay tres, en la oratoria sagrada del siglo XIX no hay ninguno. El juicio es rotundo y desgraciadamente exacto, y no lo empapa ni la pasión contra la Iglesia ni espíritu de sectario contra el clero. Es lo que fluye de la lectura del macizo volumen que contiene la oratoria sagrada nacional. Ella hay que considerarla desde diversos aspectos: por la forma es de una mediocridad aplastante. Está llena de los más vulgares lugares comunes. Es hinchada en su misma vulgaridad. La frase es de ordinario retorcida, alambicada, como hecha de intento para producir la impresión de un conocimiento profundo de los textos bíblicos. La fraseología llena todo el discurso. Cuando se quiere buscar la emoción cáese en la chocarrería. Los períodos largos, interminales, producen una fatiga desesperante. Es ahogarse en un mar de palabras. Por el concepto, es decir por el fondo filosófico, la oratoria sagrada no muestra tampoco en sus oradores hondura alguna. No hay belleza en el pensamiento ni oportunidad en las consideraciones. Se llega a lo trivial cuando se quiere buscar la grandeza. Se es siempre inferior en la interpretación de las máximas evangélicas. El Evangelio está lleno de las más peregrinas bellezas, de las más sutiles y hermosas consejas. Sus páginas tienen la ingenuidad fresca, inmarchitable, de los libros primitivos. De ellas se desprende un soplo de amor superior al que han podido cantar los mejores poetas. Las imágenes, las parábolas, las sentencias, los salmos, son como las expresiones más altas de la humanidad expresadas en formas poéticas. Un mediano sentido del arte, en el orador sagrado, podría haberle hecho explotar ese mar inmenso de bellezas; pero rara vez se ha dado el caso de que, uno solo siquiera, dotado de sensibilidad, haya logrado

elevarse a las alturas de una superior inspiración. Los ejemplos, que se deducen de las máximas cristianas son en nuestra oratoria demasiado afectados y endurecidos para que fructifiquen en quien oye el discurso, la noción moral que precisamente se quiere inculcar. Produce un efecto que se pierde, no enseña, porque no es capaz de comprender.

Un juicio sobre nuestra oratoria sagrada fué pronunciado mucho antes de la publicación del volumen que la contiene, por un inteligente y culto sacerdote que bien conocía el tema. Se llamaba Abraham Donoso Grille. Escribió sobre ella un folleto en el cual llegaba a idénticas conclusiones que las nuestras. Tan libres fueron las opiniones que entonces emitió aquel ilustre sacerdote, fué tal el estrépito que produjo la caída de los ídolos consagrados por una vieja tradición como oradores insignes y que Donoso Grille arrollaba sin piedad, que la curia santiaguina se alarmó. Ordenó recoger la edición de ese folleto, hoy rarísimo. Desde entonces el clero quiso vindicarse de lo que estimaba una injusta imputación. Y logró hacerlo. La Comisión de la *Biblioteca de Escritores de Chile*, debió ceder a la influencia de una política clerical y consintió en llenar el más abultado de sus volúmenes con los sermones, oraciones y discursos de los oradores de la Iglesia. Corrió con esa edición, con la selección y compilación, don Manuel Antonio Román, autor de un prólogo histórico sobre el particular. No creemos que ni el autor ni la Iglesia lograran justificar con esa publicación el mérito de nuestra oratoria sagrada ni que se añadiera cosa alguna a una gloria por demás mezquina.

¿Podrán extrañarse otras anomalías en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, después de las que hemos visto? Citemos otra más todavía. Don Adolfo Valderrama fué un hombre distinguido, formado por su esfuerzo. Tenía una inteligencia brillante que le permitió destacarse en la carrera médica, en la cátedra de la facultad universitaria, en la política y en la alta dirección de la enseñanza pública. También escribía. Como escritor no

sabemos que en su tiempo fuera solicitado del público ni que llamara poderosamente la atención como Alberto Blest Gana en la novela, Benjamín Vicuña Mackenna en la historia, José Antonio Soffia en la poesía, pongamos por caso. Escritores del tipo de Valderrama hay bastantes en Chile. En estricta justicia no se les puede desconocer determinadas condiciones, tampoco es posible relegarlos al olvido y no incluirlos en los manuales de historia literaria; pero lo que nunca se hace con ellos es citarlos en una antología. Ni en sus propios días alcanzaron la boga. Merced a la observancia acabada de la preceptiva logran vivir. Saben puntuar con estricta sujeción a los cánones y hacen un retrato conforme a las reglas clásicas. Valderrama era del tipo de estos escritores. Sin ser propiamente una vulgaridad literaria, estaba muy cerca de ella y el silencio que piadosamente cubre su nombre y su obra como escritor y como autor es, sin duda, justificado. Pues bien, ¿qué pudo influir para que se le incluyera en la *Biblioteca de Escritores de Chile*? ¿Un criterio político? Así como la inclusión de la oratoria sagrada fué un tiempo del partido conservador y de la Iglesia, éste fué otro del balmacedismo. Prologó el tomo que se le consagró con el nombre de *Obras escogidas*, un personaje alrededor del cual se ha formado una verdadera leyenda: Enrique Nercaseaux y Morán, el hispanista intransigente, el afectado purista, el gramático incorregible. Se ha hablado mucho de Nercaseaux como escritor, en quien la cantidad y la calidad andan paralelas y con igual benevolencia. Nercaseaux escribió poquísimo y apenas si su firma se encuentra en alguna obra suya que le pertenezca por entero. Lo que dejó disperso en revistas es también de poco aliento. Solía hacer versos en los que la inspiración aparece contenida por el afán de guardar la corrección de las formas; pero nunca su numen fué poderoso, ni tuvo grandeza ni emoción sincera. La prosa de su estilo es así como sus versos, de ordinario de una frialdad en la que no alienta un soplo de calor, desteñida, floja, amanerada, cortada como en molde. Una cosa obsesiona siempre a

Nercaseaux: La pureza, el gramaticalismo, la propiedad lexicográfica. Arte y belleza son palabras para él a las cuales debe imponerse la forma. Bastará, para convencerse de lo que aquí decimos, leer el prólogo a las obras de Valderrama. Son dos autores que se parecen por lo adocenados.

Posiblemente, ningún libro más hermoso que uno del célebre diarista Manuel Blanco Cuartín. Variedades en las materias de arte, de literatura, de historia, de crítica literaria, de política, de biografía daría ese volumen. Galanura del estilo, gracia e ingenio, humor y gravedad, finura y elegancia habrían sido las más destacadas condiciones de esa obra. Era uno de los periodistas más brillantes del siglo pasado; con un bagaje de cultura inmenso, con una sólida educación literaria y una poderosa inventiva. Terrible en la polémica, cáustico, incisivo, de sus colegas de diarismo de ese tiempo Blanco Cuartín no cede a ninguno el puesto preeminente que ocupa en su desenvolvimiento. A un hombre por tantos títulos notable en las letras y en el periodismo nacional, debió consagrarse una cuidadosa selección de sus escritos. Se imponía en la obra vastísima de quien pasó con la pluma entre las manos por espacio de cincuenta años, llenando diariamente las columnas de la prensa con artículos y ensayos de verdadera calidad. La *Biblioteca de Escritores de Chile* no lo hizo así. Descuidó ese trabajo, encomendándolo a quien carecía de preparación para ello, no sabemos quien lo fuera, porque no creemos que el prologuista cometiera los errores que allí son patentes. El tomo consagrado a Blanco Cuartín ni contiene una selección bien hecha ni demuestra ninguna conciencia en su preparación. El ensayo sobre la poesía francesa y española está publicado dos veces. La primera vez aparece como un simple artículo, la segunda como el discurso pronunciado por Blanco Cuartín en su incorporación a la Academia Chilena de la Lengua. De este modo se han perdido inútilmente algo más de cien páginas, que pudieron destinarse a reproducir otros estudios del escritor. Firma el prólogo Juan Concha. Es una hermosa pieza en

la que se traza la vida bohemia y desgraciada del redactor de «El Mercurio». No es un estudio completo, literariamente, sin embargo, es digno de recordarse.

La oratoria política en Chile, mejor dicho, la parlamentaria, está representada en la *Biblioteca de Escritores de Chile* por dos volúmenes que corresponden a un mismo orador, Isidoro Errázuriz, «Condorito», como se le llamaba entre sus amigos, no fué, precisamente un orador parlamentario en la estricta acepción del vocablo. Era más bien un tribuno. Si este aspecto de nuestra oratoria era el que se deseaba perpetuar en la *Biblioteca de Escritores de Chile*, no hay cuestión que se eligió con acierto al más representativo de ese género. Si se hubiera querido buscar a otro orador de corte parlamentario, Lastarria habría sido un excelente modelo y el mismo Santa María pudo ser también elegido como muestra. En la oratoria política de Chile es difícil trazar una línea exacta que divida la parlamentaria de la tribunicia y de la jurídica. Lastarria puede colocarse en la primera; Errázuriz en la segunda; Manuel Montt en la tercera. Nuestros políticos, casi todos hombres formados en la escuela del derecho, han sido ante todo, oradores jurídicos. Los puramente parlamentarios son escasos. Errázuriz como tribuno es el que mejor representa esa oratoria: «listo para el ataque, que es bravura; para la agitación, que es libertadora; para el canto de la victoria, que es oda», según lo ha definido Arturo Alessandri. Pero, además, tenía una imaginación esplendorosa, un vocabulario riquísimo, una memoria feliz, una ironía desconcertante y un enorme poder de seducción personal. Se puede decir con seguridad, sin peligro de equivocarse, que los dos tomos que contienen sus discursos, no los contienen todos ni los mejores; que hubo precipitación al escogerlos y que no se recorrió con la debida prolijidad su vida de congresal para extraer de ella, en el espacio de cuarenta años, las más notables piezas de su ingenio. Como en el caso de Blanco Cuartín, ignoramos quien corrió con la selección de los discursos de Errázuriz. ¿Fué el mismo prolo-

guista? Quien firma la introducción es Luis Orrego Luco, pero ésta no es tal; no es un estudio especial dedicado al orador, al hombre de letras, al periodista y al político; es, simplemente, un artículo de ocasión escrito por Orrego Luco con motivo del fallecimiento del autor de la *Historia de la Administración Errázuriz*. Merecía más, sin duda, ese escritor.

Por su indisputable valor científico, que ha hecho del suyo un libro clásico en la materia, por su espléndida factura literaria y hasta por la revelación que él significó de las dotes poéticas de nuestro pueblo, el de Julio Vicuña Cifuentes, intitulado *Romancero popular chileno*, debe ser considerado como uno de los más felices aciertos de la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Si la conciencia de Julio Vicuña Cifuentes o de Alberto Edwards hubieran sido la norma de esta publicación oficial, no hay duda que Chile habría contado con una biblioteca digna de este nombre y no con una colección de autores nacionales tan dispareja en el mérito de los autores escogidos y en el de los prologuistas.

Al reiniciarse su publicación, años más tarde, el buen sentido parecía señalar las etapas naturales que el tiempo ha indicado entre la pasada Biblioteca y la nueva. Debió designarse a aquélla como de la primera época y a la otra como de la segunda. Mejor habría sido iniciar una nueva, con todas las formalidades que una obra de esa entidad necesita para alcanzar crédito y la importancia que reclama una publicación nacional. Desgraciadamente no se hizo así y se prosiguió el camino seguido.

En efecto, con el nombre de *Cuentos de la guerra*, en 1930 se publicó una selección de artículos, dispersos en los diarios y revistas de su época, debidos a la pluma de Daniel Riquelme. Inocencio Conchalí, tal era su pseudónimo, fué un escritor tradicionalista, principalmente, que nunca ni aun hoy día ha perdido público. Amaba el pasado y lo sentía en evocaciones admirables. Pero ese su tradicionalismo le hacía comprender que el pasado no era bello por el hecho de serlo, sino que, a su vez, era in-

agotable fuente de humorismo y de ironía. El ambiente popular de sus tipos, en los que el roto forma la materia humana principal, destaca la fresca filosofía del pueblo con su humor sano, gracioso y chispeante de intención. Sin duda, la de Daniel Riquelme fué una acertada elección para ingresarlo a la *Biblioteca de Escritores de Chile*. Mejor todavía la designación del prologoísta. Mariano Latorre, en un acabado ensayo de interpretación del hombre, de la época y del ambiente, nos ha dejado una silueta bien pergeñada de Riquelme tradicionalista y costumbrista.

Augusto Iglesias

Ideas y digresiones acerca de la sociología

UN LIBRO INTERESANTE.

El conocido e ilustre biólogo alemán, Profesor Georg Nicolai, que últimamente ha venido a radicarse entre nosotros, acaba de publicar en las prensas de la *Editorial Ercilla* un estudio lleno de enjundia y personales deducciones sobre uno de los temas más apasionantes de la vida científica contemporánea: el problema de los factores sociológicos y el porvenir de la ciencia que ellos determinan.

A este trabajo suyo el Dr. Nicolai le ha dado un título sugestivo y que resultaría—de no advertirse su relatividad en líneas harto elocuentes—hasta un poquito vanidoso; lo llama: «Fundamentos Reales de la Sociología».

Libro de sumo interés, que, por sentido reflejo, honra a la cultura chilena en cuyo medio se elaboró, trataremos en las líneas que siguen hacer alrededor de él un corolario de ideas pertinentes, con miras al tema central, y otras tantas digresiones sobre el mismo, pero que de modo alguno lleguen a desentonar con el asunto en debate.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.

El Profesor Nicolai intenta en este libro, según sus propias palabras, de suplir ciertas gravísimas deficiencias con que los

estudiosos de la sociología vienen tropezando en su labor investigadora. «Mientras los filósofos—expresa Nicolai (p. 18)—han seguido escribiendo *sociología*, los hombres de ciencia, desde los tiempos de Spencer, no se han preocupado siquiera de reunir, con fines sociológicos el material correspondiente».

Esto obliga a pensar a nuestro autor de que sería útil recopilar los hechos y realidades del desarrollo social; y es, precisamente, apoyándose en este pensamiento, que emprende el trabajo que ahora comentamos. Confiesa, sin embargo, que su objeto es más modesto que el de los sociólogos en general: «en vez de desenvolver teorías—p. 18—se limita a presentar hechos, sobre los cuales podría quizás cimentarse más tarde una teoría y a transmitir conocimientos con que luego se podrán juzgar las teorías de los demás. Sólo una vez y de pasada—añade—mencionaré algo teórico».

Pero ahora hay que delimitar; diremos, más bien, *señalar* el campo sobre el cual se van a colocar los cimientos o la primera piedra de este magnífico edificio. El mismo Prof. Nicolai nos ahorrará las preguntas que se nos vienen a los puntos de la pluma:

«Empero—dice (p. 19)—¿cuáles son estos hechos fundamentales? ¿qué es lo que debe saberse para comprender la Sociología?

«—¡Mucho!—casi podría decirse: todo.

«Como la sociedad es una reunión de individuos, lo que ante todo ha de conocerse es el individuo en su *fisiología* y *psicología*, ciencias que por su parte exigen conocimientos de *física* y *química*. A su vez para tratar de una reunión de individuos, esto es, de pueblos, la *etnografía* es imprescindible, así como para estudiar su desarrollo lo es la *historia* y la *prehistoria* con sus *ciencias auxiliares*. Pero como la sociedad es más antigua que la humanidad, no basta siquiera la *prehistoria* y tiene que recurrir a la *zoología* y la *filogenia* para ilustrarse acerca de sus comienzos.

«Bien sabido es que la vida social es distinta en las pampas que en las montañas; a orillas del mar que en los desiertos; y tendrá que acudir a la *geografía* y *climatología* para aprenderlo. Por otra parte, como la fase más importante de la socialización tuvo lugar en épocas en que mares y tierras estaban distribuídos de distinto modo, y como es muy posible que los eslabones desaparecidos entre los continentes desempeñaban un papel importante en las relaciones humanas, la *geología*, *geognosía* y hasta la misma *astronomía* son necesarias, (por ejemplo en la cuestión de la migración de los polos.)

«Así resultaría que en realidad el sociólogo necesita ser una enciclopedia viviente. Pero no basta saber todo esto (lo que es ya casi imposible en sí) sino que es preciso tenerlo tan vivo y presente en su mente que en cada momento se pueda disponer de todo con cierta holgura y combinarlo con la fantasía que es indispensable para reconocer en cada cosa su oculta relación con la sociedad. Y como esto sobrepasa las facultades de un solo hombre, precisamente esa enorme cantidad de detalles, acumulados en los últimos tiempos ha debido ser el motivo por el cual los hombres con inclinaciones científicas no han ensayado escribir una sociología completa. Pues a quien seduce el gran tema de nuestra sociedad tiene que elegir: él puede modestamente acrecentar el caudal de detalles como semilla para el futuro, o lanzarse a forjar presuntuosas teorías brindándonos con sus ideas acerca de la totalidad.

«Esta alternativa subsistirá hasta que una vez los detalles dispersos se hayan agrupado por confluencia natural, y así simplificado, pues la complejidad de toda ciencia naciente aumenta en sus comienzos para ir luego disminuyendo. Para el alquimista, aunque supiera incomparablemente menos que cualquier químico moderno, era más difícil abarcar el escaso saber de su tiempo porque tenía que apren-

der cada hecho aisladamente; mientras que hoy una sola regla condensa en sí millares de hechos aislados».

Los obstáculos señalados, aunque parezcan insalvables por un tiempo infinito, no lo son por siempre; porque llegará también, para la sociología «el día de la cosecha, que le permita reunir todos los granos de los diversos campos en la *era* de una teoría general. Entretanto, lo mejor que puede hacerse es plantar y regar, y escardar las malezas» (p. 20).

Ni más ni menos es el «but» que el Prof. Nicolai se propuso para su trabajo; suyas son estas palabras, que hemos ordenado en primera persona del singular: «aporto abono para la cosecha futura, a fin de posibilitar así los fundamentos de una ciencia que, como tal, aun no existe; pues sin teoría general no hay verdadera ciencia» (p. 20).

Y luego esta declaración, que llena de sentido irónico todo el profuso andamiaje que el sabio biólogo alemán alzarán en seguida frente a nuestras inquietudes y en vista a nuestras reflexiones: «Como resultaría imposible discurrir acerca de todo lo que atañe a la sociología. *habré de seleccionar, y la selección será necesariamente subjetiva. Unos dirán que he pasado por alto cosas importantes, que hablo de cosas superfluas. No es cosa lacerera dejar satisfecho a todo el mundo. Hablaré de lo que me parece apropiado para formarse una imagen adecuada de nuestra sociedad humana* (p. 20)».

He aquí planteado el problema de la sociología—considerados sus *fundamentos reales*—tal como lo enfoca el Profesor Nicolai.

PUNTOS DE VISTA COINCIDENTES.

Esta actitud del profesor germano no es disonante ni extraordinaria. Diríase más bien que es la que adoptan todos los hombres de ciencia con respecto a la Sociología General. Aun

más, la seguridad de la impotencia de los métodos en uso frente a la amplitud de los conocimientos y experiencias humanos que necesitan consultar y coordinar separa una síntesis sociológica, es cosa tan antigua como el estudio de la sociología misma.

Augusto Comte, inventor del término (1), la llama constantemente *Física Social* a objeto de mostrar en forma más visible las relaciones de la sociología con las otras Ciencias Positivas. Por otra parte, Spencer, considerando el mundo de los hechos histórico-sociales, a pesar de las numerosas generalizaciones en que cae, no deja de reconocer la magnitud casi insalvable del trabajo que significaría la construcción de una verdadera sociología. En 1873, aclarando esta sombra que nubla su espíritu de buceador de verdades, aparece su libro «*Estudio de la Sociología*» (2) en el que abocando el problema en toda la amplitud que le permiten los conocimientos de su época se pregunta dramáticamente «si existe en realidad una Ciencia Social».

Es cierto que se rebela a formular una contestación negativa; pero los argumentos que da para fundamentar su optimismo, no son sin embargo, de los que resuelven un problema, sino de aquéllos que lo simplifican en virtud de la ley del menor esfuerzo.

Detengámonos unos instantes en lo que acabamos de decir, citando para ello palabras del propio autor.

(1) La palabra Sociología fué construída por Augusto Comte con las sílabas *Socio*, del latín *Societas*, sociedad; y el griego *logos*, estudio (Tratado). Esta construcción, considerada viciosa y que ha merecido de parte de los filólogos duras críticas en contra de Comte, no es, sin embargo, si nos atenemos a los clásicos latinos, todo lo censurable que se quiere, pues existen en el idioma de Cicerón muchas palabras construídas en la misma forma; ejemplos: *Chart-ula*; *Teatr-alis*; *Chlamyd-atus*; *Delph-inus*.

(2) Hemos traducido este título del que lleva la obra en referencia en la edición inglesa: *Study of Sociology*; pues la versión francesa de la misma obra lleva un título lógico—de acuerdo con las ideas que desarrolla el propio Spencer—pero absolutamente incorrecto, desde el punto de vista de las buenas traducciones; este: «*Introduction a la Science Sociale*». Edita Félix Alcán, París, 1908.

«Si él quiere decir (se refiere Spencer a ciertas críticas del canónigo Kingsley) que las predicciones sociológicas no pueden ser sino aproximativas, si él niega solamente la posibilidad de hacer de las ciencias sociales una ciencia exacta,—nosotros diremos que esto es negar algo que nadie ha sostenido. La ciencia exacta no es sino la mitad de la ciencia. Los fenómenos de ciertos órdenes tienen tanto relaciones cuantitativas como cualitativas. Pero en los otros órdenes, los factores que producen los fenómenos son de tal modo numerosos y difíciles de medir, que resulta arduo, por no decir imposible, desarrollar bajo la forma cuantitativa el conocimiento que nosotros tenemos de ellos. Estos órdenes de fenómenos no son por esto excluidos del dominio de la ciencia. En geología, en biología, en psicología, la mayor parte de las previsiones sólo son cualitativas; y cuando se presentan como cuantitativas ellas no lo son jamás con una gran precisión, y si, en la mayoría de los casos, de una manera demasiado vaga.

«A pesar de esto, nosotros no titubeamos en considerarlas como científicas. Lo mismo ocurre en la ciencia social. Los fenómenos que ella presenta, más complejos que todos los otros, son también, pero a la inversa, menos susceptibles que todos los otros de ser tratados con precisión; y aquellos susceptibles de ser generalizados sólo pueden serlo dentro de los límites bastante vagos de tiempo e importancia y todavía quedan muchos que nunca podrán serlo. Pero desde que puede haber generalización, y que sobre esta generalización se puede basar una interpretación, existe ciencia.

«Quien quiera que exprese opiniones políticas, quien quiera que afirme que tal o cual dirección impresa a los negocios públicos será ventajosa o funesta, admite implícitamente una ciencia social puesto que implícitamente afirma también que existe por las acciones sociales un orden de sucesión natural y.

puesto que este orden es natural, se pueden prever sus resultados» (3).

Y más adelante, al comenzar el Cap. IV de «Estudio de la Sociología», de donde sacamos la cita en cuestión, estas otras palabras clarividentes:

«La Ciencia Social encuentra obstáculos muchos más grandes que aquéllos que se encuentran en el camino de cualquiera otra ciencia; provienen éstos de la naturaleza intrínseca de los hechos sobre los cuales se ocupa, de nuestra propia naturaleza en cuanto a observadores de estos hechos y de la relación particular en la cual nos encontramos situados con respecto a los hechos sometidos a nuestra observación».

De estas tres dificultades la última, aparece como especialmente poderosa y sin duda, considerada la naturaleza de los hombres, de una categoría a todas luces imposible de solucionar, aunque Spencer se sobreponga idealmente en el sentido de esperar de ella honrada y cercana solución; dice: «La ciencia no presenta otro ejemplo de un elemento estudiando las propiedades del agregado del cual el toma parte. El observador es aquí con relación a los fenómenos que él estudia lo que sería una célula aislada que fuera parte de un organismo vivo a los fenómenos presentados por el conjunto de ese organismo. Generalmente hablando, la vida de un ciudadano no es posible sino a condición de cumplir convenientemente la función que le fué dada por el sitio que él ocupa en el mundo. De aquí nacen entre él y la sociedad toda una serie de relaciones esenciales, que engendran otros tantos sentimientos e ideas de los cuales es imposible desentenderse completamente. He aquí una dificultad que no encuentra analogía alguna en el resto de las otras ciencias. Hacer con el pensamiento abstracción completa de su raza y de su país, poner a un lado los intereses, los prejuicios, las simpatías, las supersticiones infantiles por la vida de su colectividad y de

(3) «Estudio de la Sociología»; cap. 2.º

su época, contemplar todos los cambios que la sociedad sufre o ha sufrido, sin dejarse influenciar por las condiciones de nacionalidad, de religión o de interés personal, son cosas éstas que resultan imposible de realizar al hombre mediocre y a las que el hombre excepcional sólo puede sustraerse muy imperfectamente» (4).

Insistimos que estas proposiciones no resuelven en modo alguno el problema planteado, aunque llevan en sí un noble deseo de simplificarlo. Por otra parte ni en éste ni en ninguno de los volúmenes de sociología se preocupa Spencer del problema metodológico, fundamental y necesario para determinar las proporciones del cuadro que se va a someter a estudio luego de una necesaria y detallada explicación. Sin método no hay posibilidades de observaciones generales; sin observaciones generales no hay posibilidad de señalar *leyes* y sin *leyes*,—como dice muy bien Nicolai—no hay Ciencia.

Tantas inquietudes como las que acabamos de anotar, señala, también, Spencer en la obra de conjunto que titula *Sociología Descriptiva*. Pero aun aquí, aunque su poderosa imaginación le permite mirar, casi en detalle, los múltiples obstáculos de esta ciencia, sin descorazonarse entrega a la posteridad el precioso tesoro de sus investigaciones personales, sobre todo de carácter antropológico, que fuera realizando en pacientes y laboriosos años de admirable dedicación y de estudio.

Con mayor escepticismo, pero con las ventajas de recurrir a los rigores del método, no sólo en el modo particular de aplicarlo sino también en la necesidad científica de definirlo, el profesor Emilio Durkheim llega a conclusiones muy parecidas a las del profesor Nicolai.

Durkheim divide la Sociología General en dos grupos esquemáticos: *morfología social* y *fisiología social*. La morfología social comprendería a su vez los siguientes estudios: *base geo-*

(4) Ob. cit.; cap. 4.º

gráfica de los pueblos en sus relaciones con el organismo social; consideraciones acerca de la población, su volumen, su densidad, su disposición sobre el suelo. Y la fisiología social, estos otros: Sociología religiosa, moral, jurídica, económica, lingüística y estética.

Bastaría la exigencia de una utilización razonada y coordinada de estos conocimientos—que eran los que se presentaban con más urgencia al criterio positivo de los sabios de principios de nuestra centuria—para hacer quimérica la realización de una obra de verdadera Sociología General. Así lo comprendió el mismo Durkheim que no titubeó en escribir a este propósito frases que equivalen a una sentencia; oigámosle: «En la actualidad (año 1910) es imposible a un sociólogo poseer los conocimientos enciclopédicos que necesita su ciencia; pero es necesario que cada sabio se dedique a un orden especial de problemas, si no quiere contentarse con sólo vistas muy generales y vagas, que pudieron tener su utilidad en tanto que la sociología daba sus primeros pasos en la exploración de sus dominios y tomaba conciencia de ella misma, pero que no debía tardar en dejarlas de lado».

Estas mismas observaciones de Durkheim, (5) se repiten, a lo largo de lo que llevamos recorrido de nuestro siglo, por casi todos los sabios de significación que se han dedicado al estudio de estos problemas, por eso no insistimos en traer a colación más testimonios de autoridad, aunque señalemos, eso sí, que es junto a los nombres indicados y a los que siguen hoy igual actitud de digna y razonada impotencia,—considerados los actuales e insalvables obstáculos en que se encuentra la ciencia que nos

(5) Los que quieran seguir con más finura el pensamiento de Durkheim en este orden de estudio, sacarían provecho consultando las ricas, sugerentes observaciones que integran el pequeño y famoso volumen intitulado «*Regles de la méthode sociologique*». Aunque superado en sus enseñanzas, a la época en que estamos, siempre obtendrán gran provecho los estudiantes que lo consulten.

preocupa—donde el profesor Nicolai ha ido a buscar un sitio de prestigiosa compañía.

CONCEPTOS MÁS RESTRINGIDOS.

Sin embargo, cabe para los hechos sociales un concepto más restringido; todo depende del punto de vista en el cual nos coloquemos. Situados en medio de la amplitud de las exigencias de la Sociología General, nuestras probabilidades de obtener una medida sintética de los fenómenos que afectan a la colectividad humana serán naturalmente, cada vez menores; pero si nos desplazamos hacia un concepto más actual de la sociología, podemos, sin duda, obtener un alto grado de precisión científica y cierto práctico provecho.

Todo depende—repetimos—del panorama que queramos dominar, subordinado de antemano a la elección de nuestro punto de vista. Si es el hombre el que nos interesa directamente y si queremos estudiar los fenómenos sociales a través de su propia evolución, no hay duda que el panorama es ilimitado, aun cuando en sus condiciones particulares sea éste un asunto de la Biología; mas, si por lo contrario nos interesan en forma especial las repercusiones de todo orden que produce en nosotros la gravitación de la atmósfera y del medio en que actuamos, el tema, aun dentro de su gran amplitud, se presenta con límites razonables. Pues bien, es en este último momento cuando la Ciencia Social se hace práctica, inferidos como quedan sus efectos a la tierra, y a la producción, distribución y consumo de los bienes que ésta posee.

«Pero lo antedicho pertenece a la Economía Política—dirá algunos—y no Sociología».

Y nosotros les respondemos: «En manera alguna, sin que esto signifique negar su necesaria vinculación con ella».

Si es cierto—como sostienen algunos economistas—que el ambiente de cada organismo es la suma de sus condiciones

económicas, no es menos cierto, también, que en las consideraciones subsiguientes a esta proposición, todo el campo sociológico queda invadido por la pugna de las doctrinas económicas que desean interpretar esa misma realidad. De este modo, y por gradación de planos, de día en día más sospechosos, la ciencia se convierte en teoría y la teoría en política...

Para un «economista», el mundo debe ser fundamentalmente rectificado; esa, ni más ni menos, es la pretensión de las teorías económicas. Lo mismo pensará cualquier «político» de acuerdo con la ciencia que lo informa. Y, precisamente, las doctrinas que defienden el economista y el político son, insistimos, para eso: para reformar el mundo. En un plano metafísico, esta actitud es la misma del profeta y del predicador religioso.

El sociólogo, no. El sociólogo tiene frente a él, una correlación de fenómenos que debe estudiar como tales fenómenos de la naturaleza, anotándolos, relacionándolos, clasificándolos. Es un iluminador de realidades, que circunscribe y observa con detenimiento los hechos sociales a fin de descubrir en su organización funcional, cómo se integran sus partes y cuáles son las leyes que los rigen; y que luego expone con método y claridad los resultados a que llegó con sus investigaciones.

En lo que se refiere a la *Sociología Práctica* (aceptemos esta denominación como oponiéndose a *Sociología General*) el investigador no puede ir más allá de la unión o vinculación del objeto al sujeto; de lo inmóvil o relativamente inmóvil que es el medio geográfico a lo movable y actuante que es el hombre. De ahí que su método debe ser el método experimental *a posteriori*, inductivo; puesto que el investigador va a buscar causas y no finalidades. Ahora bien: si llamamos *práctica* a esta sociología, es por la posibilidad que ella da a la cultura general y en especial a la política de modificar los fenómenos modificando sus antecedentes, pero sin que esto quiera decir que tal consecuencia la deje vinculada a ningún sistema de utilidad inmediata.

Esta división de la sociología no es absoluta ni implica una

novedad. La idea de seccionarla, apareció junto con la enunciación del término y del contenido que lo enriquecía. Su propio enunciador, Augusto Comte fué el primero en distinguir en ella dos partes: la *estática* y la *dinámica social*.

La *estática* supone a las sociedades como un todo inmóvil, como si estuvieran fijadas en el tiempo en un momento determinado de su desarrollo histórico; y considerada esa situación, trata de buscar entonces las leyes que rigen su equilibrio. A esa medida en el tiempo, responde otra de una correlación de individuos y grupos de característica o género determinado, que aseguran y sostienen la cohesión social no sólo del estado que integran sino, también, de los diversos estados que ostentan el mismo tipo de civilización. Estas conexiones de carácter moral y material se nivelan por una parecida o idéntica línea de cultura; por ejemplo—de acuerdo con la *estática*—la ciencia, la religión, el arte, la industria, etc., responden, simultáneamente, en un momento determinado de una civilización, a un mismo tipo de desarrollo intelectual; es decir, a tal grado de ciencia, corresponde tal otro de religión, de arte, de industria, etc. Conformada así esta división de la Ciencia Social, la *estática* trata de establecer como se forman y en que consisten los lazos de solidaridad que mantienen la cohesión de los grupos y como se establecen esas conexiones.

A la inversa de la *estática*, la *dinámica* considera a las sociedades como organismos movientes y los observa en su pleno desarrollo y transformaciones sucesivas, esto es, en su evolución, para buscar, a través de sus fenómenos correlativos, la ley que los rige. De estas observaciones, Augusto Comte obtuvo los términos de lo que él llamara *la ley de los tres estados*, según la cual la Humanidad ha pasado necesariamente, (y tendrá que pasar en los pueblos que aun no han alcanzado su completo desarrollo) por tres edades sucesivas: *La edad teológica*, *la edad metafísica* y *la edad de la ciencia positiva*, que es la que actualmente persigue.

Sin embargo, a pesar de la genial categoría de la observación comteana, ésta distinción de estática y dinámica, aplicada a la sociología no puede considerarse sino como una abstracción convencional del Maestro del Positivismo; pues es fácil comprobar que «en la realidad lo *quieto y estable* no está aparte de lo que *se mueve*».

Otro sociólogo, el norteamericano Lester F. Ward, ateniéndose más a los resultados prácticos, divide a la Ciencia que nos preocupa de acuerdo con un fin de utilidad colectiva, con vistas a la acción social. Para nuestro entendimiento esto le quita serenidad e independencia a su obra, a pesar de que él, con brillantísima dialéctica y método expositivo de primer orden, trata de librarse de cualquiera sospecha de «apriorismo». Mas bastaría no olvidar que es suya la afirmación de que «el medio transforma al animal, mientras que el hombre transforma al medio», (6) para saber de qué se trata; tal sentencia, de la más absoluta relatividad, no es propia de un experimentador sino de un teorizante.

Ward separa los hechos, causas y principios de la sociología, de la aplicación o empleo de la misma. A la primera división la llama *Pure Sociology* (Sociología Pura) y a la segunda: *Applied Sociology* (Sociología Aplicada).

La Sociología Pura se refiere, pues, a los factores que intervienen en la producción del fenómeno social en sí y a las circunstancias que determinan su evolución; y, aunque corresponde a la *dinámica* de Comte (Ward mismo adopta este término—*Dynamic Sociology*—en un libro suyo de 1883) el punto de vista del sociólogo americano se distancia mucho del otro concepto, del de la *estática*, que integra el pensamiento del filósofo francés. Mostrar la obra (*achievement*) que realiza el ser social, señalando su mecanismo espontáneo y la manera cómo éste funciona, he aquí el trabajo que debe realizar la Sociología Pura.

(6) *Pure Sociology*, p. 16.

Otra es la tarea de la *Sociología Aplicada*. Aquí se trata (¿simplemente?) de relacionar los factores psíquicos que sostienen el armazón material de la sociedad, con un cierto fin cósmico, con esa especie de idealismo platónico hacia el bien, hacia lo que *debería ser*, que carga y cultiva con innegable constancia la evolución de la Humanidad.

Ward, al explicar su sistema, debió sentir sin duda que la tierra se movía un poco bajo sus pies, haciéndole perder esa imperturbable y fría actitud, propia del verdadero inductivo; y es tal vez por este motivo que se adelanta a borrar cualquiera sospecha de evangelista o predicador que pudiera atraer su actitud en los círculos sabios. El mismo, entonces, se encarga de manifestar que la Sociología aplicada «no trata de aplicar por sí los principios sociológicos sino de señalar cómo pueden ser aplicados. Es una ciencia y no un arte». Pero en seguida agrega, sospechosamente: «Lo más que pretende llevar a cabo es mostrar algunos principios generales como guías de la acción social y política. Pero en esto debe ser sumamente cautelosa. Y sólo puede tener una relación general con los sucesos corrientes y con las cuestiones populares de candente actualidad (¡!). El sociólogo que se resuelve a discutir las, especialmente si toma posición ante ellas, abandona su ciencia y se convierte en político» (7).

La Sociología Práctica difiere de lo antedicho en que su trabajo—como lo dejamos establecido cuando nos referimos a ella—se reduce a establecer los hechos propios a su estudio, a desentrañar los nexos que mantienen la cohesión de los grupos y del hecho social estudiado y a establecer o descubrir las leyes que rigen el fenómeno mismo. Y nada más. La tarea de buscar aplicaciones posibles de las verdades establecidas experimentalmente en los hechos de la vida especulativa, teórica y doctrinaria de la humanidad, no pertenecen a ella, aunque ella entrega gustosa estas verdades a la utilidad y al mejoramiento del ser

(7) *Applied Sociology*, p. 10.

colectivo, que a su vez debe tener investigadores y estudiosos que señalen sus defectos e interpreten sus necesidades.

Por eso la Sociología Práctica hunde sus raíces en la tierra, y se nutre de ésta y de las condiciones del ambiente en que se desarrollan los grupos o colectividades estudiadas.

Son los ambientes los que presentan a la vida animal posibilidades de adaptación. El hombre puede corregir, con artificios, ciertos rigores de ese ambiente; aun más: en determinados casos, puede variar a su favor—pero siempre utilizando los medios que ese ambiente pone a su alcance—algunas condiciones ingratas, que de no mitigarse, harían imposible la existencia humana. Pero jamás, en ningún momento ni circunstancia, podría él *transformar* el ambiente en que vive; porque, entendámonos, un ambiente no es tal o cual condición susceptible de ser transformada, sino *todas las condiciones* que lo determinan.

Ahora bien; nosotros derivamos de la tierra. Sobre la superficie del globo que habitamos, los organismos, en su formación, crecimiento y desarrollo, no han hecho otra cosa que adaptarse a un ambiente; y, variadas las condiciones de éste, buscar uno nuevo que les sea favorable. Tenemos, entonces, que la acción del ambiente sobre los organismos, es decisiva, fundamental; de ella depende la vida misma, puesto que en ella se origina. Pero como los organismos se multiplican y los ambientes no, existe, sin embargo, continua y progresiva una variante circunstancial que puede dividirse en dos efectos: incapacidad por aumento del consumo o desequilibrio de la producción, de que se mantenga el nivel sustentador o alimentador de un ambiente dado y búsqueda del organismo en peligro,—que inmediatamente tiende a trasladarse a un ambiente menos poblado o de mejor calidad productora,—de su readaptación, venciendo (pena de muerte al que no lo consigue) todos los obstáculos que se le presenten. Este triunfo, según la célebre fórmula de Darwin, correspondiente a uno de los aspectos más universales de la lucha por la vida, corresponderá a los *mejores adaptados*. En cuanto al

índice que marca la amenaza de peligro en la sociedad humana con respecto al ambiente a que está adscrita, lo encontraremos, en primer término, en la *producción*. Mientras el hombre produce lo necesario para subsistir—se subentiende que aquí solo nos referimos a las causas internas de la estabilidad o decadencia en las condiciones de un medio señalado—el grupo en que está adscrito no rompe sus condiciones con el ambiente. Pero esta conexión no es estática; existe junto con la instintividad de vivir un deseo correlativo de ensanchar en forma de bienestar y goce las posibilidades de adaptación. Ahora, el esfuerzo que hace un organismo para ensanchar esa posibilidad de adaptación en un medio determinado—la «voluntad de dominio» de que hablara Nietzsche—se traduce en una fórmula que conviene a todo lo existente: en la palabra *evolución*. Cuando un organismo evoluciona y toma nuevas características que permiten su adaptación a diferentes medios, mejora con esto sus condiciones generales; es lo que en sentido social humano, y especialmente en el dominio político, llamamos *progreso*.

Hemos dicho ya que el ambiente de cada organismo es la suma de sus condiciones económicas; de ahí, que en un medio de condiciones económicas bajas, si los organismos adaptados a él no relacionan sus exigencias con un medio de más altas posibilidades, decrecen en fuerza orgánica o entran en un período de franca *evolución regresiva* (8). Naturalmente, toda manifestación hacia el exterior del grupo, toda vinculación social de un ambiente con otro, es producto de organismos cada vez mejor desarrollados; por que la economía de un organismo, mientras

(8) Si no fuera por el intercambio de productos por productos, en el que quedan relacionados los elementos propios a la alimentación con los elementos necesarios al mejoramiento social e industrial de los grupos (vestuarios, artes, armas, etc.,) muchos países, después grandemente desarrollados, no habrían podido subsistir largo tiempo. Por ejemplo la actual producción agropecuaria de Inglaterra, con respecto a su población actual, apenas si bastaría para sostenerla unos pocos meses.

más perfecto sea éste, es mucho más compleja que la de un organismo más bajo, aunque los principios que la rigen sean siempre invariablemente iguales.

Así planteado el problema, tendremos que llegar, por lógicas inferencias, a las mismas conclusiones del economista Simón Patten, esto es que «las causas de la evolución radican en las condiciones económicas, y sus efectos se manifiestan en los organismos» (9). Es este, pues, en último término y circunscrito en su objetividad, el estudio a que debe dedicarse la Sociología Práctica.

NICOLAI Y LA SOCIOLOGÍA.

Está demás decir, que el único interés nuestro al hacer las anotaciones anteriores ha sido colocarnos en un punto de vista que abarque un horizonte más restringido que el de la Sociología General y mayores beneficios para el inmediato aprovechamiento de la juventud estudiosa. Nos hemos abstenido, premeditadamente, de hacer una lista o inventario de las posibilidades sociológicas que existen o de las teorías o doctrinas que por el mundo abundan, tratando de impresionar la buena voluntad de los cándidos.

Pero como tampoco queremos hacer cátedra negativa con respecto a otras opiniones sociológicas que las aquí expuestas, no insistiremos más en la materia, para preocuparnos sólo de lo que afecta al libro del autor cuya obra dió origen a éstas líneas.

El mismo se adelanta a nuestras dudas, al comienzo de su trabajo, y nos dice que tendrá que seleccionar «y la selección tendrá que ser necesariamente subjetiva. Unos dirán—pág. 20—que he pasado por alto cosas importantes, que hablo de cosas superfluas. No es cosa hacedera dejar satisfecho a todo el mundo. *Hablaré de lo que me parece apropiado para formarse una imagen adecuada de nuestra sociedad humana*»

(9) *Theory of Social Forces.*

Aquí mismo es donde empieza la falta de método; sin contar que—con respecto al título—debió ponerle a su obra, en el mejor de los casos: «*Algunos Fundamentos Reales de la Sociología*», y no el que ahora lleva. Pero esto lo cargaremos a defectos del lenguaje; es preciso no olvidar que el Prof. Nicolai escribe en un idioma que no es el suyo.

Volvamos, pues, a la cuestión del método. Nicolai, como lo hemos visto, promete hablar lo necesario para darnos «una imagen adecuada de nuestra sociedad humana». Pero esta imagen no se divisa por ninguna parte, no se perfila ni siquiera en forma vaga e indeterminada. Claro está que las palabras «humanidad», «hombre», «organismo social», etc., surgen a cada paso; mas esto, en modo alguno, da una idea de conjunto respecto a lo que es la sociedad humana, pues Nicolai se detiene mucho más en hablarnos de los monos, que en lo que fueron en sus comienzos y en lo que hoy en día son las colectividades del «*homo sapiens*».

Para que alguien pueda dar «una imagen adecuada» de la sociedad humana, lo primero que tiene que hacer es utilizar todos los elementos objetivos que tenga a su alcance, con los que, una vez reunidos, intentará el dibujo de los rasgos y las características de ésta, y no se desparramará, como lo hace Nicolai, en una serie de incidencias eruditas donde a la postre la humanidad toda, con sus instituciones, su orden y su decantado progreso apenas si puede señalarse como un pequeño accidente dentro del maremágnum de datos que el sociólogo fué amontonando a su alrededor. Es el caso de los andamiajes que de puros altos y complicados tapan para el transeúnte los detalles del edificio.

En 193 páginas, aunque muy bien divididas en el índice, pero nada más que en el índice, el profesor Nicolai habla de todo, con la substancia y médula que arrancara para su acervo de estudiosos durante sus incursiones por la Sociología General. La Astronomía, las Matemáticas, la Bioquímica, la Física, la Antropología, la Zoología, etc., pasan junto a él y exprimen una

gotita de sus múltiples experimentaciones, las que el sabio investigador alemán recoge en el vaso de su curiosidad, para en seguida entregárnosla en un volumen de relampagueante erudición. Pero ¿qué nos regala al final de esta lujuria de afirmaciones diversas? Nada y mucho: un haz de conocimientos heterogéneos, reunidos sin orden ni ilación; pero que cautivan el espíritu, nos inquietan, nos entregan sus partículas de oro, su arenilla de ciencia, y luego nos dejan una gran alegría en el alma: la que saben dar los libros que no aburren.

Naturalmente, hombre de mucha práctica universitaria, el profesor Nicolai sabe decir las cosas. Casi siempre habla con categoría de sabio; y aunque es muy posible que a veces piense sin firmeza, nunca, sin embargo, es altisonante ni trata de cosas insubstanciales. Lo que no quiere decir, en modo alguno que sea siempre un portento de precisión ni de gayo razonar...

Es aquí donde anotamos su falta de serenidad. Pero no queremos que se piense que estamos haciendo afirmaciones gratuitas, y vamos a reducir nuestras palabras a ejemplos. Refiriéndose a la relatividad de la ciencia, y al margen de imprecisión que todavía deja para el investigador y el hombre de estudio, escribe, página 131:

«Por desolador que nos parezca, no nos queda otro recurso que darnos por contentos con un trabajo a medias y hasta el diez por ciento, con la esperanza de que las venideras generaciones vayan añadiendo su por ciento más, uno tras otro. Lo demás no pasa de ser un juego infantil de almas henchidas de pretensiones irrealizables. El misticismo es el consuelo de los pobres de espíritu, y resulta bien característico que el más famoso de los místicos alemanes, Jaacob Boehme, fuera un pobre zapatero sin erudición ninguna».

En este párrafo hay tres graves afirmaciones de una intolerancia fanática inaceptable: a) Lo que no es Ciencia Expe-

rimental, objetiva, «no pasa de ser un juego infantil de almas henchidas de pretensiones irrealizables»; b) El misticismo no tiene ningún valor cultural puesto que es «el consuelo de los pobres de espíritu»; y c) Bastaría para probar lo anterior el hecho de que Jacob Boehme—a quien Nicolai le resta de inmediato su inmenso valor—«fué un pobre zapatero sin erudición ninguna».

Con la afirmación contenida en la letra «a», Nicolai, de una sola plumada, barre con todo el pasado, el presente y el futuro de la filosofía, basada durante siglos en la especulación de las categorías intelectuales y,—¡es de imaginarlo!—preparada, en lo que resta de vida al espíritu humano, a no renunciar a ninguno de los atributos del pensamiento, porque ello equivaldría renunciar a su propia superioridad zoológica. ¿Acaso la ciencia experimental no fué basada, desde sus comienzos, en los anticipos filosóficos de los grandes pensadores de la Humanidad? Negarlo, equivaldría a creer en la generación espontánea de un *pensamiento científico experimental*, absurdo que no se habrían atrevido a suscribir los más empedernidos materialistas del siglo XIX.

Con la afirmación de la letra «b» el profesor Nicolai pasa, como de un salto, por sobre la importancia fundamental de las religiones, se burla de una de sus características más importantes y deja de un lado el problema de la experiencia religiosa, tan inquietante para el antropólogo como para el filósofo y de tan vastas proyecciones en el espíritu de los hombres. Por último, con la afirmación de la letra «c», el doctor Nicolai, poniéndose de frente y en la más despectiva actitud para una corriente filosófica respetable, trata de empequeñecer la curiosa, profunda y cautivadora figura de Jacob Boehme, que él, hombre de números, hombre de laboratorio, de microscopios y de medidas exactas, no logrará jamás comprender, porque para ello se necesita tener en el alma otra clase de inquietudes y otra clase de ensueños.

Confirmando nuestra última sospecha, llega a suscribir frases que no dicen relación con la seriedad propia al científico;

hablando de la velocidad de la luz y de las distancias que ésta recorre, escribe a la pág. 57: «... resulta evidente que, aun para un Dios, sería materialmente imposible visitar, durante el período vital de los astros, más que la mil millonésima parte de su vasto reino».

Esto no se puede pensar en serio. Si Dios no existe o no se cree en él, es absurdo nombrarlo; pero si existe, si Nicolai se pone en la hipótesis que existe, debe suponer entonces que para la Divinidad no debe haber obstáculo alguno, puesto que al pensarla como tal divinidad, debemos imaginar que se trata de una conciencia *activa, infinita, imponderable, omnipotente, eterna*.

Hablamos como simples críticos, sin afiliarnos, aquí, a ésta o aquella corriente filosófica; pero, adelantándonos a cualquiera sospecha de *parti pris*, manifestaremos que este materialismo provocativo de Nicolai, no es siempre estrictamente experimental. Su odio a la guerra, por ejemplo, es un sentimentalismo muy alto, muy interesante, muy noble, pero al fin de cuentas, *sentimentalismo*, pues ni la Historia Política, ni la Historia Natural, ni ninguno de los hechos observables del mundo de lo viviente, excluye esta idea de la competencia mortal, que en la especie humana adquiere con la forma bélica su característica más consciente y terrible.

Advertimos, por creerlo necesario, que somos enemigos personales de la guerra y que consideramos que la actitud de Nicolai es de las más hermosas que se pueden encontrar; pero junto con ser un poeta y un romántico—de quienes, sin embargo, reniega en cierto modo—el profesor Nicolai es, antes que nada, por propia y activa voluntad, un experimentador, un hombre de ciencia, que cree en ella con fanatismo del siglo XIX; entonces a nosotros, basados en esta su actitud, no nos queda otro camino que exigirle una severa consecuencia con las normas que se impuso, enrostrándole con cariño y consideración, que como experimentador que es, haya falseado los hechos. La vida humana es un combate, y él no tiene excusas para no ver este hecho.

anotarlo como unánime a la especie y a todo los tiempos desde que hay recuerdos dignos de señalarse, y sacar de él las consecuencias generales que imperiosamente se deducen.

Pero Nicolai no sólo no cumple esta obligación de sabio, de escrupuloso experimentador; sino que además de negar el hecho, se ayuda de testimonios dudosos. En la pág. 144, cita a Nietzsche como enemigo de la guerra, y para ello copia un aforismo del cantor de Zaratustra: «Quiero la lucha, pero no la lucha con pólvora y humo, sino la de los espíritus».

No basta. La actitud de Nietzsche es muy ambigua en este sentido. Por otra parte, de acuerdo con las doctrinas de «la voluntad de dominio», es fácil creer que era más partidario de la guerra que no enemigo de ella. Algunas palabras el mismo autor convencerán a nuestros lectores de lo que decimos:

«Nos engañamos completamente acerca de los animales de rapiña, y también acerca de los hombres de rapiña (por ejemplo César Borgia); nos engañamos acerca de la naturaleza mientras queramos ver en el fondo de estas manifestaciones monstruosas y tropicales una especie de enfermedad, una especie de infierno innato: si son precisamente los más sabios y los más *vivos* digan lo que quieran los moralistas. Los moralistas aborrecen los bosques vírgenes y los trópicos. Calumnian a los hombres tropicales, llamándolos degenerados. Y ¿por qué así? ¿Acaso en favor de las zonas templadas? ¿En favor de los hombres moderados? ¿De los hombres morales, de los mediocres? He aquí otra observación para el capítulo la moral como forma del miedo» (10).

(10) *Más allá del bien y del mal*, 197.

«En desprestigio de la guerra puede decirse: la guerra hace al vencedor brutal, al vencido malvado. Y en favor de la guerra: introduce la barbarie en las dos consecuencias dichas, y, por ello, conduce a la naturaleza: es para la civilización un sueño o una invernada; el hombre sale de ella más armado para el bien y para el mal» (11).

Podríamos multiplicar los ejemplos para mostrar, en el peor de los casos, lo dudoso del pensamiento nietzscheano a este respecto; pero, en modo alguno, una definitiva enemistad suya por los métodos bélicos, y sí todo lo contrario.

Y ya que estamos de citas y hablando de guerra, permítase-nos una última y pequeña observación. En unas divagaciones sobre este mismo tema, Nicolai escribe a la página 137: «Plauto inventa la frase que tan terriblemente suena: *«Homo homini lupus»* (el hombre es lobo para el hombre) y Francis Bacon la repite; pero esa frase no era más que la comprobación de un hecho; y ni para uno ni para el otro era la apología del hecho mismo. Lo mismo se diga de la célebre «guerra de todos contra todos» de Hobbes: *pues como siempre ningún gran hombre trató de glorificar la violencia»*.

No haremos mucho hincapié en esta frase, que de por sí es antojadiza y filosóficamente mal construída, pues bien poco importa que los grandes hombres no hayan glorificado la violencia—lo que también es inexacto en muchos de ellos—si estos mismos grandes hombres la han puesto en práctica y han vivido sobre sus ancas en los períodos más notables y briosos de su existencia; nos vamos a referir mejor a la frase de Plauto, que Nicolai cita mal. La frase en cuestión es ésta: *«Lupus est homo homini, non homo; quum qualis sit non novit,* (12) lo que traducido

(11) *Humano demasiado humano*, 444.

(12) *Asinaria*, II, 4-88.

en su sentido alegórico, quedaría así: «El hombre es solo un lobo para su hermano el hombre, tan largo como sabemos de él».

Es posible, aun más, es lógico suponer que la frase que cita Nicolai derive de la de Plauto, pero en la forma que la usa nuestro amigo el profesor germano, la divulgó Hobbes y no el escritor latino. Este pequeño error de Nicolai se debe a la fuente de información: seguramente tomó la cita de esos pequeños repertorios de locuciones latinas y extranjeras, que con tanta frecuencia mienten y cambian el sentido de las frases, a causa de sus malas traducciones y peores informes, en materia de letras clásicas, de lo que nos dejó en aforismos y enseñanzas breves el pensamiento de los antiguos.

Y para terminar esta confesión de honrada sinceridad: respetamos al profesor Nicolai, y lo distinguimos como uno de los valores extranjeros que en la actualidad dan honra y provecho a nuestro país; pero creemos que sus conocimientos estarían mejor aprovechados en la Biología y en la Fisiología, ramas de la ciencia que él domina en una amplitud considerable y de la cual es un verdadero y destacado maestro, no importa la latitud mundial en que se le coloque.

Vicente Lombardo Toledano

Tesis sobre el Devenir

I

Escuela de Elea, Jenófanes, Parménides, Meliso, Zenón, Gorgias. Nada cambia, todo permanece. Lo que es no puede ser un ser cambiante. Aun cuando los sentidos atestigüen el cambio y la génesis, el pensamiento sólo tolera esta disyuntiva: A es o no es; *Tertium non datur*. No se puede decir: A llega a ser. La palabra «ser» implica una situación invariable; donde ésta falta no puede hablarse de un verdadero ser.

II

Heráclito. Todo fluye. Todo, incluso el hombre, está en variación perenne, aunque imperceptible. No podemos sumergirnos dos veces en el mismo río, porque éste conduce agua y nosotros hemos cambiado... La esencia del mundo es el cambio; pero no existe un tránsito sin algo que transite: el flujo de las cosas se convierte en el trueque de las cosas en fuego—imagen de las fluctuaciones del proceso vital—y del fuego en las cosas... Toda cosa individual se hunde en su contraria y se origina de ella: el fuego vive de la muerte del aire, y el aire de la muerte del fuego... Los anhelos contrarios tórnanse unión, del mismo modo que los sonidos más distantes de la escala producen la ar-

monía más perfecta. Es siempre uno y lo mismo lo que mora en nosotros: lo vivo y lo muerto, lo despierto y lo durmiente, la juventud y la vejez... Los estadios del suceder en el universo, la lucha sin descanso de las oposiciones, en donde cada miembro es siempre la negación del otro, son el medio para una más profunda unidad.

III

Los atomistas. Pitágoras, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo, Demócrito. El universo está sujeto a un orden; este orden obedece a una proporción, a una armonía que suma y resuelve los contrastes. La materia en cuanto a su esencia y a sus propiedades permanece; pero cambia en sus aspectos, en los cuerpos. El devenir es un cambio de lugar.

IV

Platón. El movimiento y el reposo parecen absolutamente opuestos y, sin embargo, están juntos. El ser es una tercera cosa diferente de las otras dos, del reposo y del movimiento, porque es y no es, al mismo tiempo. Todo ser es un no-ser y todo no-ser es un ser. La realidad cambiante obedece al cambio de las Ideas, formas supremas de la verdad respecto de las cuales las cosas son simples copias, que se implican las unas en las otras, en proceso ascendente de síntesis cada vez más perfectas, hasta llegar a la Idea suprema — Idea de Ideas — que a todas las explica y de la cual todas provienen.

V

Aristóteles. Distinguimos seis especies de movimiento: nacimiento o generación, destrucción, crecimiento, decrecimiento, modificación, cambio en el lugar. Pero la esencia de las cosas

ha de hallarse mediante el procedimiento riguroso del silogismo, que se apoya en principios válidos en sí, indemostrables y necesarios para la inteligencia del mundo. La identidad es lo verdadero; la contradicción es un signo de error.

VI

Kant. El conocimiento es relativo o absoluto. El relativo es el conocimiento sensible; pero el conocimiento verdadero, el absoluto, sobrepasa la experiencia e invalida la razón, capaz sólo de conocer lo relativo. Frente a la cosa en sí la inteligencia humana se encuentra con antinomias insolubles: ¿eternidad o creación del mundo?; ¿divisibilidad o indivisibilidad de la materia?; ¿teísmo o panteísmo?; ¿determinismo o libertad? En donde comienza la contradicción termina la eficacia del intelecto; la contradicción es un signo de error.

VII

Hegel. La contradicción no es el error sino la verdad. No sólo existe la antinomia en ciertos objetos particulares relativos a la cosmología; se la encuentra en *todos* los objetos de todos los géneros, en todas las representaciones, en todos los conceptos, en todas las ideas. La contradicción es el movimiento mismo del pensamiento, y todo movimiento, todo progreso, consiste en sobrepasar las contradicciones. Es la razón abstracta, *Verstand*, la que crea las ideas fijas de un modo arbitrario; la razón concreta y viviente, *Vernunft*, es esencialmente antinomia o, dicho con exactitud, es dialéctica. La dialéctica es el arte de identificar y de superar las contradicciones, porque la contradicción no es ni un objeto ni un estado definido del pensamiento; es sólo un «momento» que prepara un progreso del espíritu. Desde que una idea se plantea implica la idea contraria, y del choque de las contrarias nace la idea superior que sobrepasa a las dos. Te-

sis, antítesis, y síntesis, son los «momentos» sucesivos del razonamiento humano, considerados no sólo como fases de un desarrollo, sino también como el principio del movimiento mismo, como la causa que hace avanzar el trabajo de la razón: la idea de no-ser es un momento en el sentido de que permite a la idea de ser transformarse en la idea de devenir, que es un principio de progreso. Guardar, destruir y sobrepasar, *Aufhebung*, es la lógica inherente al proceso del pensamiento.

VIII

Marx. Mi método dialéctico no sólo difiere del método hegeliano en cuanto a su fundamento, sino que es su contrario. Para Hegel, el proceso del pensamiento, del cual hace con el nombre de Idea un sujeto autónomo, es el creador de la realidad, o demiurgo de la realidad, que no es sino el fenómeno exterior. Para mí, el mundo de las ideas no es más que el mundo material, transpuesto y traducido en el espíritu humano. La tesis, la antítesis, la síntesis, son momentos de la realidad exterior a nosotros, del mundo objetivo del cual formamos parte.

IX

Lenín. Lo único permanente es el reconocimiento del mundo en constante cambio que existe fuera de nosotros; de un cambio dialéctico. La dialéctica puede definirse como la enseñanza de la unidad de los opuestos. El movimiento del mundo y de la vida es complejo, no es rectilíneo, no es simple, no es mecánico. El carácter transitorio de todas las formas, su nacimiento, desarrollo y destrucción; la falta de límites absolutos y, al mismo tiempo, el carácter ondulatorio del desarrollo y la transformación de la cantidad en calidad; la continuidad cuantitativa y las interrupciones cualitativas; la división de la unidad y las contradicciones del todo; el desenvolvimiento de estas contradicciones

y el conflicto de los contrarios como ley inmanente del movimiento; la transformación de uno de los contrarios en un nuevo contrario; la negación de la forma antigua y su reaparición con nuevas características; la contradicción entre la forma y el contenido; la relación que cada cosa guarda con las demás y la universalidad poliédrica de esas relaciones, así como los diferentes tipos de las mismas relaciones, no sólo desde un punto de vista causal sino también coexistente, y otras leyes del ser y de devenir, constituyen los rasgos peculiares de la dialéctica que determinan y formulan teóricamente esas leyes.

X

La tesis de la persistencia del ser es injustificable desde el punto de vista científico. Queda sólo la doctrina del devenir, del cambio, de la evolución. Pero, ¿cuál de las diversas escuelas en las que tal doctrina se divide es la válida? La dialéctica hegeliana es inadmisibile porque divide arbitrariamente el universo: el espíritu en constante superación, proyectándose sobre la naturaleza pasiva. La evolución es la ley natural por excelencia; pero, ¿cómo se efectúa la evolución? De dos maneras puede concebirse: como el desarrollo de las cosas por medio del cual pasan *gradualmente* de un estado a otro, o como el proceso y la interdependencia de los elementos de un devenir infinito y *contradictorio* en su fondo. La primera es la evolución mecánica, la segunda es la evolución dialéctica. Los mecanicistas entienden la evolución como un desarrollo rectilíneo, como una serie de hechos causales, a semejanza de los anillos de una cadena cuyos puntos de intersección no previstos se deben al «azar» o a un «accidente»: A es causa de B, que a su vez es causa de C, etc. La lógica dialéctica concibe la evolución, por el contrario, como un desarrollo circular, o como un desarrollo en espiral, que implica relaciones complejas y necesarias entre los diferentes elementos del movimiento: A es causa de B; pero al

mismo tiempo se opone y obra sobre A, y hay un efecto común de esta acción recíproca que es C, que sobrepasa a A y a B y las sintetiza en nuevo plan.

En suma: vida contradictoria. Antinomia perenne, historia con luchas congénitas. Pasado muerto. Presente vivo y por morir. Renovación imprescindible y brusca. Aleluya perpetua del devenir cósmico.

Alberto Ghirardo

Toledo

SU HISTORIA Y SU LEYENDA

I



TODO el mundo sabe que Galdós es el autor de *Angel Guerra*, esa novela del misticismo español, que hubiera bastado para inmortalizar a su autor en tierras de cristianos, si en su cantera no existieran vetas de metal tan puro como para llenar las arcas literarias de toda una época.

Todo el mundo sabe que *Angel Guerra*, la novela del misticismo español tiene por escenario el de la antigua metrópoli, esa que, según el mismo Galdós, «por una tradición en cierto modo irrisoria, se llama todavía la ciudad imperial».

Todo el mundo sabe que ese escenario, vale decir, el ambiente de la novela fué reflejado por Galdós con el arte supremo con que él supo trasladar a sus páginas la vida y las costumbres de su pueblo.

Todo el mundo sabe que Galdós, sólo por el motivo apuntado, es merecedor al homenaje de Toledo, proyectado por varios ciudadanos españoles y que ya tarda en realizarse; pero lo que todo el mundo no sabe es que don Benito Pérez Galdós es el autor de un estudio admirable que, con el título de *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo*, después de aparecer

fragmentariamente en una antigua revista, que hoy no existe, ha permanecido *inédito*, aunque completado por el maestro encuyo archivo hemos tenido nosotros la fortuna de encontrarlo, tal como se ha publicado definitivamente en el volumen VIII de sus *Obras inéditas*.

Aunque obra de juventud, *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo* reúne todas las cualidades del gran escritor, que, llevado por sus inclinaciones a las bellas artes, especialmente a la pintura, hizo estudios detenidos, puestos de relieve en el trabajo literario que nos ocupa.

Nada más oportuno, pues, que la publicación de estas páginas, organizadas en libro—el libro de *Toledo* escrito por Galdós—, en precisos momentos en que con justicia, retardada por cierto, ya que otros escritores sin tantos méritos para ello la alcanzaron, pero justicia al fin, se piensa seriamente en que la más famosa de las ciudades bañadas por el Tajo rinda al gran novelista que con tanto amor se ocupó de ella, el homenaje de su reconocimiento y de su admiración.

II

Es el *Toledo* de Galdós uno de esos libros sugestivos, personales, llenos de un interés excepcional, que nos ponen directamente al habla con un alto y selecto espíritu. Nada más expresivo, dentro de la literatura galdosiana, que la impresión dada en las primeras páginas de *Toledo*: Ella es el reflejo verdadero de lo que siente un alma moderna frente a una de estas ciudades levantadas por la estrategia de la Edad Media, esa estrategia que buscaba, según frase del mismo maestro, las fortalezas naturales, donde se encastillaban las pasadas generaciones, obligadas por los odios y las discordias de aquellos tiempos.

Después de la magnífica introducción a que hacemos referencia, comienza el estudio o *reseña*, como Galdós lo llama, con

la época de la dominación de Roma, la más antigua de que quedan vestigios en España.

Sonríe Galdós, con esa su peculiar sonrisa que conocemos, de los historiadores, que, en lo que respecta a Toledo, le dan unos por padre al rey Tartus, otros a Pirro, no faltando quien atribuya su fundación a la venida de los griegos por la vía de Inglaterra; y llama a todo esto pedantería propia del siglo XVII, «el siglo de las hipérboles y de las cultas tonterías».

La primera *capa*, o sea la primera generación que examina, es la visigoda, durante los siglos V al VIII, y para ello, o sea para reconstruir el pasado, tiene el autor que destruir con la imaginación todo lo existente, vale decir, las obras sucesivas de once siglos, los siglos fabulosos de Viterico, de Sisebuto y de Vamba. Aquí mezcla Galdós la historia y la leyenda con ese arte especial, con ese interés que ha sabido dar a todos sus trabajos este escritor extraordinario.

El emporio de las letras que fué Toledo, el teatro donde brillaron todos los esplendores del Renacimiento, surge a nuestras miradas, evocado por la pluma de Galdós, con la riqueza magnífica de un escenario que tiene por coronamiento la imponente fachada del Alcázar, «masa de piedra colocada más alta que la ciudad», «con los cimientos enclavados en las entrañas de la roca», y de cuya explanada se descubre «un paisaje inmenso limitado por el más amplio horizonte», siendo tal su disposición, «que el que sube a sus galerías y se asoma a sus balcones cree tener a toda España postrada a sus pies».

Como afirma muy bien Galdós, es Toledo una historia de España completa, la historia de España visigoda, de los cuatro siglos de dominación sarracena en el centro de la Península, del viejo reino de Castilla y de León, de la vasta monarquía fundada por los Reyes Católicos y, por último, de ese gran siglo XVI, que es el siglo español. Toledo recibió el depósito de cultura que los árabes y los judíos dejaron en la Península; presenció los mejores tiempos de la dominación sarracena; fué testigo de las más grandes

empresas de la Reconquista, viendo antes desarrollarse y corromperse el imperio de los visigodos. Además, en ella residieron casi todos los reyes castellanos, y tuvo al pueblo y a la nobleza reunidos en Cortes, como antes tuvo al clero y a los reyes, legislando juntos en sus célebres Concilios, prelados y magnates, en cuyas manos estaban los asuntos de la política y de la religión.

Es, pues, Toledo el mejor de los libros, agrega Galdós; pero leer ese libro es muy difícil. Para ello, más bien dicho, para descifrarlo, establece Galdós una división, adoptando un sistema que llama de *capas arquitectónicas*, para expresar las justas posiciones de las distintas épocas que se han sobrepuesto o se han reemplazado unas a otras. Y como las antigüedades no pueden hacerse agradables a los ojos de la multitud si se las estudia con un criterio frío y exactamente razonado, prefiere Galdós, dando con ello las primeras muestras de su criterio estético, dejar, junto a la inscripción erudita de esas honrosas piedras, las que la imaginación lee en ellas, las que transmite y perpetúa el pueblo, sin usar ninguna clase de caracteres, y entonces, muy acertadamente, no vacila en aprovechar para realizar su propósito de las antigüedades toledanas, «tanto las verdades referidas por la historia, como las hermosas mentiras que cuenta la gente de aquel pueblo señalando sus interesantes escombros».

Y es, precisamente, en esta mezcla de la leyenda con la historia, donde reside el encanto principal de este hermoso libro, en que al lado de la enseñanza estética, tan sabiamente expuesta por el autor, encontramos el deleite imaginativo presentado por los portentosos sucesos que han dado pie a la tradición y a la fábula, tales como los de *El Cristo de la Luz* y *El baño de la Cava*, o las escenas de las crueldades de Vitiza y de las crápulas de Rodrigo, y tantas otras que, corriendo de boca en boca a través de cien generaciones, han dado pábulo a una especial literatura de índole popular, base, origen y precursora de la época romántica en que descollaron poetas y escritores españoles de universal renombre.

III

La segunda generación artística, o sea la correspondiente a la segunda *capa arquitectónica*, según la denominación galdosiana, comienza el año 712, cuando Tarik sorprende a Toledo con sus huestes.

Para comprender bien, dice Galdós, hagamos lo que hicieron los moros: derribarlo todo, templos, palacios, murallas. Y entonces, al conjuro de la pluma maravillosa, vemos caer, abatidos, los vastos edificios de Vamba y Rodrigo, para dejar el sitio a otros nuevos, y la antigua basílica se adorna con la decoración oriental, aprendida por los dominadores en Persia y en Bizancio, hasta el siglo X, en que esa segunda *capa* se ha formado por completo, dejando escasísimos rastros de la primera. Y siguen las *difíciles y peligrosas*, pero interesantísimas, restauraciones imaginarias, para llegar al palacio de las *Tornerías* y al *del Temple*, «apartando las casuchas que los obstruyen, ocupándolos en parte, tapiándolos, oscureciéndolos, estrechándolos en un laberinto de paredes mugrientas, donde habitan hoy enjambres de mendigos que se reparten los harapos de aquella púrpura destrozada».

Por este procedimiento, nos lleva Galdós junto a San Miguel el Alto, donde descubre «lo que resta de estos opulentos palacios», examina el famoso Cristo de la Luz, «iglesia tan insignificante en su parte exterior, que apenas se distingue de las vulgares casas que la rodean», pero habiendo sido en su interior «un verdadero recinto de encantamiento, un pequeño laberinto desarrollado en las tres dimensiones, algo de rompecabezas, un juguete ingenioso para dar tortura al entendimiento, una sencillísima forma que viene a ser, por la combinación de sus líneas, la más complicada y múltiple»; pasa en seguida a los palacios de Galiana, «sitio relacionado con una aventura caballeresca, que nos obliga a no separar el edificio del cuento», lo que le da pie

al autor para escribir una bellísima página, en que aparece con toda su importancia poética la hermosa hija de Galafre, el héroe del Romancero; para llegar a la época de Alimainón, «la más floreciente para la ciudad durante los trescientos setenta años que estuvo en poder de los moros», y a cuya Corte fué Alfonso VI, el famoso Rey, conocido en la historia por *el de la mano horadada*, que había de conquistar a Toledo y cuya leyenda explica; retrocede un poco para, en compañía del rey moro y su ilustre huésped, hacer una visita a las «estupendas murallas y las fortísimas puertas», empezando por la del Sol, monumento que indica «una tentativa de los artistas árabes para llegar al completo dominio del estilo que le es peculiar», siguiendo por la de Visagra, la única quizá «que se ve intacta desde los tiempos del reino musulmán»; la de Almaguera, «hoy tapiada»; el torreón de los Abades, la de los Hierros, la de Doce Cantos, la de Alcántara famosa, desde donde se desvía del Tajo la línea de fortificaciones para dirigirse de oriente a occidente, hasta debajo del Miradero, donde está la puerta de Perpiñán, desde la que describiendo un ancho círculo, «va a unirse a la puerta de Visagra, desde donde partimos». Y es, dentro de este vasto recinto, en el que encontramos «las calles absurdas, las casas sombrías», «aglomeración confusa en que se destacan las altas paredes de los palacios y las torres de las mezquitas», donde Galdós inicia la admirable descripción de una época en que «bulle y se agita un pueblo que a su paso por la tierra de España dejó muestras admirables de su elevado espíritu», ese pueblo al que «apenas le han permitido entregarse a las contemplaciones propias de su exaltado temperamento las continuas luchas de sus reyezuelos», que «parece según se agita, no sentirse dueño de la tierra que pisa, ni de aquel laberinto de habitaciones y callejuelas, formadas como para ocultarse a sus propias miradas», y que, después de varios siglos de dominación, siente en el suelo de sus triunfos «las pisadas de los caballos castellanos, que ya rodean el Pi-

suerga, pasan el Guadarrama y se extienden por la gran cuenca del Tajo, hasta que en un día de mayo del año 1085, mudo de ansiedad y sobresalto, ve brillar las armaduras de los astures y leoneses y elevarse en el horizonte el polvo que levantan las tropas del gran Alfonso VI, el Rey cristiano, que da el primer golpe de muerte a la dominación musulmana». Pero esto corresponde a un orden puramente político, porque, como afirma Galdós, el período secundario de los monumentos de Toledo, lejos de concluir con la victoria de Alfonso, principia a contemplarse entonces y a tomar el carácter propio que lo lleva después a su más glorioso apogeo.

Refiere aquí Galdós la lucha religiosa, lucha llena de peripecias y sugerencias, en que actúan, directamente y como principales protagonistas, la esposa del rey Alfonso, doña Constanza, y el arzobispo don Bernardo. Aliados ambos, en ausencia del rey, concibieron el proyecto de reconquistar la mezquita para el culto cristiano, a pesar del juramento de Alfonso, que ellos resolvieron quebrantar. Este hecho, muy significativo, da ocasión a Galdós para hacer la trascendental advertencia siguiente: «El primer acto de intolerancia religiosa, que tanto nos echan en cara los extranjeros, y a veces con razón, fué cometido por dos franceses, por una reina devota y por un fraile terco».

Durante el reinado de Alfonso VI se empezó a construir el Alcázar, se repararon los muros de la línea de tierra, adquiriendo nuevo brillo la ilustre ciudad con otros curiosos monumentos, tales como el castillo de San Servando, que llegó a ser defensa y principal baluarte de la ciudad contra la morisma.

A propósito de Santa María la Blanca, la célebre sinagoga israelita, encontramos en este libro apreciaciones llenas de simpatía y justicia para el arte que la creara y que entra con ella en el período de su apogeo.

IV

Y hemos llegado al siglo XIII. Un desconocido, un hombre obscuro y genial, aparece en escena y es su figura, realzada por la fuerza y la voluntad, la que inspira a Galdós uno de los mejores capítulos de su *Toledo*, el dedicado a Pedro Pérez, el gran constructor, que derriba la antigua mezquita para echar en su lugar los cimientos de los ochenta y ocho pilares destinados a sostener la después famosa catedral, petrificación formidable de la fe católica. Aparece aquí la influencia del arte cristiano en el musulmán, influencia que adquiere forma decisiva con la sinagoga del tránsito, o San Benito, como hoy se llama, obra del siglo XIV y «la mejor muestra del lujo que entonces imperaba y de la esplendidez con que se realizaba toda clase de obras». Es a fines de este siglo cuando la arquitectura gótica adquiere una fuerza extraordinaria, hasta que el Renacimiento, apoderándose de toda España, inicia otra transformación. Entre tanto, la catedral «va desarrollando poco a poco su inmenso panorama interior, y unas tras otras las cinco naves van llegando a sus límites, agrandándose cada vez más». La descripción de este proceso arquitectónico es hecha por Galdós en grandes pero seguros trazos, hasta la fecha del descubrimiento de América, bajo los Reyes Católicos, en que se cierran las últimas bóvedas de la catedral, y la obra, en su parte fundamental, puede darse por terminada.

Al acercarse el siglo XVI, el arte monumental, como afirma Galdós, entra en el período de su decadencia, al mismo tiempo que la sociedad experimenta una de las más notables crisis registradas en todas las épocas. Observa Galdós que cuando se verifica esa grande evolución en la humanidad, la arquitectura gótica expira; pero expira después de hacer un último esfuerzo en su postrera eflorescencia, después de dar su más hermoso desarrollo, siendo el claustro de San Juan de los Reyes el que pre-

senta esta «última faz de aquel estilo prodigioso, lleno de variedad y armonía como la Naturaleza».

Cesa entonces el imperio de la piedra y empiezan a florecer las artes del Renacimiento. A este respecto dice Galdós: «El arte ojival, que aun conserva alguna vitalidad, después del período terciario o florido, se resuelve en el retablo, que es una transición. Con esas escuálidas figuras y esos *estofados* de oro, creados por un pincel tímido aun y un buril sumamente delicado, acaba el gran arte y aparecen los gérmenes de otro nuevo». Estamos en los umbrales del siglo XVI. Aparece Berruguete. Vuelve de Italia donde ha trabajado con Miguel Angel, a quien se asemeja por «la voluntad poderosa, la fecundidad, la exteriorización del ideal en formas colosales, la grandeza de ideas, la universalidad de conocimientos, la rudeza de carácter, la fuerte constitución corporal y ese entusiasmo exclusivo por su arte, ese amor llevado al fanatismo, que da un sello viril a todas sus obras y que, difundido a los discípulos, tiene fuerza bastante para crear esa raza de artistas que vieron Italia y España en aquella centuria».

Pasando por el reinado efímero del período plateresco, comienza la total decadencia de las artes. La piedra ha huído ya para siempre, constata Galdós, iniciándose el período de esas iglesias de ladrillos, de que ha plagado a España el petulante y devoto siglo XVII. Con el hospital de Tavera, ornado con el admirable sepulcro de su fundador, obra maestra de Berruguete, concluye ese período arquitectónico.

Sobre la era religiosa aparece la civil, surgiendo entonces los hospitales, los asilos y las casas de expósitos. La raza de los templos colosales ha concluído, dice Galdós con frase gráfica, y aunque los reyes y magnates han cogido para sí la parte principal del arte, siempre queda algo para el pueblo.

Con la muerte de la arquitectura coincidió el desarrollo de otro arte «igualmente importante», producto de una época de más refinadas costumbres, de más erudición y mejor criterio: la pin-

tura. Este arte, agrega Galdós, que tiene por edad de oro en España el siglo que media entre Pablo de Céspedes y Claudio Coello, tuvo en Toledo su escuela, alimentada por el pedido de los conventos y la devoción de los grandes. Como es sabido, en el siglo XV, otro Berruguete cultivó con éxito la pintura, destacándose como divulgador del estilo de Florencia. Pero la nota nacional en pintura, la españolización digámoslo así, de este arte, debía corresponder a un *extranjero*, a quien estaba deparada la gloria de resucitarlo cuando, al acercarse el siglo XVI, aquel daba ya pálidos destellos en Italia, con los boloñeses y los últimos venecianos. Este artista de genio llámase en el mundo del arte el *Greco*. En todas las épocas, desde que hace su aparición, como a todos los grandes, se le eleva a las nubes o se le niega en absoluto. Su fuerza enorme lo salva siempre. Galdós reconoce su genio, y aunque le pone reparos, observa en él estas cualidades: inventiva inagotable, gran facilidad para componer, mano segura para el dibujo y *á veces* empleo exacto y justo del color y los tonos.

A pesar de no ocultársele a Galdós las *bellezās de primer orden*, que encierran las obras del *Greco* y sus principales discípulos, Tristán, Orrente y Maino, que forman escuela, cree que Toledo no puede apropiarse la generación completa de la pintura española, la que no fué un arte nacional y verdaderamente característico hasta que los andaluces le infundieron su genio y le pusieron su sello inmortal.

* * *

Con el retrato de la gran figura del *Greco* puede decirse que, desde el punto de vista puramente artístico, termina el libro motivador de esta exégesis, puesto que las páginas finales son sólo una acusación terrible contra el siglo XVII, documento político lleno de bríos juveniles, admirable por su acometividad y que si ha de producir aun escozor a muchas caparazones *cavernarias*, tendrá indudablemente, en cambio, la adhesión entusiástica de todos los espíritus modernos.

Noticcionario de cultura española

Malraux, Lenormand y Cassou en España

Tres ilustres franceses, André Malraux, Henry R. Lenormand y Jean Cassou, llegan a Madrid en misión de confraternidad y de mutuo acercamiento cultural español-francés. No traen credenciales académicas, no vienen en misión oficial: el viento revolucionario que agita las conciencias proletarias de España y Francia manifestado en las últimas elecciones, que dió el triunfo a los Frentes Populares de ambos países, ha traído una racha de preocupación para el conocimiento mutuo y para la unión de sus fuerzas espirituales afines. El triunfo de la tendencia popular de los dos países, ha avivado sus relaciones intelectuales y ha hecho que la atención se concentre en una serie de problemas de gran actualidad cultural, problemas que tienen estrecho contacto con las vicisitudes político-social-económicas que hoy afectan a la casi totalidad de los países del mundo. De estos problemas, tiene grande intensidad y trascendencia aquel que se refiere a la situación del arte y de la cultura dentro de las nuevas condiciones que se van forjando en las sociedades. Como lo dijo Jean Cassou en una entrevista: «Hay que preparar el camino de una nueva cultura, adecuada para una humanidad fuerte y libre».

Son estas inquietudes y afanes, los que han movido a los principales cerebros de la intelectualidad francesa a propiciar un frente único pro defensa de la cultura, que se ha extendido rápidamente por todos los países hasta llegar a formar la podero-

sa «Asociación por la Defensa de la Cultura» y que cuenta con más de 300,000 afiliados.

De los actos y agasajos tributados a los ilustres escritores franceses en Madrid, merecen destacarse tres: la velada en el Ateneo, el homenaje a Lenormand en el Teatro Español y el gran banquete ofrecido a los huéspedes por la intelectualidad española. Cada uno de estos actos tuvo su significación especial y en cada uno de ellos se manifestó la franca y decidida marcha del nuevo ritmo que toma la cultura europea, y al mismo tiempo la voluntad de defender los principios permanentes de la integridad humana, amenazados por las corrientes políticas y sociales que pretenden erigir la voluntad de un hombre como norma.

El banquete se efectuó en uno de los principales restaurantes madrileños, con asistencia de cerca de quinientas personas, que representaban lo más granado de la intelectualidad hispánica. Junto a los agasajados estaba el Ministro de Instrucción Pública, don Francisco Barnés, y el de Comunicaciones, don Bernardo Ginés de los Ríos, que demostraban con su presencia cómo sabe apreciar la nueva República Española todo lo que a manifestaciones culturales se refiere. A nombre del Gobierno habló el Ministro de Instrucción Pública, y a nombre del Ayuntamiento de Madrid, su alcalde, don Pedro Rico. Otros oradores fueron Américo Castro, Gabriel Alomar, Alvarez del Vayo, Marcelino Domingo, etc. Jean Cassou contestó en español a nombre de los festejados. Hace cinco años—dijo—en 1931, él, y con él seguramente todos los escritores, intelectuales y artistas—españoles y franceses—se sentían aislados, arrinconados en sus sueños y en sus vidas, sintiendo que no poseían nada, sino una cosa: la cultura. «Es decir, los sueños de nuestros antecesores, los que antes de nosotros habían hecho el examen y la crítica de esa vida humana, insuficientemente humana, y de la sociedad injusta de su tiempo; los que habían querido formar la imagen de un hombre más completo, más perfecto, más armonioso, más humano. Hubo entre estos antecesores nuestros un

poeta francés, un gran poeta, el más asombroso, el más genial sin duda que haya habido entre los poetas. Se llamaba Arthur Rimbaud, y en su inagotable mensaje se experimenta ese sentimiento de extrañeza del poeta que vive en medio de un mundo inaceptable. Dice: «No estamos en el mundo; la vida verdadera está ausente». Y en otra parte dice: «Hay que cambiar la vida». Nosotros sabíamos que había que cambiar la vida. Pero no sabíamos cómo hacerlo. Y pensábamos que no sólo la sociedad está mal hecha, sino la humanidad misma, la vida misma, no en su accidente, no en su forma, sino en su esencia. Y por eso éramos pesimistas y desesperados.

Y entonces es cuando hemos descubierto una realidad. Una realidad, una fuerza capaces de cambiar la vida. Y esa realidad se llamaba el proletariado. Al lado de nosotros había hombres que trabajaban y que sufrían, y esos hombres reunidos, constituían una fuerza. Una fuerza y una esperanza. Entonces comprendimos que para cambiar la vida hay que cambiar las condiciones de la vida. Y comprendimos que eso es una cosa posible. Ya no hay que desesperar, se puede cambiar la vida.

Y entonces todos esos soñadores aislados y desesperados, escritores, intelectuales, artistas, comprendieron que la cultura, esa cultura que querían defender y prolongar, esa cultura no era una cosa abstracta y que se conserva en bibliotecas y en museos, sino una cosa viva, la señal, el índice del progreso humano, de las revoluciones humanas. Y entonces comprendimos que cultura y revolución significan una sola y misma cosa.

Hace cincuenta años se hablaba entre intelectuales de «ir al pueblo». Es una fórmula absurda y tan injuriosa para el pueblo como para los intelectuales. No, compañeros, no vamos al pueblo. Estamos con el pueblo. Después de haber hecho nuestro examen de conciencia, después de haber comprendido lo que pasa, lo que es proletariado, y lo que es historia y lo que es cultura, y lo que es revolución, pues la cosa está hecha, nos encontramos en nuestro lugar, en nuestro lugar natural y fatal, entre-

las filas de las masas, entre el proletariado. Trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, tenemos el mismo interés y perseguimos el mismo fin».

Y así, con tono de apóstol, con la mirada firme, que pasa através de sus lentes en constante centelleo como carros minúsculos y acerados de sus ideas y sentimientos, continúa Juan Cassou su fogosa alocución, y termina agradeciendo aquel magnífico homenaje en su nombre y en el de sus compañeros: «Gracias a todos por la confianza y la energía que el magnífico ejemplo de la España nueva ha vertido en mí. Voy a llevar un poco de España nueva a mis compañeros franceses. Vuelvo a Francia lleno de España, es decir, lleno de vida, de pasión y de esperanza; vuelvo rehecho español, reespañolizado, rebautizado, por decirlo así, en las aguas lustrales de vuestra primavera popular».

En el Teatro Español se realizó la velada en homenaje al dramaturgo de «Simona» y «Crepúsculo del Teatro». Ricardo Baeza presenta a Lenormand, luego una disertación de éste sobre el papel del teatro en la hora actual, y por último la representación de la tragedia «Asia» del mismo autor por la compañía de Ana Adamuz.

Ha sabido Lenormand hacer surgir un teatro que hoy ya trasciende con relieves firmes en las nuevas tendencias de la dramaturgia. Antes de ver representadas sus obras tuvo que librar rudas batallas en los escenarios parisienses, junto con Pitoeff. Hoy el nombre de Lenormand es de sobra conocido y aclamado para insistir sobre la importancia que tienen las ideas de este hombre sobre el teatro actual. Destaquemos, pues, algunas de estas ideas de su disertación en el Teatro Español.

Hace resaltar primero la influencia del teatro en la formación y educación cultural del pueblo, especialmente en lo que se refiere a su liberación. Este mundo del teatro, «mitad irreal, haz de energías humanas colocadas al servicio de los sueños,

obra directamente sobre las masas y representa un poder de subversión, que el libro no posee en ningún grado».

Un día Arístides Briand, al recibir a una delegación de autores dramáticos, entre los que yo me encontraba, dijo, mirándome atentamente: «¡Ah, señores, cómo les envidio a Uds! ¡Cómo me gustaría estar en su lugar! ¡Qué tengo yo a mi disposición para persuadir a los hombres? Una voz solitaria. Ustedes en cambio tienen todo un mundo. ¡Qué gran tribuna es el teatro y cómo me gustaría valerme de él!».

Sé sobradamente todas las objeciones que un artista puede y debe formular contra el teatro como portavoz de las ideas. El teatro persuasivo, el teatro útil, como decía Alejandro Dumas, hijo. Yo sé que la intención de probar al iniciarse en la generalidad de los casos es un principio de muerte para toda obra de arte. Pero sé también en cambio que hay momentos en que el corazón del dramaturgo late al mismo ritmo que el de las multitudes, que hay momentos en que la misma inspiración de su inteligencia surca la de millones de seres y tales impulsos inician y bosquejan las de las masas en evolución.

En tal instante el dramaturgo es el portavoz inconsciente e insustituible de las multitudes silenciosas, y recoge, concentra y sintetiza la voluntad dispersa, las inquietudes y aspiraciones de toda una clase y de todo un país. La obra que le está encomendada en tal momento no es una obra de propaganda; no está escrita para demostrar o para agradar, y por lo tanto, brota de él sin cálculo ni control la fuerza absolutamente irreprimible de su genio creador. Y así tendrá el poder misterioso de fundir los corazones y enlazar las conciencias, pudiendo, en suma, transformar el hombre. Pues bien, ese teatro, guía y antorcha de las multitudes inquietas, es para mí, dos veces sagrado: lo es primero como obra de arte y luego como fuerza liberadora. Hay momentos en que el grito de rebeldía del dramaturgo y el lamento informe de la masa se funden en este choque en que la escena y la historia coinciden. Ese grito le oiréis a veces en mo-

mentos de opresión, de barbarie; pero rehecho repercute fortalecido por millones de voces populares, e irá finalmente a derribar a los dioses al fondo de todos los Olimpos, destronando a los reyes en sus propios tronos. La insurrección del teatro ha precedido siempre a la insurrección de la calle. A veces se ha anticipado sólo unas horas, como en Bruselas en 1880, en aquella memorable representación de «La muda de Portici», que provocó la revolución.

En Grecia es un poeta trágico, Esquilo, el primero que lanzó el grito de rebeldía del hombre inútil y estúpidamente torturado por un Dios dominador de los hombres. Sobre la escena, y el día en que fué creado Prometeo, resonó por primera vez la voz del hombre implorando la piedad ante la miseria humana, sabiendo perfectamente que pagaría su amor con el suplicio de la carne.

Habla luego Lenormand de la situación del teatro en Rusia, de los grandes esfuerzos desplegados para la formación de un concepto teatral nuevo, y de los beneficios que representa para el pueblo el cultivo por medio del teatro. Continúa: «No es preciso dar al pueblo teatro de clase, un teatro que le hable de sí mismo, de sus sufrimientos, de sus reivindicaciones. Si queremos hablar al pueblo, hablemos como hombres que se han emancipado del conformismo burgués, no para adaptar el conformismo socialista y revolucionario, sino para llegar a lo inmanente, a lo universal». Y termina con esta afirmación: «El verdadero teatro del pueblo es el teatro del mundo».

Pero sin duda lo más interesante de esta luminosa trayectoria de los autores franceses por la vida intelectual madrileña, fué la sesión del Ateneo, en la que Malraux, el novelista tan conocido entre nosotros por la traducción que Oscar Vera ha hecho de sus obras—«La condición humana» y «El tiempo del desprecio»—se mostró con las características de un verdadero genio. El más joven de los tres franceses, con un rostro expresivo, en que al mismo tiempo se alían la fuerza y el ensueño, se impu-

so de inmediato, como una fuerza de la naturaleza, como algo que no responde a nada consentido ni querido, sino que envuelve irremediabilmente en su atracción y arrastra con su palabra en un viaje maravilloso del que sólo al volver nos damos cuenta con un profundo sentimiento de pesar por lo perdido. Malraux no lee; habla. Y es su palabra tan precisa, tan encajada en el concepto, que palabra e idea forman una tela insustituible, tela al mismo tiempo firme y delicada, que ondula en nuestras almas como si fuera la bandera del barco de nuestros propios sueños. Razón y emoción se conjugan en Malraux por un verdadero milagro, y sus ideas quedan en nuestra mente, y no sólo quedan, adquieren vida propia, fermentan, germinan, como si tuvieran un ímpetu siempre renovado e inmortal. El mismo comienza diciendo que no habla para exponer ideas, sino para ejercer acción, para plantear problemas, aquellos problemas que los escritores de todos los países deben plantearse, y que constituyen la razón de la «Asociación por la Defensa de la Cultura».

Precisa luego posiciones: se va contra el fascismo, y las diferencias de éste y de los escritores y de las conciencias libres, tendrán algún día que resolverse por la acción; pero mientras tanto es necesario exponer los fundamentos en que se apoya la defensa de la cultura. El fascismo exige la militarización total del hombre, de todos los hombres, de todas las profesiones, de todas las creaciones del hombre. No es justo decir que el fascismo carece de cultura, puesto que se apropia de la herencia cultural del país sometido a su tiranía; pero la convierte en una cultura de privilegio y de tropas de asalto, que tiende a la guerra y a la muerte. En cambio nosotros, dice Malraux, buscamos una civilización que prospere en la paz, queremos que la cultura florezca acrecentada en las masas, porque es solamente a través de la voluntad de extender la cultura que la cultura existe. Queremos valores universales, que son de todos, porque nacieron de la total generosidad humana. No es el artista quien necesita el arte, como no fué Cristo quien necesitaba del cristianismo, sino los esclavos

anhelantes de una redención. No son los poetas quienes necesitan de la poesía, sino las masas. La cultura no es un privilegio, es ante todo un don. Nuestro acuerdo, por lo tanto, es total con las masas y el proletariado; pero quisiéramos concertar una alianza con los cristianos sinceros y de buena fe. Ellos desean que el hombre trabaje y tome conciencia de sí para algo exterior a lo terrestre; nosotros deseamos que lo humano quede en el hombre y lo terrestre en lo terrestre, es decir, que la poesía, obra humana, trascienda en lo humano. Para los cristianos en cambio, el mundo empieza después de la muerte; pero podemos estar de acuerdo sobre la vida. Porque el problema de la vida es un problema de esperanza, opuesto al fascismo, que desprecia al hombre y lo tiraniza.

Explica luego las relaciones entre el arte y el marxismo, y hace notar el sinnúmero de interpretaciones erróneas que al respecto se han hecho. El marxismo—dice—no es una verdad en sí, como nadie podría creer que Platón es la verdad en sí. Pero la aportación de Marx, como la de Platón, es una aportación permanente a la cultura humana. El error proviene de las interpretaciones que se le dan a «El Capital» con respecto al arte, porque Marx no alcanzó a escribir su filosofía, y «El Capital» es sólo una obra de economía. La estética de Marx apenas si aparece esbozada en su ensayo sobre Balzac. El mismo Marx se burlaba de los que querían explicar el arte griego por las condiciones económicas de las ciudades griegas. Nunca estableció que el hecho económico fuera el absorbente y primordial, que estuviera en el primer plano de la realidad, sino que en último análisis se encontraban raíces económicas.

Luego Malraux plantea el problema de la libertad del artista, y sostiene la tesis de que esta libertad sólo es discutible en razón de su eficacia. Este problema no debe exponerse en el sentido de que el artista pueda hacer cualquier cosa, lo que le venga en gana, sino de aquello que él desea crear para sí y para la colectividad. El artista no puede oponerse a la corriente vital

de un medio determinado; por consiguiente no puede obrar caprichosamente, porque corre el riesgo de perder hechos e imágenes; tiene que encontrar en los hechos una posibilidad artística. Por eso, en la hora actual, las relaciones del artista con las masas no puede ser un problema exclusivo de arte, sino más bien un problema de conocimiento. Habría que elaborar una verdadera enciclopedia popular de arte, cuya difusión no sólo afectaría a los artistas, sino principalmente a profesores y maestros; ofrecer a los ochenta millones de hombres y mujeres que se dedican a la enseñanza, ideas de valor, ideas que sirvan a altos fines humanos.

Muchos artistas no comparten sus ideas, porque creen que sería la ruina de los valores estéticos. Pues bien, dice Malraux, en vuestras manos está el salvarlos, uniéndoos a nosotros para la construcción de un mundo nuevo en cuya estructura material y cultural entrará el aporte y la idiosincrasia de todos los que cooperen. Además, el arte no es sólo forma; eso es artificio. Existen, es claro, los problemas técnicos peculiares a cada arte y a cada artista; pero es preponderante la influencia que la vida desempeña en la labor creadora. Todas las artes tienen un nexo común: que la diferencia esencial entre la vida y la obra es que a ésta le falta siempre una dimensión. La vida es múltiple, pero no se da significado por sí sola. El artista no es múltiple; pero toma un significado con su estilo. Por medio de un sistema de valores, el artista da sentido y significación a lo que interpreta de la vida. El arte soviético es un arte realista, potente, porque está basado en un mundo que se rige por los principios materialistas del marxismo. Hay, por lo tanto, que saber escoger, porque la vida en su multiplicidad es inabarcable totalmente. Si nos enfrentamos con ella como artistas, es porque la buscamos para sobrepasarnos a nosotros mismos. Este es el problema básico: enfrentar la vida, luchar con ella, y cualquiera que sean nuestros problemas individuales, hay algo de lo que no podemos prescindir en nuestro destino: la alternativa de una torre estéril donde nos

encastillemos con nuestros sueños, lo que implicaría que para ser gran artista se necesita ser ciego, o bien, mirar la vida de frente para crearla en el arte.

La IV Feria del Libro en Madrid

Estamos en Madrid en la época de las Ferias y de las verbenas. Del 24 de mayo al 2 de junio se celebró la IV Feria del Libro. La primera se realizó en 1932, y desde entonces todos los años por esta época, y con auge cada vez más creciente, se ven aparecer las estanterías de libros, con altoparlantes, bullicio y banderolas, mientras la gente va y viene en la rebusca de volúmenes de toda especie.

Ahora esta IV Feria del Libro tiene carácter oficial, se inaugura con asistencia del Presidente de la República, del Jefe de Gobierno, el Ministro de Instrucción Pública y otras autoridades. Asisten también representantes diplomáticos y escritores.

A la entrada del paseo de Recoletos, alrededor de 50 puestos de libros que forman calle, contienen lo más granado de la producción editorial de España. Cada librero y editor muestra en su quiosco un ancho surtido de volúmenes, mientras los catálogos y prospectos vuelan de mano en mano entre la muchedumbre que urge afanosa y observa en silencio los títulos y portadas.

A la entrada del pueblecito del Libro, un hermoso Catálogo General nos sirve de guía para la aventura por este intrincado torbellino de autores y temas. Empieza por darnos una reseña histórica de las ferias madrileñas; nos ilustra luego gráficamente sobre la ubicación de cada puesto y el número de la caseta que corresponde a cada editorial o librería. Con estas armas ya podemos penetrar por la calle multicolor: la Academia Española con sus preciosas ediciones de los clásicos en facsímile; la Biblioteca Nacional con ediciones raras y escasas; la «Revista de Occidente» con sus libros de una elegancia sobria y de autores

novedosos y próceres; «Cruz y Raya» con sus volúmenes que son una delicia para el ojo y un acicate del apetito estético; Espasa-Calpe con sus cuidadas ediciones de toda índole, y tantos otros que rivalizan en mostrar sus estanterías de libros novedosos y de impecable factura.

El pueblecito del Libro, a medida que corre el día, se anima cada vez más. Todas las casitas ostentan un pequeño jardín de papel en plena primavera; en lo más alto de sus torrezuelas amarillas flamea la banderola de la IV Feria del Libro. Al lado de cada caseta, la garita del despacho bulle de actividad; paquetes de libros, catálogos, volantes, afiches. Pasan grupos de muchachas bullangueras, estudiantes de boina, viejos de lentes y de capa, escritores y artistas, chicos con textos escolares y colegialas formando filas de blancos delantales. Pero allá los colegiales se arremolinan frente a una caseta de vivísimos rojos, verdes y azules: los cerditos bailan, ratón Mickey hace piruetas, Caperucita arrastra un gran cesto de frutas, y Pinocho da grandes zancadas por entre ringlas de láminas de arco iris. Es la caseta del Magisterio Español y allí Antonio Robles y Solana hacen las delicias de los pequeños con sus cuentos e ilustraciones.

¿Y qué clase de libro es el que tiene más venta, el que atrae más al público? Pues el que trata de cuestiones sociales, políticas y económicas del momento. Las casetas de las editoriales en que priman estas obras, están siempre atestadas de curiosos y compradores. Luego los libros de biografías noveladas y novelas biográficas (es necesario hacer distinciones que ahora no vienen al caso), y en seguida—admírense los editores y lectores chilenos—los libros de poesías y de la poesía más reciente. La poesía es buscada, solicitada con ahinco y venerada. Muchos, muchos poetas, consagrados y nuevos, llenan las estanterías de los puestos.

No se crea que a la Feria van las ediciones ya pasadas, que el editor trata de deshacerse de sobrantes, no; innumerables tí-

tulos nuevos aparecen por primera vez en la Feria y otros son de fecha muy reciente.

Entre los nuevos podemos destacar: «14 bandas y 48 estrellas», poemas de Rafael Alberti; «Disparadero español», ensayos por José Bergamín; «Biografía del Conde-duque de Olivares», por Gregorio Marañón; «Poesía española», crítica por José María de Cossío; «Canción», poemas de Juan Ramón Jiménez; «El enemigo de Dios», novela por Salvador de Madariaga; «La vieja piel del mundo», ensayo sobre el origen de la tragedia, por Rafael Dieste.

Exposición de María Mallo

En este mes de junio ha abierto una exposición Maruja Mallo. En Chile conocíamos su nombre por algunas curiosas viñetas de la «Revista de Occidente». María Mallo, a pesar de su juventud, que como la de otra María, es plena de gracia, tiene ya un nombre bien conquistado en la pintura y el dibujo. Recientemente no más sabíamos de sus triunfos en París, y ahora la vemos aquí destacarse por sendas más nuevas aún, con azulejos, mapas, muñecos, de un corte que podrá ser discutible; pero que en todo caso es un arte sincero y profundo de una artista que busca una expresión más propia a través del enmarañado de tendencias que surgen en la actualidad.

A seis años de la muerte de Gabriel Miró

El 27 de mayo se cumplieron seis años del fallecimiento de Gabriel Miró. Un pequeño homenaje en la Casa de Valencia y una visita a la tumba del autor de «Figuras de la Pasión». Falta una biografía completa del escritor levantino. Lo mejor que de su vida se ha escrito, «Biografía íntima de Gabriel Miró» por su gran amigo José Guardiola Ortiz. — Editorial Signo. Madrid, 1935.

Otro aniversario

Otro homenaje. En Sevilla, para celebrar el centenario del nacimiento de Gustavo Adolfo Bécquer. El Ateneo lo organiza. Discursos, recuerdos, recital de poemas de Bécquer. Luego, romería al monumento del poeta: nuevos discursos y recitaciones. En Madrid, algunas buenas ediciones de sus obras completas.

Marañón en la Academia de la Historia

Marañón ha sido recibido en la Academia de la Historia. En el salón de la Academia, mucho público para escuchar al médico literato. Tras el saludo de ritual, comienza la lectura de sus cuartillas, que son un elogio para su antecesor, el toledano don Jerónimo López de Ayala, conde de Cedillo, historiador y erudito. Luego Marañón parece querer justificarse de sus aficiones históricas, especialmente biográficas. Sólo aspiro, dice, a ser médico; pero deseo serlo en todas sus posibles dimensiones, y por lo tanto, en la historia. Señala en seguida la importancia que las biografías de los grandes hombres ha tomado en nuestros tiempos. La biografía, dice, es algo serio, no se puede tomar como pasatiempo literario, como sustituto de la novela. La biografía es obra científica; pero libre de dogmatismos, libre de datos engorrosos que no tengan una razón interpretativa del alma del biografiado, y sobre todo, es una obra transida de humanidad. Por último lee algunos capítulos de la biografía que acaba de terminar después de un largo esfuerzo, la biografía biológica de don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, obra que Marañón dedica, en testimonio de gratitud, a la Academia de la Historia.

DIEGO DE MIRANDA.

LOS LIBROS

MÉXICO EN MARCHA, por *Manuel Eduardo Hübner*.—Edición Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1936.

Era necesario un libro de esta naturaleza en que se sintetizara con claridad y sentido histórico la evolución de México desde los tiempos remotos del imperio azteca, hasta el momento actual. Pocos países del mundo—el primero americano—tan rico de historia como México. Teñida de sangre y de esperanza, su trayectoria a través del tiempo está jalonada de revoluciones, hitos que señalan su marcha ascendente. Compuesto de pueblos diferentes, los conquistadores no lograron fundir una raza homogénea, ni menos aniquilar a los autóctonos a pesar del espíritu exterminador con que actuaron al imponer su religión y costumbres. No es fácil, pues, al historiador desentrañar el destino de este pueblo y explicarse sus convulsiones, carentes muchas de ellas de proyecciones. Manuel Eduardo Hübner penetra, con agudo espíritu crítico y simpatía no exenta de cordialidad, en la historia del pueblo mexicano, logrando sintetizarla y aclararla a los ojos de los superficialmente informados y dando, sobre todo, el sentido económico-social de sus revoluciones, especialmente de la revolución, la última, la que está viviendo.

Laudable desde todo punto de vista el esfuerzo de Hübner, porque la historia de México contemporáneo ha sido calumniada y desfigurada arteramente en el resto de la América latina. La prensa y los cables, dispuestos siempre a desfigurar los hechos que no convienen a sus inmediatos intereses económicos,

han pretendido presentar a México como un país dominado por caudillos de ínfima cuantía, ávidos de sangre y de poder. A través del libro de Hubner muy otra se nos presenta la verdad histórica.

Manuel E. Hübner, poeta y literato, prescinde de todo esteticismo gustador de un arte puro, para vibrar con las inquietudes actuales de la humanidad y adoptar frente a ellas una actitud beligerante. De otra suerte su libro habría sido escrito, con la tibieza de los sin fe, de los que se califican elegantemente a sí mismos de escépticos, colocados en el mirador de su superioridad, donde no llega el rumor nauseabundo de los que claman justicia... Sería de mal gusto oírlo siquiera... Hübner pone en su estudio calor de simpatía, indispensable para la comprensión de los fenómenos humanos.

Hay que ahondar en la idiosincrasia de sus primitivos habitantes para comprender la clave filosófica de la revolución e historia de México. Eso ha hecho Hübner valiéndose de una bibliografía abundante y de primera mano. De ahí que su libro sea algo más que una síntesis histórica: es la interpretación de un fenómeno social que debe enfocarse con pleno conocimiento racial, como la revolución rusa, con la cual se compara en sus proyecciones económico-sociales dentro de realidades diferentes.

La revolución mexicana es un fenómeno exclusivo de este pueblo, siendo absurdo trasladar sus métodos y finalidades a otros países donde no existan idénticas circunstancias históricas que determinen un fenómeno análogo. En casi todos los países de América latina se dan esas circunstancias, en mayor o menor intensidad. Así, por ejemplo, en Chile y la Argentina no existe el problema del indio, que en México y el Perú—en este país existen negros y mulatos en apreciable cantidad—forman casi la totalidad del pueblo, siendo éste el problema de más urgente solución, incorporándolos a los beneficios de la civilización occidental. El problema agrario y religioso, que en México ha tenido un carácter agudo, en otros países de América es menos

grave. En todos los países de este Continente, existe, sí, el mismo trágico problema de la dominación sin control del capitalismo internacional con la aquiescencia de las oligarquías financieras que los gobiernan. La revolución de México es un fenómeno específicamente mexicano. No fué ella hija del capricho ni del azar, apunta Hübner; fué determinada por una confluencia de circunstancias históricas, raciales, económicas, sociales y culturales, como todos los grandes movimientos revolucionarios, como la Revolución Francesa y la revolución rusa, por ejemplo.

Cuando los nombres de Marx y de Lenin eran desconocidos por la masa, algunos años antes de la revolución rusa, México derramaba abundante sangre proletaria por su liberación; antes de que la palabra socialismo tuviera para las masas un sentido mesiánico, en México se luchaba por la conquista de la tierra para aquéllos que la trabajasen. Es que tratar de vivir libremente es una aspiración ingénita del hombre; el esclavo es un ser inferior, un sub-hombre, y en el pueblo mexicano hay levadura de héroes. Fué al principio la revolución mexicana un movimiento desbordado, sin orientación categórica, impulsado por el propio destino del pueblo, algo casi fatal. Hubo derramamiento inútil de sangre, caudillos traidores, lucha estéril, egoísmos crueles, hasta encontrar su cauce definitivo por el cual marcha hoy el pueblo de México. La revolución lleva en sí su propia experiencia, sangrienta por demás.

Los hombres y los hechos desfilan en las páginas de este libro vívidamente, enfocados dentro de la realidad en que actuaron y aclarados a la luz de una visión justa e imparcialmente histórica. Delineados dentro del cuadro en que se movieron, vemos a Hidalgo, Juárez, Díaz, Villa, Carranza, Madero, Huerta, Obregón, Calles, Cárdenas, etc . . . , especialmente Obregón y Cárdenas; el primero como apóstol e iniciador, y el segundo como realizador de los ideales un tanto confusos de la revolución, habiéndole dado su verdadero sentido de lucha económica y social.

La vida de México ha sido una lucha casi permanente por la conquista de la tierra, de su tierra, arrebatada a los aborígenes por el clero español, primero, y por el capitalismo internacional, especialmente yanqui, después. Ha sido heroica y trágica esta lucha hasta nuestros días, pudiendo decirse que sólo ahora con Cárdenas parece que el pueblo mexicano ha logrado recuperar algo de lo mucho que le ha arrebatado. Queda todavía bastante que reconquistar; aun hay numerosos latifundios en poder de los plutócratas sin más patria que sus personales intereses, trásfugas de la revolución muchos de ellos, y la infiltración del capitalismo yanqui se mantiene casi intacta. Pero la revolución está en marcha, alerta, vigilando a sus depositarios, pues la jornada de reconquista es larga. El pueblo sabe ya lo que quiere y no se deja engañar tan fácilmente como antes, poseedor de un sentido especial para señalar a sus traidores, a los demagogos—forma disimulada de ser traidor al pueblo—, eliminándolos inexorablemente en su oportunidad. El caso de Calles así nos lo prueba.

Pasa revista Hübner a todo cuánto se ha hecho y se proyecta hacer en lo referente a los problemas agrario, educacional, militar, petrolero, político, etc. En la solución y planteamiento de estos problemas preside un auténtico espíritu de justicia social, un socialismo adaptado a la idiosincrasia del pueblo mexicano, tomando en cuenta las posibilidades de éxito y prescindiendo de teorías importadas y de etiquetas más seductoras que eficaces.

Escrito en un lenguaje claro y preciso, este libro de Hübner merece amplia divulgación, porque él nos presenta la trayectoria sangrienta que ha debido recorrer el pueblo hermano en cumplimiento de su sino histórico, y de la cual muchos países de América latina pueden sacar ejemplos y experiencias para la realización de sus propios destinos.—MILTON ROSSEL.



DOS LIBROS DE MIGUEL LUIS ROCUANT.

Ni los empleos públicos, ni la diplomacia, apartaron nunca a Miguel Luis Rocuant de la vocación con que entró por el mundo. Desde que se inició con una colección de versos, hace treinta y seis años, ha ido publicando libros, ya de crítica artística, ya de viajes, hasta que el año último nos sorprendió con una novela «El Crepúsculo de las Catedrales», editada en España. El poeta, enamorado de las artes plásticas, no parecía muy inclinado a este género en que las pasiones humanas toman su especial relieve. Porque Miguel Luis Rocuant fué siempre un parnasiano, es decir, un hombre cautivado por el arte griego, la belleza de sus mármoles. Su libro «Blancuras sagradas», publicado en 1921, es el que nos da la principal razón de su índole.

Pero escrito está que el hombre permanece esclavo de su temperamento. Porque éste es la flor de su sangre y de su espíritu. Podrá evolucionar, sólo que esa evolución ha de ser lenta. He ahí por qué la novela de Miguel Luis Rocuant es de carácter plástico, es decir, una obra de imaginación en que prima lo objetivo y la subjetividad casi no existe. Su personaje principal es un escritor que se siente atraído por los cuadros. Sobre ellos escribe. Y es en una exposición de pintura en donde traba conocimiento con Raquel, que ha de ser el amor de su vida. Describe a Raquel como si describiera una composición pictórica. Experimenta ante ella la emoción que despierta un hermoso paisaje. Nada hay, pues, en su amor de turbulento o de enfermizo. No abandona su corazón las palpitaciones regulares. Ni habrá de llegar a la tragedia. Todo, sin embargo, conduce a un drama hondo. La bonita mujer es casada con un hombre rico, y el artista enamorado no tiene más que su sueldo. Esto no impide que los dos se amen, ya que es bien sabido que el amor no se detiene en diferencias económicas. Ni tampoco en las prohibiciones que la ley establece. Así Luis Alberto y Raquel ponen su pasión por encima del peligro. Este llega, al fin, con sus pasos

contados. Pero tampoco la tragedia estalla. Raquel, a pretexto de una enfermedad, obtiene que su marido la envíe a Europa. Allá se le va a reunir su amante. Y una tarde visitan juntos la catedral de Notre Dame. La descripción de la catedral a la luz coloreada del crepúsculo es uno de los aciertos de la novela, y muestra una vez más la inclinación particular del escritor. Los amores concluyen, porque Raquel debe regresar, conquistada por el deber, y más que todo porque si ella da lugar al escándalo corre peligro un enlace beneficioso de su hermana. Regresa rápidamente, y él ignora en qué vapor. En el primero que parte regresa él también, y su entrada a Santiago da lugar a estas frases: «Corría el tren. El cielo atenuaba su azul en leves tonos verdosos. Brilló una nube; luego otra; un grupo inmenso de nubes brilló, a los últimos rayos del sol, sobre las cumbres andinas. La parte de la cordillera encendida por los reflejos subía, subía, como una fachada catedralesca, en cuyo coronamiento las crestas más agudas semejaban imágenes de piedra, medio perdidas ya en las llamas aéreas». Nada más. La historia ha concluído, en manos de un autor que no pierde su serenidad olímpica. En ella Miguel Luis Rocuant ha sabido permanecer fiel a su especial idiosincrasia.

Ahora me envía de París, donde actualmente reside, la traducción que hizo Adolphe de Falgairolle de su libro «En la barca de Ulises», publicado hace tres años en España. No había caído en mis manos la edición española; de modo que he debido trabar conocimiento con este libro en el idioma de Molière.

Hay que confesar, ante todo, que Miguel Luis Rocuant ha sabido comunicar a este libro de viajes, con sus descripciones de esculturas y de ruinas, el apasionante interés de la mejor novela. Ha edificado este milagro con los medios más simples. Entre los restos del viejo arte griego, nuestro escritor se siente transportado al paraíso, y sabe comunicarnos de tal modo su exaltación y su arrobamiento, que navegamos con él en la legendaria barca de Ulises, sin que nunca nos hiera el hastío ni nos

acobarde el mareo. Nos transmite Rocuant la embriaguez que le produjeron las ruinas y, prácticamente, nos hace vivir entre los dioses. Porque el secreto de su encanto está en la acertada evocación de los mitos que poblaron el maravilloso archipiélago. Un capitel, el trozo de una estatua, una piedra son suficientes para resucitar ante nuestros ojos, con una vida ardiente, las viejas creaciones de la fantasía helena o la figura real de un héroe o de un filósofo. Su rebusca, en los alrededores de Atenas, del célebre jardín de Epicuro, le da ocasión para adentrarnos en la doctrina de este maestro de la verdadera alegría. Luego después, de Eleusis y sus misterios nos traslada a Micenas, en donde Agamenón cayó bajo el hacha de Clitemnestra; de Epidauró al oráculo de Delfos; de aquí a la fuente Castalia; nos hace revivir a Edipo y a la Efige, y terminamos con una maravillosa visión del mar Egeo desde el cabo Sunión, extremo sur del Atica.

Mas, entrar en detalles sería dar una idea pobre de lo que este libro contiene. De lo que no hay duda es que con él Miguel Luis Rocuant ha realizado su obra maestra.—JANUARIO ESPI-NOSA.



LA TRAMPA DE GINEBRA, por *Jorge F. Sergi*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1936.

El defecto de volumen más perfilado que posee *La Trampa de Ginebra* es la parcialidad ardorosa con que está escrito. El señor Sergi aunque es argentino descende de italianos, como casi la tercera parte de la población de la República vecina y en tal carácter, todos sus razonamientos se orientan a justificar a Italia, en detrimento, especialmente, de Inglaterra. Y no obstante el título de su obra, no escasa dimensión de su contenido está dedicado a atacar a este último país, de manera casi exclusiva.

Es cierto que al referirse a la Liga de las Naciones en un

sentido de diatriba como el presente, era inevitable esta actitud opositora y enemiga debido a la ingerencia predominante que ejerce Gran Bretaña en la institución ginebrina. Pero el señor Sergi no se contenta con condenar los procedimientos ingleses en la política internacional y, sobre todo, en lo referente al conflicto italo-etíope, sino que alcanza su invectiva hasta el comienzo del período expansionista del imperialismo británico, para arribar a diversas conclusiones, algunas de ellas muy curiosas como, por ejemplo, aquella de la crueldad inveterada y terrible de los ejércitos ingleses en sus campañas coloniales y la misión bondadosa y civilizadora de Italia en su guerra contra Etiopía. En verdad, *La Trampa de Ginebra*, en el fondo no da otra sensación que la de haber sido escrita para elogiar y defender la actitud italiana frente a los etíopes y condenar los métodos expansionistas ingleses, como si en su esencia ambos hechos fueran diferentes.

Nosotros, no es que pretendamos inclinarnos a favor de Inglaterra y contra Italia, no obstante el régimen que impera en este último país, que nos parece la expresión más dura, junto con el nazismo, de gobierno contemporáneo. Pero si se condena el imperialismo inglés debe, en consecuencia, condenarse también el italiano. Tanto el uno como el otro son igualmente censurables, aunque existen razones económicas y políticas que los justifican. Sabido es que Inglaterra sin sus colonias sería un país de tercer o cuarto orden en Europa—Disraeli en el siglo pasado ya lo sabía muy bien—y desde el punto de vista inglés (perdónesenos la perogrullada), cualquiera medida que se adopte para no perderlas, por drástica que sea, será siempre aceptable, como lo es para la Italia imperialista del presente, la anexión de Etiopía, ya que debido al constante incremento de su población—quinientos mil individuos al año—y a la carencia de importantísimas materias primas, debe buscar territorios donde desembocarla y elementos fundamentales para su industria. Si es efectivo que la posición inglesa en el conflicto italo-etíope es

inconsecuente, pues no deja de ser contradictoria, por lo menos en cuanto a doctrina, que un país colonialista pretenda oponerse a otro que aspira a lo mismo, no lo es menos que la beligerante actitud italiana pudo haber provocado un nuevo conflicto internacional y en este aspecto Inglaterra, la Sociedad de Naciones con ella, adoptó el papel que las circunstancias exigían—no obstante que todo el mundo sabe los intereses que había en juego de parte de los más importantes países que la integran—pues quiso ponerse en evidencia lo que las medidas sancionistas pudieran tener de eficacia para impedir una guerra. Desgraciadamente, una vez más ha podido comprobarse la perfecta inocuidad de las mismas y la inutilidad de la Sociedad de Naciones.

No deja, sin embargo, este libro del señor Sergi de poseer varios aspectos que hacen provechosa su lectura. Uno de ellos, por la excelente documentación que invita a seguir todo el proceso del conflicto italo-etíope, las razones del gobierno italiano y el pro que de la tenaz resistencia inglesa a los propósitos de Mussolini; también por informaciones de varias campañas inglesas de expansión colonial, verdad que el señor Sergi, con el objeto de mostrar la crueldad inglesa y la ausencia de ésta en los ejércitos italianos en Etiopía, pero no por eso menos significativas como documentos históricos para revelar, reafirmando, la personalidad humana en toda su ingénita violencia. Enumera, además, de manera especial «los abusos tolerados hasta el presente por la Sociedad de Naciones», abusos algunos e ineficacia en otros casos de la institución pacifista.

Desde el punto de vista argentino, el señor Sergi hace atinadas observaciones al referirse al daño que le causa a Argentina en su economía al aceptar las medidas sancionistas de la Liga, observaciones que pueden extenderse a los demás países americanos miembros de la misma, ya que los intereses europeos puestos en juego no tienen por qué ser apoyados por las naciones de este continente, pues en absoluto esta actitud los beneficia. Y es hasta casi ridículo que Argentina se solidarice con

medidas en contra de un país con el que sostiene relaciones cordiales. En este sentido, el señor Sergi es partidario del retiro de Argentina de la Sociedad de Naciones.

Pero a veces el señor Sergi resulta inoportuno. Después de razonar, con evidente cordura, que Argentina no debe ir en ningún caso contra Italia, para reforzar más todavía sus opiniones al respecto, recuerda el gesto de Italia a fines del siglo pasado, cuando Argentina y Chile casi se ven envueltos en una guerra. Cita las siguientes palabras del doctor Saavedra Lamas: «Cuando, hace cuarenta años, se perfilaba en el horizonte una guerra sudamericana, Italia no solamente dió a la Argentina su adhesión moral, sino también su apoyo material, que valió para alejar el temor del conflicto.

«Los argentinos recordamos todavía que los cañones que vinieron en nuestro apoyo en aquel tiempo, llevaban aún el escudo de Italia».

Y agrega de su parte:

«Y al meditar sobre tan sentidas palabras, cruzan por nuestra mente los italianos que en 1899 se inscribieron por muchos millares en la Legión de Voluntarios, los cuales establecieron su sede en la provincia de Mendoza para estar más cerca del lugar de acción y sacrificar en holocausto de su patria adoptiva lo mejor de cuanto poseían: su vida».

Seguramente, esto estaba de más recordarlo.—A. T.



AVORTEMENT DE LA SDN, por Víctor Margueritte (1920-1936)
Flamarión.

M. Víctor Margueritte que extendió considerablemente su fama con su mediocre novela «*La Garçonne*» publicada en 1922 y que es conocido aquí casi exclusivamente como novelista, ha dedicado no escasa parte de sus actividades de escritor a

libros de carácter histórico, político y social, como «*Au bord du Gouffre*», «*La Patrie Humaine*», «*Guerre a La Guerre*», etc. Su último volumen aparecido en París en el mes de marzo de este año es una obra que posee los tres elementos señalados, caracterizándose como toda su labor en este sentido, por la exaltación de principios ampliamente generosos y humanos.

No obstante su título y ser «*Avortement de la SDN*» un ataque vigoroso y documentado contra la institución ginebrina, ya en el prólogo M. Víctor Margueritte, manifiesta que no es contrario a los principios sustentados por ella: «*Qu'on ne cherche cependant pas ici des arguments contre le principe de la SDN. Elle a du veugter sous le handicap originel comme sous l'asphyxiante loi du climat et du milieu. L'echec d'hier peut encore etre repare par le redressement de demain*». Enemigo consciente de la guerra, como todos los hombres honrados de nuestro tiempo, reconoce que el espíritu animador de la SDN no debe morir y sí encauzarse de manera más eficaz y concreta para que deje de ser el «sindicato de nacionalismos» que es ahora, según la expresión de M. Margueritte. Por lo demás, el escritor francés, cree que es posible realizar todavía, en su significado esencial, y con ciertas transformaciones indispensables—que propone al final del libro—la obra para que fué creada; no desconoce, sin embargo, lo que la SDN ha efectuado con carácter proficuo, como algunas iniciativas felices y algunos arbitrajes logrados. En el aspecto de las posibilidades de los principios de la SDN M. Margueritte está poseído de un intenso optimismo y su esperanza es a menudo comunicativa, pues, auténtico amante de la paz, cree en ella y sabe defenderla con encendidas palabras, aunque con frecuencia un tanto grandilocuentes. Este optimismo ocupa todo el volumen siendo su verdadera trabazón interior, comunicándole a sus páginas una respiración saludable y reconfortadora y es también un signo de afirmación de la voluntad humana para hacer desaparecer la más grande de sus calamidades.

Cuando después de la guerra de 1914-18 se constituyó la

SDN una ola esperanzada y segura recorrió, aseando, la conciencia colectiva de post-guerra. Creyóse que, por fin, iba a pragmatizarse el «sueño milenario», que por fin la humanidad iba a conocer la consistencia honorable de la paz duradera. No se comprendió que la guerra es una barbaridad inevitable en la actual estructura económica, política y social del mundo y que mientras esta permanezca en sus presentes contornos fundamentales, el fenómeno de la guerra podrá espaciarse entre uno y otro estallido, pero nunca detener su desembocadura devastadora. Pronto vióse la ineficacia de la institución internacional y que todos sus bellos postulados, en la realidad, se deshacían como endebles elementos. El conflicto chino-japonés fué el primer golpe serio y rotundo, viéndose la perfecta inutilidad de la SDN para impedir una guerra, cuando los países beligerantes estaban dispuestos a sostenerla. Después los ejemplos afirmativos continuaron; los más importantes, la guerra del Chaco y tan recientemente, la de Italia contra Etiopía, acciones que han demostrado en sangrienta evidencia la inocuidad de las medidas y sanciones que tome la SDN contra los o uno de los países en conflicto. No sería extraño que la última guerra italo-etíope haya animado a M. Margueritte a escribir este libro para acentuar ese deseo latente de reafirmar, transformando, las tácticas de la Liga, si así pudiera decirse, con el objeto de que las futuras medidas que ella tome alcancen el resultado apetecido. M. Margueritte concreta su pensamiento al respecto:

¿Desea la SDN remontar la pendiente fatal por donde resbala o inaugurar, al fin, la era de paz necesaria a la reconstrucción del viejo mundo?

Si es así, debe desde luego desarmar moralmente. *Nada de naciones apestadas.*

Sin este desarme, sin el abandono de los prestigios nacionales y del espíritu de dominación, no solamente Europa, sino toda la raza blanca zozobrará.

Es necesario que, contra toda agresión, poder lanzar auto-

máticamente, la penalidad de las sanciones económicas y financieras. Para contrabalancear su severo bloqueo, la SDN debería poseer una caja de compensaciones lo suficientemente rica para que los Estados solidarios no sufrieran con la medida.

En este medio renovado:

donde los servicios de la TSF no penetren en casa del vecino para sembrar la discordia sino para celebrar los beneficios de la colaboración;

donde el comercio de las armas estará reemplazado por el de las mercaderías útiles a la existencia;

donde la *Federación Económica Europea* habrá relegado al pasado el sistema divisionista de los políticos.

«Lo trágico es que, dice M. Víctor Margueritte, para realizar semejante evolución material y moral es necesario tiempo y la hora apremia».

En el aspecto documental, el libro de M. Margueritte es bastante completo. Al mismo tiempo, es una verdadera historia de la SDN, desde su fundación hasta nuestros días. En este sentido es una obra útil. Ahora, como la SDN ha sido el centro de la política internacional del presente, es también «*Avortement de la SDN*», un trozo de historia contemporánea.—A. T.



UNA DERROTA SIN BATALLA, por *Luis Tablanca*.

Es una de las mejores novelas que se hayan escrito en tierras de Colombia. Luis Tablanca, feliz cultivador del cuento, poeta delicado, que ya se había ensayado como novelista con una obra que llamó «Tierra Encantada», justamente alabada por la crítica, hizo editar ahora, en magníficos talleres de Bucaramanga, una serie de cuadros de costumbres, maestros brochazos de pintor impresionista, retazos de la vida aldeana y de a vida política, que bautizó: «Una derrota sin batalla». Está

llena de color y de sabor la obra que en tal forma denomina, de excelente manera, porque se trata de una batalla librada en la imaginación y de una derrota alcanzada en la realidad, a la cual no trascendió la batalla.

Es una sátira feroz a las costumbres pueblerinas, en sus relaciones con la vida política, y más a ésta, tan sembrada de sirtes, tan repugnante de intrigas, petulancias, desvergüenzas y turbios negociados. Feroz, precisamente, por que no tiene vehemencia, no es catilinaria, sino análisis hondo, hecho como en juego, con una ironía que mete sus agujas e instila sus corrosivos líquidos en las carnes de la democracia. Se adentra por el lado de las mentiras vitales, descubre la farsa de la solemnidad, del servicio, de la burocracia, de la popularidad, y va mostrando los tipos mezquinos, los ridículos, los astutos, los cínicos, los que dominan haciéndose pasar los moscas muertas y los que no se mueven sin arrastrar algo de lo ajeno, de lo público, para sí, en una intrincada sucesión de corruptelas que la más sana intención y la voluntad más emprendedora son incapaces de desenmarañar y arreglar cumplidamente.

Es el caso de un mozo inteligente, tímido, de limpio corazón y admirables intenciones, que recibe el nombramiento de secretario de Hacienda de su departamento, lo medita, lo teme, lo acepta al fin, con el propósito de poner en práctica ideas muy acertadas que en sus meditaciones ha captado y los que ha oído en la tertulia, de gente sana y sencilla, que todo lo compone en una sobremesa, o en las charlas de tierra caliente, en la calle, recostados los asientos contra la pared y en plena acción el moscardoneo de la crítica. Felicitaciones, aplausos, admiraciones, sugerencias, peticiones de puestos, y el mozo, bien satisfecho de su suerte, en todas partes recibido con cariño y aclamado, sale de su pueblo para ir a librar en la capital del departamento la emocionante batalla.

Es encaje de bolillo toda la descripción. Mil hilos sutiles se agitan, se cruzan, se retuercen, se entrelazan y van formando

una labor complicada de acciones y reacciones, que sorprenden, desconciertan y acaban por enloquecer al funcionario. Adquieren las almas cierta transparencia para sus ojos asustados. En sus aguas ve pasar los insectos de los apetitos y oye cantar las ranas de las ambiciones. Es un pequeño mundo criminal, de crímenes chiquitos, de estafas, de engaños, de prevaricatos, de persecuciones, el que se agita en esas páginas, divertidas y tristes, de las gentes de rutina, perezosas, abúlicas, para cuanto no represente el personal provecho, pero inquietas, activas, para mover, para enredar los hilos de sus combinaciones. Se pudieran asemejar también a las arañas escondidas, adormecidas después de haber tendido su impalpable tela entre las ramas bulliciosas, que despiertan cuando un leve temblor anuncia que ha caído la mosca y descienden, con paso lento de hipnotizador, a devorarla.

Se ve la lucha inútil, porque una vez rota la tela, en cualquier parte, es recompuesta, y si es destruída, otra aparece, tejida con las mismas artes. No hay otro recurso que el de la asociación, para repartir utilidades, o el de ganar en picardía a los técnicos. El hombre de conciencia y de móviles plausibles se va sintiendo ligar, como Gulliver en Lilliput, por los mil hijos de los intrigantes, de los negociantes, de los impúdicos; va dejándose ganar por la modorra, por el fastidio, por el asco, por la sensación de que nada podrá hacer, de que es físicamente incapaz de romper la malla de los intereses creados y de las costumbres convertidas en auténtica naturaleza. Hasta que al fin se estira, se sacude, rompe las ligaduras, se despeja la cabeza y se marcha, convencido de que no es el hombre para ese medio y para esas funciones. No da la batalla, porque no puede darla. Pero la derrota es un triunfo, porque es el predominio de las cualidades morales sobre las fuerzas que tienden a destruirlas.

Cuando se trata de una novela, todo está exagerado. Pero la vida palpita en los detalles con una fuerza de cosa observada, de cosa experimentada, de cosa sufrida. Luis Tablanca muestra

en ella cómo se salva el alma: En medio de risas se recorren las páginas, donde hay escenas de la picaresca y tipos de un cinismo triunfal, frases de sumisión mentida, de elogio interesado, de infelicidad medio cínica, en un ambiente trasladado con fidelidad de pintor al lienzo de las descripciones en que se ha especializado, para dejar al final, y a pesar del agrado de la lectura, la impresión melancólica de que la llamada política es aflicción del espíritu y faena de hombres que no trabajan sino con el alma a la espalda.—L. E. NIETO CABALLERO.



LA MALA ESTRELLA DE PERUCHO GONZÁLEZ, por *Alberto Romero*.
Ediciones Ercilla, Santiago, 1935.

En las últimas horas de 1935 apareció esta novela de Romero, ante la cual la crítica profesional se ha mostrado perpleja o esquiva. Es una novela que continúa la tradición artística de «La viuda del conventillo», ese grande acierto de la literatura nacional. Aun cuando esto de incluir tales obras dentro del calificativo literario corriente, sea desentenderse a sabiendas o no de su mérito principal, que es el de explorar zonas hasta hoy desdeñadas por nuestros escritores, salvo algunas narraciones breves de González Vera, Manuel Rojas, Diego Muñoz, Sepúlveda Leyton, Laurencio Gallardo y algunos otros creadores artísticos salidos del pueblo. Romero, por su parte, junto con Joaquín Edwards, entró a la observación del mundo de la miseria como espectador y sigue en la pintura de caracteres de los bajos fondos por pura vocación.

En este sentido, «La Viuda del conventillo», su primera novela social, y «La mala estrella de Perucho González», se refunden y completan. Esta última novela saca a luz la cosecha miserable de aquellas siembras de abandono y desesperanza. El delito y la cárcel toman aquí el puesto favorito que tienen el idilio y el matrimonio en la novela romántica. Un escritor de la

clase media que vaya a estudiar esas vidas en su intimidad psicológica, ha de disponer de facultades fundamentadas en la intuición, más aun que de dotes de observador objetivo. Porque no se trata solamente de trasponer el golfo que separa una clase social de otra, de desentenderse de los hábitos de toda una vida, sino de sondear en ciertas almas en que la inteligencia se ha quedado un poco más que en instinto; en naturaleza donde el sentimiento yace atrofiado bajo una dura y espesa costra de encanallamiento y estolidez.

Y he aquí, pues, que Alberto Romero, destinado según todas las apariencias del determinismo social a escribir cuentecitos para las páginas ilustradas de los diarios dominicales, se halla convertido en un novelista del pueblo que va buceando por callejuelas y pocilgas donde la vida literalmente fermenta y hasta suele hervir con explosiva intensidad. Pues así como la novela burguesa es por lo general el drama de las aspiraciones románticas (el soñar con los países donde no se vive y aspirar a ser lo que no se es) la novela del pueblo debe enfrentarse en muchos casos con lo puramente animal, no ya con aspiraciones más o menos ociosas del espíritu, sino con las imperiosas necesidades del hambre. El novelista traza resúmenes animados de aquello que el sociólogo ha de reducir a esquemas impersonales. Aquí está la vida del pobre, zarandeada entre la tentación y la prohibición. Dondequiera que se vuelva, le cae encima la manotada del padre o de la madre, o el palo de la policía. Las buenas maneras, la limpieza, la cortesía, la virginidad son para el pobre lujos extravagantes. Y esta vida arrastrada y precaria, que cierra el horizonte a toda visión alentadora, desarrolla en cambio los instintos solapados, la garra de la astucia y la rapacidad, el odio canceroso, la crueldad medio inconsciente.

Perucho González, el héroe lastimoso e impresionante, sin embargo, de la novela de Romero, epitomiza esas taras sociales en un retrato hecho a menudos retazos, como esos mosaicos bizantinos, por una pluma minuciosamente concienzuda. Su arte

tiene recursos harto sutiles bajo ese tono aparentemente canallesco que le sirve de vestidura, por un eficaz recurso de mimetismo literario. Son páginas que trasudan socarronería, el cinismo jactancioso y procaz del ambiente; pero que en otro sentido más profundo se empapan en una como emanación ideal de comprensión y de piedad.

El artista ha comprendido que hasta en los sótanos de la existencia hay chispazos de sentimiento y de razón que tienden invenciblemente a aflorar y participar del sol y de la vida. *El mundo de la miseria no aparece lo mismo a los ojos del miserable que a la mirada casual del observador extraño.* Y esto que para el moralista a secas podría ser el colmo de la tragedia—la ignorancia del condenado que no se da cuenta de su propia abyección—encierra para el escritor y el psicólogo un mundo de posibilidades inesperadas, perspectivas más o menos remotas de redención social.

Alberto Romero logra efectos excelentes en esta yuxtaposición de contrastes. En sus andanzas nocturnas consuetudinarias por todos los barrios santiaguinos, en la anotación rigurosa de sus *rappports* personales con todos los elementos de la sociedad, de lo más empingorotado a lo que cualquiera otro tendría por lo más ruin, él va atesorando una visión polifásica de la vida, donde también las aspiraciones, los rasgos enaltecedores, las generosidades del alma popular brillan y flotan hacia lo alto, igual que esas llámitas fugaces que vuelan sobre las aguas estancadas y sobre los cementerios, pero que vuelan y relucen al fin.

Así ese chiquillo extraviado del barrio Matadero que es Perucho González, abandona un hogar que no existía ni aun en la acepción sumaria de la palabra; cae en la compañía de otros desheredados como él, intenta una escapada por la vía de un cariño dentro de una categoría superior, (la hija de un despacho italiano de la vecindad), y rechazado naturalmente, se zambulle en el delito para ir a trabar conocimiento con el purgatorio de la prisión.

En su desarrollo, la historia de Perucho y de su barrio resume la historia de un caudal de aguas de montaña: represadas primero en una hondonada, se apoizan en los primeros capítulos, para lanzarse después, turbias y veloces, por el plano inclinado de su existencia. Escenas escritas minuciosamente, meticulosamente, adolecen en sus comienzos de cierta profusa lentitud; pero apenas la vida de Perucho se encauza por el despeñadero, la historia gana en vigor y en penetración, hasta alcanzar la mayor eficacia en las páginas de la cárcel.

La novela de Perucho González es la historia de su pueblo, la historia del hijo del arrabal, cuyo hogar está en el patio común y cuya universidad se reparte entre la calle, la taberna y el garito, para rematar fatalmente en la prisión como en un curso de perfeccionamiento. Vidas opacas y arrastradas, vegetar de pillos y borrachos, que raramente alcanza la promoción dramática del salteador de caminos o el heroísmo de una batalla. Cuando no los alcanza el engranaje de la fábrica o la rueda de un tranvía o el corvo del amigo, los pilla la máquina sorda y ciega de la justicia legal, que carece hasta de ese elemento imaginativo de redención que, los teólogos por ejemplo, han definido en la penitencia religiosa. Esa relación de conciencia que suele existir entre el confesor y el penitente, no existe casi nunca entre el reo y el juez. Le falta, pues, a la sociedad civil ese puente de las relaciones humanas por el cual el hombre que cae pueda reintegrarse a su dignidad de hombre cabal. Pero falta sobre todo una concepción nueva de la sociedad, fundada en algo mejor que la explotación de las fuerzas y la inteligencia humanas, a fin de dar un sentido y un horizonte a la muchedumbre de las gentes que hoy nacen, viven y mueren con un fin tan determinado de antemano como el de los tropeles de reses que pasan camino del matadero.—E. MONTENEGRO.

Notas del mes

Germán Luco

La muerte inesperada del escritor Germán Luco provocó entre sus compañeros de letras un hondo sentimiento de pesar. Tenía la juventud, el fervor, la camaradería y estas virtudes no sólo eran en su personalidad los mejores estímulos de la simpatía, sino le habían conquistado además grandes afectos. Su obra literaria es breve. Como ocurre a menudo entre los que deben compatir los afanes de la dura labor periodística con la creación lenta de la obra de arte, gran parte de ella se encuentra en los periódicos y revistas a los cuales hubo de entregar, por urgencias de la vida económica, lo más fresco de su temperamento.

En el teatro alcanzó éxitos rotundos. Su comedia *La Viuda de Apablaza*, de las mejores del teatro criollo y *Amo y Señor*, le dieron un puesto de los más señalados entre los cultivadores del género dramático. Conocía la vida campesina y como en más de algún período de su vida se había dedicado, arrastrado también por imperiosas necesidades económicas, a las labores agrícolas, pudo conocer de cerca el secreto de la existencia de los hombres de campo. Una novela aun inédita, *Garabito*, relata las peripecias de los «cuatreros» en las regiones del sur del país. Es quizá uno de los documentos más originales de la vida accidentada y peligrosa de esos ejemplares típicos del campo chileno, a los cuales la miseria, alguna venganza, una injusticia o uno de esos crímenes urdidos por el alcohol, obliga

a saltar las fronteras de la ley y son encarnizadamente perseguidos por las policías rurales.

Había en Germán Luco un inquieto constante. Fué huésped de todas las redacciones de los diarios y revistas. Primero ilustró con sus dibujos cuentos y novelas. Más tarde realizó la labor más obscura del que enfrenta con reportajes la personalidad de otros hombres. Un viaje a Buenos Aires le dió oportunidad para conocer de cerca la vida agitada de los periodistas y escritores argentinos. Fué agricultor, como se ha dicho, director de diarios y revistas, hombre de negocios. Pero volvía siempre después de cada etapa de abandono de la pluma, a la tarea de relatar en páginas nerviosas y francas, su pensamiento y su interpretación personal de los sucesos y de los hombres. Esta misma existencia llena de inquietudes, le hacían a veces anegarse en largos y oscuros pesimismo, de los que salía como de la profundidad de un pozo, con originales observaciones acerca de la vida.

Tanía Germán Luco condiciones personales llenas de dignidad. Fué un camarada noble y sincero y su obra literaria aunque breve, está llena de un acendrado amor a su tierra. Las creaciones de carácter criollo le valdrán un puesto señalado en las letras nacionales.

Vida de Juan Montalvo

La obra sobre Juan Montalvo que ha publicado en Ecuador el conocido historiador Oscar Efrén Reyes, realiza uno de los más interesantes aportes para el conocimiento de la vida y obra del célebre escritor y luchador americano. Montalvo fué un maestro de idealismo, un luchador y apóstol y guía mental, cuya vida entera estuvo consagrada a la lucha por la libertad. Efrén Reyes ha tomado la vida de Montalvo desde su infancia para llevarla por sucesivas etapas, conforme al procedimiento moderno de la biografía, hasta los instantes dramáticos en los

que el hombre alcanza la cúspide de su grandeza. En torno a la figura señera del autor de *Mercurial* y *Los Siete Tratados*, Efrén Reyes ha acumulado los elementos psicológicos que más contribuyen a crear el ambiente propicio al desenvolvimiento y a las luchas en que intervino Montalvo.

«Montalvo por sus campañas—escribe el autor—fué naturalmente perseguido, desterrado, amenazado de muerte. Su vida se hizo azarosa y errabunda. Unas veces, en pueblos oscuros o en aldeas perdidas; otras, en grandes ciudades de Europa: nunca su espíritu batallador y tormentoso encontró el descanso. Por cierto lo que él decía de los tiranos del Ecuador; lo que él hablaba de los grandes destinos de América; lo que él pensaba de las excelencias de la libertad y de la democracia; lo que él enseñaba acerca de lo sagrado de la dignidad del hombre y de los pueblos: todo, en suma, cuanto él sabía y comprendía del movimiento mental del mundo, no habría llegado a conocer nadie fuera de los lindes de la tierra ecuatoriana, ni habría alcanzado ese enorme prestigio de perennidad que alcanzó, a no haber una maravillosa virtud de forma en sus escritos. Montalvo en efecto, para la exposición del pensamiento político, para la divulgación filosófica, para la acusación o para el dictorio, contaba con una prosa que echaba relámpagos. En esa prosa única Montalvo vertía, en alternativa con el humorismo jovial, también pensamientos de substancia universalmente humana, sus indignaciones de apóstol incomprendido o sus desolaciones de enorme infortunado. Por las maravillas de estilo todo era fascinante».

Efrén Reyes, como decimos, ha realizado una obra de alto interés. Fervor y fuerza ha empleado el autor de la «Historia del Ecuador», para describir la pasión y el drama que componen la vida de Montalvo, tanto en las circunstancias íntimas de su temperamento, en sus contradicciones, en su sensualismo como en su impetuosidad del carácter, en su acendrado civismo y en la elevación de la lucha. El Ecuador de los años de Montalvo,

surge vivo de este proceso psicológico de una vida de tan extrema tensión. La obra está magníficamente impresa y exornada con sugestivos grabados.

María Luisa Bombal

A propósito del libro de María Luisa Bombal, *La última niebla*, hermosa novela de la que *Atenea* se ocupó en su oportunidad, ha escrito Amado Alonso en el número 3 de la revista *Nosotros*, (segunda época) un interesante artículo, pleno de sugerencias. No hay, por supuesto, intención alguna de descubrir a Luisa Bombal. El hecho de que la crítica chilena no se haya preocupado con mayor extensión de esa novela, débese en gran parte a una circunstancia que es corriente en lo que se refiere a obras editadas en Buenos Aires: no llegan a Chile y si llegan sólo es en número reducido de ejemplares. La novela que tan elogioso juicio—muy justificado—merece al ilustre escritor español, conocido nuestro y admirado aquí por los que han seguido su interesante labor, fué sólo apreciada por unos pocos. Las librerías no tuvieron noticias de su aparición. El análisis de Alonso es hondo y sugerente. Queremos sólo reproducir algunos de los conceptos que le merece la novela en Chile y que ha ser de interés para los escritores chilenos. Dice Alonso:

«La autora de *La última niebla*, María Luisa Bombal, chilena argentinizada, procede de un país donde el arte de narrar ha sido y es cultivado con especial predilección, a pesar del universal decaimiento de la novela. Ciertamente que Chile no cuenta, hasta hoy, con ninguna de esas cuatro o cinco novelas americanas de circulación internacional cuyo éxito se apoya, a medias, en la calidad literaria y en el folklorismo artísticamente presentado, como *Los de Abajo*, del mexicano Azuela, *Doña Bárbara*, del venezolano Gallegos, *La Vorágine*, del colombiano Rivera, *Don Segundo Sombra*, de nuestro Güiraldes; pero su producción novelesca es de merecida consideración. Sin contar ya con Blest Ga-

na, que pasa por haber creado la novela chilena, desde su retiro de París, ya jubilado de la diplomacia, no con Federico Gana y Baldomero Lillo, también desaparecidos, salgan aquí los nombres de Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pedro Prado, Marta Brunet, Garrido Merino, Eduardo Barrios, Augusto d'Halmar, González Vera, Salvador Reyes, Jenaro Prieto, etc. Y sin embargo, el influjo de ese ambiente literario sobre María Luisa Bombal apenas ha podido alcanzar a más que a avivarla—quizá—sobre la vigencia todavía actual del relato como procedimiento circulante de expresión y de creación. Pues, fuera de haber elegido la narración de una historia imaginaria como medio de expresarse, el arte de la Bombal queda extraño al de sus compatriotas. Los novelistas y cuentistas chilenos, con sorprendente disciplina, se han aplicado y se siguen aplicando a cumplir una concepción naturalista del arte de narrar. Y cuando más denodadamente han tratado estos escritores de «independizarse» tomando sus temas del campo y de las ciudades de su país, de sus minas de carbón, de sus pescadores, agricultores y ganaderos, de sus viajeros ricos, de sus niñas de «dancing», de sus rotos y huasos, cuanto más nacionalistas se muestran en la elección de los materiales, más sometidos siguen a la fórmula naturalista de la novela, no la de los sensitivos y atormentados hermanos Goncourt, sino tal como lo hizo triunfar por unos lustros el poderoso Zola. Declaremos con gusto que en este terreno los escritores chilenos han dado a su patria un bloque de literatura de indudable valor, como quizá no tenga equiparable ningún otro país sudamericano; pero esto mismo, revelador de encomiables talentos, hace más de lamentar la uniforme postura naturalista: sobre tan diversos temperamentos el naturalismo actúa como una ortopedia igualadora. Uno ve con simpatía y como ley de la misma libre creación literaria, el que toda una generación y aun varias, de escritores se pongan unánimes a cumplir una concepción concorde del arte; pero es cuando cada uno la ve todavía naciente, repleta de posibilidades y por lo tanto, cuando cada

uno puede todavía cooperar en la conformación del movimiento literario introduciendo su propia originalidad como una de las características de la escuela. Otra cosa es el que generaciones enteras de narradores adopten desde lejos—tiempo y espacio—un credo artístico que la misma Francia, su inventora, se apresuró en seguida a abandonar por agotado a los suburbios de la literatura. Entonces ya no hay creación sino fórmula; los diversos temperamentos ya no enriquecen y amplían a la escuela literaria, sino que la escuela empobrece y limita, cuando no deforma cruelmente, a los talentos individuales».

Las apreciaciones del escritor español radicado en Buenos Aires son en cierto modo exactas. Esperamos que algún escritor chileno, de entre los narradores, recoja la alusión.

Premio Roma

El Premio Roma fué concedido este año a Lautaro García, por su bello libro de evocaciones, *Imaginero de la Infancia*. El Premio Roma, instituído como se sabe por la Academia Roma, es como la prolongación de la corriente latina en nuestras empresas intelectuales. Hemos ya aplaudido en otras oportunidades la fundación de este premio, con el cual se aspira a estimular la producción literaria de Chile. El premio otorgado a Lautaro García es muy justo. El libro citado obtuvo un éxito franco de crítica y confirmó plenamente las cualidades de este temperamento inquieto y vivo, que recuerda la modernidad de procedimientos de algunos autores italianos. En García hay un fervoroso de las letras italianas, movilidad alegre, sentido humano y culto del estilo.

Por lo demás, Lautaro García en la crítica teatral y en el teatro mismo había demostrado ya su don de observación y su curioso sentido de las formas modernas de arte. Viajero y cantante, pintor y crítico, novelista y cuentista. Es una variedad de aptitudes las que exhornan la personalidad del autor de *El*

Peuco, su primera contribución al arte escénico. En *El Peuco* hay la nota criolla, el estudio del ambiente campesino, el tributo a una modalidad literaria chilena que ha dado muy buenos frutos. Más tarde entró, por las vías del imaginismo cerebral, una media sensación entre la realidad y la poesía que es en suma el fondo del *Imaginerio*. Evocando la infancia el hombre remonta con los arreos del hombre, formando una etapa que siempre va quedando en la penumbra. No es fácil retrotraer a la realidad el tiempo perdido y ajustarlo al sentido del presente. En Lautaro García se ha dado el fenómeno de un escritor que trabaja tales materiales con la conciencia de un psicólogo. El estilo está tonificado en la materia misma del concepto. Está bien y es revelador de una disposición enteramente compleja, que no es fácil de hallar en los escritores sudamericanos. El Premio Roma es afirmación para este autor y consideramos que ha sido muy merecido.

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna
FELIX ALCAN, París - AKADEMISCHE VERLAGSGESELLSCHAFT m. b. H., Leipzig
DAVID NUTT, London - G. E. STECHERT & Co., New York
F. MACHADO & Co., Porto - THE MARUZEN COMPANY, Tokyo

1934 Año 28 **Revista Internacional de Síntesis Científica**
Publicación mensual. (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)
“SCIENTIA” Directores: F. Bottazzi - G. Bruni - F. Enriques
Secretario General: Dott. Paolo Bonetti

Es la única Revista que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.
Es la única Revista de difusión mundial.

Es la única Revista de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales de todas las ciencias: matemática, astronomía, geología, física, química, biología, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

Es la única Revista que, por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones, (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre las más importantes cuestiones astronómicas y físicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*), estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo, y en el mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.

Es la única Revista que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo.

Los estudios se publican en la lengua natural de sus autores, y en cada cuaderno está adjunto un Suplemento, llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto, la Revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo al Secretario General de «Scientia», Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 1.50

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a “SCIENTIA” Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

Atenea

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA
ARMADA Y EL EJERCITO

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

MCD 2018

Distribuidores:

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION
Abumada 125 Barros Arana 800







MCD 2018